
TUTORANDO
EL CAPITÁN DEL EQUIPO
12
UNA NOVELA ROMÁNTICA DE
CLARA BARCELÓ

Copyright © 2026 Clara Barceló.

Todos los derechos reservados.

Esta obra está protegida por derechos de autor. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, distribuida o transmitida por ningún medio o forma, ya sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación o cualquier otro, sin la autorización previa y por escrito de la autora, salvo en los casos previstos por la ley.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos descritos son fruto de la imaginación de la autora. Cualquier semejanza con personas reales, vivas o fallecidas, es mera coincidencia.

NOTA DE LA AUTORA

Algunas historias nacen de grandes ideas.
Otras, de pequeños momentos.

Esta nació del encuentro improbable entre dos personas que, a primera vista, no tenían nada en común — pero que, al verse de verdad, lo descubrieron todo.

Ava y Ethan son reflejo de elecciones, madurez, errores y segundas oportunidades. Ellos muestran que crecer también es aprender a escuchar, a respetar y a amar sin juegos.

A lo largo de estas páginas, encontrarás sentimientos intensos, silencios llenos de significado, descubrimientos, tropiezos y esa etapa de la vida en la que todo parece urgente — incluso el amor.

Espero que esta historia te haga recordar quién fuiste, quién eres o quién aún te estás convirtiendo.

Gracias por abrir este libro.
Que te permitas sentir cada capítulo.

Con cariño,
Clara Barceló.

Para quien ya se sintió invisible entre la multitud,
para quien creyó que no era suficiente,
y para quien descubrió, a veces tarde,
que ser visto es un acto de valentía y de amor.

Que esta historia te recuerde
que todo corazón merece ser elegido.

SINOPSIS

Ava Carter siempre creyó que el control era la clave para sobrevivir al último año de la escuela secundaria. Calificaciones impecables, rutina organizada, futuro planificado. Nada de distracciones. Nada de sentimientos fuera de lugar. Mucho menos tiempo para chicos que viven como si el mundo entero fuera un juego.

Ethan Ryder es exactamente ese tipo de chico. Capitán del equipo de fútbol americano, popular, demasiado seguro de sí mismo para su propio bien — y completamente perdido cuando se trata de química.

Cuando la escuela decide que necesita ayuda para no reprobar, Ava se ve obligada a asumir el papel de tutora. En contra de su voluntad. En contra de su orgullo.

Lo que comienza como una obligación fría pronto se transforma en algo mucho más complicado. Entre tardes en la biblioteca, provocaciones mal disimuladas, silencios cargados y sentimientos que ninguno de los dos planeó sentir, Ava y Ethan descubren que hay mucho más detrás de las máscaras que usan todos los días.

Pero no todo es sencillo. No todo es honesto. Y algunas verdades, cuando salen a la luz, tienen el poder de destruirlo todo.

Ava no es un juego.
Y Ethan va a necesitar aprenderlo de la forma más difícil.

Una historia sobre elecciones, madurez, segundas oportunidades y el tipo de amor que nace donde menos se espera — y lo cambia todo para siempre.

SUMARIO

Nota de la Autora
Sinopsis
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Epílogo
Agradecimientos

TUTORÍA FORZADA

CAPÍTULO 1

La campana de la última clase del día resonó por los pasillos de la Lincoln High School como un aviso metálico de liberación. El sonido reverberó contra los casilleros alineados, mezclándose con las voces altas, las risas sueltas y los pasos apresurados de alumnos ansiosos por irse.

Para Ava Carter, aquel sonido no representaba libertad. Representaba solo la siguiente obligación.

Cerró el cuaderno de química con cuidado, alisando la tapa antes de guardarlo en la mochila. Siempre hacía eso. No por necesidad, sino por costumbre. Todo en su vida seguía un orden rígido: horarios, compromisos, expectativas. Ava había aprendido temprano que ser organizada, responsable y previsible hacía las cosas más simples — especialmente cuando se era la hija que nunca podía decepcionar.

En cuanto el profesor despidió al grupo, ella se levantó rápidamente, antes de que alguien tuviera la oportunidad de iniciar conversación. Sujetó los libros contra el pecho y salió del aula con pasos firmes, atravesando el pasillo ya lleno.

El contraste siempre le molestaba. A la izquierda, animadoras reían a carcajadas, hablando del partido del viernes, los uniformes coloridos llamando la atención de todos a su alrededor. A la derecha, jugadores de fútbol ocupaban demasiado espacio, empujándose, riendo, viviendo como si el mundo girara en torno a ellos.

Ava mantenía la cabeza baja. El reflejo en los casilleros mostró lo que ya conocía de memoria: jeans simples, zapatillas cómodas, un suéter neutro y el cabello castaño miel recogido en una cola baja. Los mechones tenían un brillo cálido cuando atrapaban la luz, pero ella rara vez reparaba en eso. Para Ava, la apariencia nunca fue prioridad. El resultado sí.

— ¡Ava, espera un segundo!

La voz de la Sra. Holloway cortó el ruido del pasillo. Ava se detuvo de inmediato, el cuerpo reaccionando antes que la mente. Los profesores no la llamaban sin motivo. Respiró hondo y se dio vuelta, ajustándose los lentes en la nariz.

— ¿Sí, profesora?

La Sra. Holloway se acercó con algunos papeles en la mano, observándola con aquella mirada atenta que siempre hacía que Ava se sintiera analizada, como si estuviera siendo evaluada más allá de las notas.

— Necesito que me hagas un favor.

Ava asintió, ya esperando la petición.

— Eres mi mejor alumna en química. Siempre dedicada, siempre preparada.

La profesora hizo una breve pausa.

— Tengo un alumno con dificultades serias. Necesita ayuda para no reprobar.

La conocida opresión apareció en el pecho de Ava.

— ¿Tutoría? — preguntó, ya anticipándolo.

— Exactamente. Quiero que seas su tutora.

Ella dudó por un segundo.

— Nunca he dado clases a nadie.

— Podrás hacerlo.

El tono de la profesora no dejaba espacio para dudas.

— ¿Quién mejor que tú?

Ava tragó saliva.

— ¿Quién es el alumno?

— Ethan Ryder.

El nombre cayó pesado.

Ethan Ryder. Capitán del equipo de fútbol. Hijo de un exjugador conocido. El chico que parecía existir en una realidad completamente diferente a la de ella. Ava lo veía por los pasillos, en las redes sociales de la escuela, en conversaciones que fingía no escuchar.

Sintió que el estómago se le revolvía.

— Profesora… — empezó, pero fue interrumpida.

— Necesita mantener la beca deportiva — dijo la Sra. Holloway, extendiéndole ya una nota. — Hoy. Cuatro de la tarde. Biblioteca. Hoy.

Ava tomó el papel con cuidado, aun sabiendo que no había elección.

— Está bien.

Cuando la profesora se alejó, Ava se quedó parada unos segundos, mirando la nota.

— Porque mi vida realmente necesitaba más responsabilidad — murmuró.

Antes de ir a la biblioteca, Ava pasó por el comedor. Eran casi las cuatro, y el lugar estaba más vacío que a la hora del almuerzo. El olor a comida caliente flotaba en el aire. Pidió un sándwich simple y un refresco, sentándose en una de las mesas cerca de la ventana.

Mientras comía, tomó el celular y abrió la conversación con su madre.

Me voy a quedar un poco más en la escuela hoy.
Voy a ayudar a un alumno en una tutoría.
Llego más tarde.

La respuesta llegó rápido.

Está bien, querida. Gracias por avisar.
¿Seguro de que no te vas a sobrecargar demasiado?

Ava suspiró, escribiendo.

Todo está bajo control.

Siempre decía eso. Siempre necesitaba estarlo.

Terminó el sándwich, tiró la basura y se dirigió a la biblioteca. El ambiente silencioso la recibió como siempre. El olor de los libros antiguos, el leve crujido de las sillas, el sonido distante del reloj.

Ava eligió una mesa en el rincón más alejado posible de la entrada. Organizó todo con una precisión casi ritual: libro abierto, cuaderno alineado, bolígrafos separados. Miró el reloj. Faltaban dos minutos.

Cuando la puerta de la biblioteca se abrió, Ava supo de inmediato que era él.

Ethan Ryder entró como si aquel lugar no tuviera reglas propias. Llevaba el uniforme del equipo, aún marcado de pasto seco. El cuerpo era fuerte, definido por años de entrenamiento. Hombros anchos, postura confiada, músculos visibles incluso bajo la camiseta. El cabello castaño caía de manera casual sobre los intensos ojos verdes, demasiado atentos.

Miró alrededor, curioso, como si nunca hubiera estado allí antes. Sus ojos se encontraron con los de ella.

— Así que tú eres la famosa Ava Carter — dijo, acercándose despacio. — La genio de la química.

— Siéntate — respondió ella, señalando la silla.

Ethan sonrió, divertido.

— Directa. Me gustó.

Se sentó de forma relajada, estirando las piernas, ocupando espacio. Ava lo notó y respiró hondo.

— Antes de cualquier cosa — empezó ella —, necesito saber: ¿qué sabes ya de química?

Ethan pensó un instante.

— ¿Honestamente?

— Honestamente.

— Casi nada.

Ella parpadeó.

— ¿Nada nada?

— Sé que es difícil, que implica números… — se encogió de hombros. — Y que estoy jodido.

Ava cerró los ojos por un segundo.

— Ethan, si no sabes lo básico, esto va a ser complicado.

— Te lo advertí — dijo, apoyando los codos en la mesa. — Soy un caso perdido.

— No es perdido — corrigió ella. — Pero va a exigir paciencia. Mucha.

— ¿La tuya o la mía?

Ella alzó la mirada despacio.

— La mía.

Ethan sonrió de lado, observándola con más atención. La forma concentrada, el cabello castaño miel recogido, la manera en que mordía levemente el labio al pensar.

— ¿Siempre fuiste así? — preguntó de repente. — ¿Siempre tan correcta?

Ava frunció el ceño.

— Eso no es relevante.

— Para mí sí.

Ella suspiró.

— Empecemos. Y si me interrumpes demasiado, esto va a durar aún más.

— Prometo intentar no volverte loca — dijo él.

— Ya vas por buen camino — respondió Ava, abriendo el libro.

Mientras explicaba los conceptos más básicos, Ethan hacía preguntas, se equivocaba, ponía a prueba su paciencia. No por maldad — sino porque no estaba acostumbrado a esforzarse. Ava se daba cuenta y, poco a poco, algo dentro de ella se ajustaba. No era rabia.

Era desafío.

Cuando el reloj marcó las cinco, Ava cerró el cuaderno.

— Por hoy es todo.

— ¿Mañana también? — preguntó Ethan.

— Mañana también — respondió ella.

Él tomó la mochila y salió de la biblioteca como si aquella conversación no hubiera sido nada más que otra obligación. Ava permaneció sentada unos segundos, mirando el libro abierto frente a ella sin realmente ver las páginas.

El silencio de la biblioteca volvió a acomodarse a su alrededor, pesado. Soltó el aire despacio, pasándose la mano por el rostro. Aquello no había sido bueno. No había sido simple. Y, definitivamente, no había sido algo que quisiera repetir todos los días.

Ava cerró el cuaderno con un chasquido seco.

Esto va a ser un desastre, pensó.

Cuando Ava salió de la biblioteca, el silencio del lugar aún parecía pegado a ella. El reloj del pasillo marcaba un poco después de las cinco, y el sol ya comenzaba a bajar en el cielo, esparciendo una luz dorada por los ventanales altos de la escuela. El día había pasado

demasiado rápido — y, al mismo tiempo, parecía haber durado mucho más de lo que debería.

Ajustó la correa de la mochila en el hombro y salió por la puerta principal, respirando hondo al sentir el aire fresco del final de la tarde. El ruido de la escuela iba quedando atrás a medida que sus pasos la llevaban fuera de aquel espacio que, hasta entonces, siempre había sido previsible.

Ava vivía en el mismo barrio que la Lincoln High, a pocas cuadras de allí. Siempre hacía el trayecto a pie, una costumbre que mantenía desde la escuela primaria. Le gustaba ese momento de transición entre la escuela y la casa, como si el camino sirviera para organizar los pensamientos antes de volver a entrar en el mundo familiar.

Las calles del barrio eran tranquilas y bien cuidadas. Árboles alineados en las aceras, hojas balanceándose suavemente con el viento, jardines bien recortados frente a las casas. Todo parecía salido de una postal suburbana estadounidense: casas de dos pisos, fachadas claras, pequeños porches, cercas bajas de madera blanca.

Ava caminaba con pasos constantes, observando distraídamente el cielo cambiar de color. El sol se escondía poco a poco detrás de las casas, tiñéndolo todo de tonos anaranjados y rosados. Esa era la hora del día en que el barrio quedaba silencioso, como si todos se estuvieran recogiendo dentro de sus rutinas nocturnas.

Cuando dobló la última esquina, avistó su casa. Era simple, pero bonita. Pintada en un tono claro, con ventanas amplias y un pequeño jardín al frente que su madre cuidaba con dedicación. El porche tenía dos escalones y una puerta blanca que Ava reconocería con los ojos cerrados.

En cuanto se acercó, oyó sonidos provenientes del interior. Ollas, el leve siseo de la cocina, el olor a comida caliente escapando por la ventana entreabierta de la cocina.

Giró el picaporte y entró.

— Hola, hija — la voz de la madre llegó de inmediato desde la cocina, acogedora como siempre.

— Hola, mamá — respondió Ava, dejando la mochila cerca de la escalera.

Caminó hasta la cocina e inhaló hondo.

— Nuestra… qué olor tan maravilloso.

La madre sonrió mientras revolvía algo en una olla.

— Pareces cansada.

Ava se apoyó levemente en la encimera.

— Un poco. La profesora de química me pidió que ayudara a un alumno después de clase.

— ¿Tutoría? — preguntó la madre, interesada.

— Sí. Un chico de mi curso. Un caso perdido — dijo Ava, sin ocultar el cansancio en la voz.

La madre rió suavemente.

— Si alguien puede enseñar a un caso perdido, esa eres tú.

Ava se encogió de hombros.

— Eso espero.

— Tu hermana ya llegó — continuó la madre. — Está bañándose. En un rato es mejor que tú también vayas, antes de la cena.

— Está bien.

Ava dudó un instante antes de preguntar:

— ¿Dónde está papá?

— Mandó un mensaje. Va a llegar un poco más tarde hoy. Dijo que tenía que resolver algunas cosas en el trabajo.

— Ah… está bien.

Salió de la cocina y subió las escaleras, sintiendo por fin el cansancio pesar en el cuerpo. En medio del pasillo del piso de arriba, oyó el sonido amortiguado de alguien cantando desafinado desde el baño.

Ava rió sola. Era su hermana, siempre cantando como si estuviera en un escenario imaginario. Sacudió la cabeza, divertida, y siguió hasta el cuarto que compartía con la hermana menor.

El cuarto era simple, pero lleno de personalidad. Dos camas individuales, cada una apoyada contra una pared opuesta. La de Ava estaba ordenada, cubierta por una colcha neutra, libros apilados en la cabecera y un escritorio siempre impecable junto a la ventana. La de la hermana, en cambio, era un caos controlado: mantas coloridas, almohadones desparramados, pósteres pegados torcidos en la pared, ropa tirada sobre la silla.

Ava dejó la mochila sobre su propia cama y se sentó un momento, respirando hondo. Ese era el único lugar donde se permitía detenerse.

Después de la ducha y de la cena en familia, se cambió de ropa en el cuarto. Se puso un short cómodo, una camiseta simple y soltó el cabello castaño miel, dejándolo caer libremente sobre los hombros. Se colocó los lentes de siempre, como hacía incluso dentro de casa, sintiéndose extrañamente más cómoda con ellos.

La cena fue tranquila. Conversaciones ligeras, comentarios sobre el día, risas ocasionales. Ava participó como siempre, pero por dentro

sentía la mente girar lentamente alrededor de un único pensamiento. Aquella tutoría.

Cuando todo terminó y la casa comenzó a aquietarse, Ava subió nuevamente al cuarto. Se acostó en la cama, mirando el techo unos segundos antes de cerrar los ojos.

Aún no lo sabía, pero estaba segura de una cosa: Aquello iba a exigir más de ella que cualquier materia difícil. Y ya estaba cansada.

RUTINAS CRUZADAS

CAPÍTULO 2

El día de Ava comenzó temprano, como casi todos los demás. El despertador sonó a las seis en punto, y abrió los ojos incluso antes del segundo timbrazo. Siempre hacía eso. No le gustaba la sensación de llegar tarde, ni la idea de correr contra el tiempo. Le gustaba tener unos minutos de silencio antes de que el día comenzara de verdad.

Se sentó en la cama, acomodándose los lentes en el rostro todavía somnoliento, y se quedó unos segundos observando el cuarto compartido. La hermana aún dormía profundamente, envuelta en las cobijas coloridas, el cabello desparramado sobre la almohada.

Ava se levantó con cuidado para no despertarla, tomó ropa limpia y fue al baño.

Después de la ducha rápida, se vistió con la misma simplicidad de siempre: jeans, camiseta clara, zapatillas cómodas. Se ató el cabello castaño miel en una cola baja y revisó la mochila, asegurándose de que todo estuviera allí. Libros, cuadernos, estuche. Todo en su lugar.

En la cocina, la madre ya estaba despierta, preparando café.

— Buenos días, hija.

— Buenos días, mamá.

Ava tomó el café casi en silencio, con la mente ya organizada en los compromisos del día. Clase de física a primera hora. Luego laboratorio de química. Repaso para el examen de la semana siguiente. Y, inevitablemente, la tutoría al final de la tarde.

La escuela estaba llena cuando llegó. Pasillos concurridos, voces superpuestas, lockers abriéndose y cerrándose sin cuidado. Ava fue directo al aula de física, sentándose en el lugar de siempre, cerca de la ventana.

Prestó atención a cada palabra del profesor, anotándolo todo con precisión. Física no era su materia favorita, pero se esforzaba de la misma manera. Para Ava, no existía el "más o menos". Existía lo correcto.

En el laboratorio de química, se sintió más cómoda. El olor característico de los reactivos, el sonido de los frascos siendo manipulados con cuidado, la lógica detrás de cada experimento. Era allí donde se sentía en control.

Mientras trabajaba concentrada, una parte de ella — pequeña, incómoda — recordaba que, más tarde, tendría que explicar todo aquello a alguien que apenas sabía lo básico. Suspiró discretamente y volvió a concentrarse.

En el otro extremo de la escuela, el día de Ethan Ryder seguía un ritmo completamente diferente. Llegó tarde a la primera clase, como de costumbre, deslizándose dentro del aula de matemáticas segundos antes de que el profesor cerrara la puerta.

Se sentó en el último pupitre, tirando la mochila al suelo y cruzando los brazos, la mirada vagando por la ventana. Intentó prestar atención. De verdad lo intentó. Pero los números en el pizarrón parecían mezclarse, y su mente insistía en escapar hacia cualquier otra cosa.

El entrenamiento de la tarde. El partido de la próxima semana. El peso constante de la expectativa que todos ponían sobre él.

Cuando sonó el timbre, fue uno de los primeros en salir. Las clases siguientes pasaron sin mucho impacto. Anotaba lo mínimo, copiaba lo que podía, hacía preguntas vagas solo para parecer interesado. En el fondo, sabía que estaba postergándolo todo.

A la hora del almuerzo, Ethan pasó por el comedor y tomó cualquier cosa disponible. Se sentó con algunos compañeros del equipo, riendo alto, haciendo bromas, pero la conversación le parecía lejana. Su mente volvía, contra su propia voluntad, a la biblioteca. A la chica de lentes que no se reía de nada de lo que él decía. Eso le incomodaba más de lo que debería.

Después del almuerzo, Ava volvió al comedor también, en otro horario, cuando el movimiento ya era menor. Compró un bocadillo simple y un jugo, sentándose sola cerca de la ventana.

Mientras comía, repasaba mentalmente los contenidos de la tutoría. Intentaba pensar en la mejor manera de explicar algo tan básico a alguien tan… desinteresado. No le gustaba la sensación de fracasar incluso antes de intentar.

Ethan, por su parte, fue directo al entrenamiento al inicio de la tarde. El campo era el único lugar donde todo tenía sentido. Donde el cuerpo respondía sin exigir tanto de la mente. El entrenador gritaba instrucciones, los compañeros se movían con precisión, y allí él era bueno. Muy bueno.

Pero ni siquiera eso logró apartar por completo el pensamiento incómodo. Química. Biblioteca. Ava Carter.

Cuando terminó el entrenamiento, se sentó unos minutos en las gradas, pasándose la mano por el cabello aún húmedo de sudor. Tomó el celular, miró la pantalla apagada y suspiró. Aquella tutoría no sería fácil. Ni para él.

Ni para ella.

Y, mientras el reloj avanzaba lentamente hacia el final de la tarde, los dos seguían sus rutinas por separado — sin saber que, en pocas horas, estarían nuevamente sentados frente a frente. En la biblioteca.

...

Horas después, Ava llegó a la biblioteca cinco minutos antes. No era casualidad. Le gustaba llegar antes para organizarse, elegir el lugar más silencioso, alinear los materiales. Pero, ese día, había algo diferente en su prisa. Algo que se negaba a nombrar.

Eligió la misma mesa del rincón, alejada de las ventanas y de la entrada. Colocó el libro de química sobre la superficie de madera, abrió el cuaderno exactamente en la página marcada y separó las canetas por color. Azul para conceptos. Negro para definiciones. Rojo para alertas importantes. Todo debía estar bajo control.

Mientras organizaba el espacio, Ava notó el reflejo de su propio rostro en la pantalla apagada del celular. El cabello castaño miel estaba recogido, pero algunos mechones se habían soltado y caían suavemente alrededor del rostro. Llevó la mano hacia ellos casi sin darse cuenta, acomodándolos detrás de la oreja.

Frunció el ceño de inmediato.

Ridículo, pensó.
Es solo una tutoría.

Había pasado buena parte de la noche intentando no pensar en Ethan Ryder. O, al menos, intentando convencerse de que pensar en él era solo un reflejo de la frustración del día anterior. La sonrisa segura. Los comentarios fuera de lugar. La forma en que parecía poner a prueba sus límites como si todo fuera un juego.

Él era exactamente el tipo de chico que ella evitaba. Y, aun así, su cuerpo reaccionaba antes que la lógica.

La puerta de la biblioteca se abrió puntualmente. Ava no necesitó levantar la cabeza para saber que era él.

Ethan Ryder entró sin prisa, como si tuviera todo el tiempo del mundo. No llevaba el uniforme del equipo esta vez. Vestía una camiseta negra demasiado ajustada para ser casual, destacando los hombros anchos y el pecho definido. El jean gastado se ajustaba al cuerpo de manera despreocupada, y el cabello castaño aún estaba húmedo, como si acabara de salir de la ducha.

Se pasó la mano por los mechones distraídamente mientras caminaba hacia la mesa.

— Jefa — dijo, con ese tono arrastrado que parecía hecho a medida para irritar. — Puntual como siempre.

— Siéntate — respondió Ava, sin levantar los ojos del cuaderno.

Ethan obedeció, pero no sin antes arrastrar la silla demasiado despacio, el sonido de la madera rozando levemente el suelo. Se acomodó de forma relajada, cruzando un brazo sobre el respaldo, el cuerpo inclinado hacia atrás.

— Entonces… — inclinó la cabeza. — ¿Lista para convertirme en un genio de la química?

Ava respiró hondo.

— Si prestas atención, tal vez consiga convertirte en alguien que no repruebe — respondió, firme. — Abre el libro en la página veinte.

Lo abrió, pero sus ojos volvieron de inmediato hacia ella.

— ¿Siempre hablas así? ¿Como si estuvieras dando órdenes?

— Contigo, necesito hacerlo — replicó, señalando el libro con la caneta. — Enfócate. Dime qué es un elemento químico.

Ethan inclinó la cabeza, fingiendo pensar.

— Algo… ¿importante?

— Ethan.

— Está bien, está bien. — Levantó las manos en rendición. — Una cosa que está en la tabla periódica.

Ava cerró los ojos por un segundo.

— Casi — dijo, volviéndolos a abrir. — Un elemento químico es una sustancia pura que no puede descomponerse en otras sustancias por medios químicos. Hidrógeno. Oxígeno. Hierro.

Comenzó a explicar con calma, señalando los grupos de la tabla, hablando sobre números atómicos, propiedades básicas. Era el tipo de explicación que siempre daba con naturalidad. Hasta que se dio cuenta de que él no estaba mirando el libro.

— Ethan.

— ¿Hm?

— El libro.

— Estoy escuchando — respondió, la comisura de la boca curvándose en una sonrisa lenta. — Solo prefiero mirar la fuente.

Sintió el calor subir de inmediato por el cuello.

— Deja eso — dijo, intentando mantener el tono neutro. — No ayuda en nada.

— A mí sí — respondió él, inclinándose un poco más hacia adelante. — Te ves… diferente cuando enseñas.

— ¿Diferente cómo?

— Más segura. — Sus ojos verdes recorrieron el rostro de ella sin prisa. — Sexy.

La caneta casi se le cayó de la mano a Ava.

— No digas eso — dijo rápidamente. — No estamos aquí para eso.

— ¿Por qué? — Arqueó una ceja. — ¿Está funcionando?

— No — mintió, empujándose los lentes hacia arriba con más fuerza de la necesaria. — Me estás irritando.

— La irritación también es una reacción — comentó él, divertido.

— Si sigues así, paro la tutoría — advirtió, mirándolo fijamente.

Ethan levantó las manos.

— Calma. Solo estoy bromeando.

— Entonces bromea menos y estudia más.

Volvió a explicar los grupos de la tabla periódica, los metales, no metales, gases nobles. Ethan fingía prestar atención, pero interrumpía a cada momento.

— ¿Por qué eso tiene nombres tan raros?

— Porque es latín.

— Claro que sí.

— Copia esto.

— ¿De verdad tengo que copiar?

— Tienes que hacerlo.

Copió. Demasiado despacio.

— ¿Siempre fuiste así? — preguntó de repente.

— ¿Así cómo?

— Correcta. Organizada. — Señaló su cuaderno. — Parece que todo en tu vida tiene que estar en su lugar.

— Porque tiene que estarlo — respondió sin dudar. — ¿Y si no lo está?

Se detuvo un segundo.

— Entonces sale mal.

Ethan la observó con más atención esta vez.

— Debe ser agotador.

— Es necesario.

— ¿Para quién?

Ava tragó saliva.

— Para mí.

El silencio que siguió fue extraño. No pesado. Solo… atento. Ella se aclaró la garganta y volvió al contenido.

— Ahora dime: ¿cuáles son los grupos principales de la tabla?

Ethan respiró hondo.

— Está bien. Alcalinos… alcalinotérreos…

— ¿Ves? — dijo ella, sorprendida. — Sí sabes.

— Dije que no era tonto — respondió, sonriendo.

— Solo finges serlo.

— Tal vez — admitió. — Da menos trabajo.

— No conmigo.

— Me di cuenta.

El tiempo pasó más rápido de lo que Ava habría querido. Cuando se dio cuenta, el reloj marcaba casi las cinco.

— Por hoy es todo — dijo, cerrando el cuaderno.

— ¿Sobreviví? — preguntó Ethan, levantándose.

— Por ahora.

— ¿Entonces mañana hay más?

Ella dudó apenas un segundo.

— Mañana hay más.

Ethan sonrió, tomando la mochila.

— Genial. No puedo esperar para sacarte de quicio otra vez.

— Inténtalo y estudiarás el doble — respondió ella.

Él rió mientras se alejaba.

Ava permaneció sentada unos segundos después de que él se fue. El silencio de la biblioteca volvió a ocupar el espacio, pero su cuerpo

tardó más en acompañarlo. Se pasó la mano por el rostro, respirando hondo.

Aquello no estaba siendo fácil. Y definitivamente no estaba saliendo como lo había planeado.

Al final de la tarde, cuando el cielo comenzó a adquirir tonos anaranjados y rosados, Ava dejó la escuela y caminó a casa. El trayecto era corto, pero le gustaba hacerlo con calma, especialmente a esa hora en que el barrio parecía despertar para la vida nocturna.

Las calles estaban animadas de una forma tranquila. Autos estacionaban frente a las casas, padres llegaban del trabajo cargando mochilas, bolsos y cansancio. Algunos niños jugaban en la acera, bicicletas tiradas de cualquier manera cerca de los garajes. El olor de la comida comenzaba a salir de las casas, mezclándose con el aire fresco del inicio de la noche.

Ava caminaba con la mochila colgada de un solo hombro, observándolo todo a su alrededor sin prisa. Dobló la esquina conocida, pasó por la fila de casas iguales — fachadas claras, jardines bien cuidados, porches pequeños — hasta finalmente divisar la suya.

Apenas abrió la puerta, oyó voces provenientes de la cocina.

— Hola, hija — dijo el padre, levantando la mirada cuando ella entró.

— Hola, papá.

La madre estaba terminando de preparar la cena, acomodando los últimos detalles con prisa.

— Lávate las manos y ven a comer — dijo. — Ya casi se enfría.

Ava obedeció y se sentó a la mesa pocos minutos después. Comió en silencio la mayor parte del tiempo, sintiendo el cansancio pesar en los hombros.

— ¿Cómo estuvo la escuela? — preguntó el padre.

— Larga — respondió Ava. — Pero bien.

Y era verdad. Todo estaba "bien" de la manera en que siempre estaba: funcional, controlado, soportable.

La hermana menor apareció rápidamente en la cocina, tomó un vaso de agua y volvió al cuarto sin decir mucho. Ava apenas lo notó.

Después de la cena, subió las escaleras, entró al cuarto que compartía con la hermana y se cambió de ropa. Se puso un pijama cómodo, soltó el cabello castaño miel y se sentó en el escritorio, encendiendo la lámpara.

Abrió el libro de química. Intentó estudiar. Pero, por más que leyera las mismas líneas, la mente insistía en volver a la biblioteca. A la mesa de madera. A la forma distraída de Ethan pasando las páginas sin prestar atención. A las preguntas equivocadas, hechas a propósito.

Ava cerró los ojos por un segundo.

Concéntrate, se dijo.

Tomó el cuaderno y empezó a escribir cómo explicaría ese contenido nuevamente. Más simple. Más directo. Pensó en mejores ejemplos. En palabras diferentes. Era como si todavía estuviera dando clase.

Cuando se dio cuenta, ya era tarde. Fue al baño, se dio una ducha larga y volvió al cuarto con el cabello aún húmedo, la toalla colgada sobre los hombros, sentándose en el borde de la cama.

La puerta del baño se abrió con cuidado, y Lily entró al cuarto con la toalla todavía enrollada en el cabello, el pijama ya puesto. El suelo crujió levemente cuando cruzó hasta su propia cama, dejando un rastro de olor a jabón en el aire.

Ava estaba sentada en la cama, con la lámpara encendida a su lado, el cuaderno cerrado sobre las piernas y el celular tirado cerca de la almohada.

— Vaya — dijo Lily, dejándose caer en la cama. — ¿Qué cara es esa?

Ava suspiró, pasándose la mano por el rostro.

— De cansancio.

— ¿De la escuela? — preguntó Lily, tirando de la cobija.

— De todo — respondió Ava. — Principalmente de la tutoría.

Lily se giró de lado, apoyando el codo en el colchón.

— Mamá dijo que le estás dando clases a Ethan Ryder. Debe ser un sueño, ¿no?

Ava soltó una risa corta, sin humor.

— Es una pesadilla.

— ¿En serio? — Lily sonrió. — Pensé que te iba a gustar.

— ¿Gustar de repetir lo mismo diez veces a alguien que finge no entender? — Ava negó con la cabeza. — No.

Lily rió bajito.

— Eres muy dramática.

— Soy realista.

Las dos quedaron en silencio unos segundos. Lily tomó el celular y empezó a usarlo, la pantalla iluminando el rostro aún húmedo por el baño.

— ¿Viste al chico nuevo que entró en el último año? — preguntó Lily de repente.

— No — respondió Ava, acostándose también. — Y no quiero verlo.

— Mis amigas ya encontraron su Instagram — comentó Lily. — Todas. En menos de una hora.

Ava giró el rostro hacia la hermana.

— Lily… solo tienes doce años.

— Lo sé — respondió Lily, riendo. — No me voy a casar con él. Solo miro.

— Ese no es un tema para ti — dijo Ava, tirando de la cobija. — Ve a dormir.

— Eres demasiado aburrida.

— Y tú hablas demasiado.

Lily rió, continuando con el celular.

— Un día todavía vas a admitir que estas cosas son interesantes.

— Un día te darás cuenta de que son agotadoras — replicó Ava.

Lily apagó el celular unos minutos después y se dio vuelta hacia el otro lado.

— Buenas noches, Ava.

— Buenas noches, Lily.

Ava apagó la lámpara, y el cuarto quedó oscuro, iluminado solo por la luz tenue que entraba por la ventana.

Acostada en su cama, miró el techo invisible durante unos instantes. Pesadilla era la palabra correcta.

Se giró de lado, se cubrió hasta el mentón y cerró los ojos, mientras la casa finalmente se sumergía en el silencio de la noche.

EL OTRO LADO

CAPÍTULO 3

Ethan Ryder salió del cuarto todavía acomodándose la toalla alrededor del cuello, los pasos pesados resonando por el pasillo estrecho de la casa. La ducha había sido demasiado caliente, demasiado larga — y, aun así, no había logrado relajarlo como esperaba. Al contrario. Parecía que cada minuto bajo el agua solo había dado más espacio para que los pensamientos se acumularan.

Se detuvo un instante frente al espejo del baño. El reflejo le devolvió la imagen de siempre: el cabello castaño completamente desordenado, todavía húmedo, cayendo de manera indisciplinada sobre los cansados ojos verdes. El rostro joven llevaba una expresión que no combinaba con la fama que tenía en la escuela. No era arrogancia. Era incomodidad.

Ethan se pasó la mano por el cabello con impaciencia, respiró hondo y se alejó del espejo. Se puso la camiseta del equipo de fútbol americano — la de siempre, ya un poco gastada por el uso constante — y tomó la mochila tirada en la esquina del cuarto, donde había sido arrojada la noche anterior sin el menor cuidado.

La casa ya estaba despierta.

Ethan vivía a pocas cuadras de la escuela, en una casa simple pero bien cuidada, de esas que no llaman la atención, pero transmiten una extraña sensación de estabilidad. Sus padres se habían separado cuando él aún era niño y, desde entonces, ese lugar se

había convertido en su base. Vivía allí con su madre, el padrastro y los dos medio hermanos gemelos de ocho años, que parecían tener energía suficiente para ocupar todos los ambientes al mismo tiempo — y todavía sobrar.

Apenas bajó las escaleras, fue recibido por el sonido típico de las mañanas: voces superpuestas, risas fuertes, sillas arrastrándose por el suelo y el olor intenso de tocino y huevos friéndose.

En la cocina, la madre estaba frente a la estufa, moviendo la sartén con una mano mientras, con la otra, intentaba mantener a los gemelos alejados del fuego.

— ¡Agarró mi vaso! — gritó uno de ellos.

— ¡No lo agarré! — respondió el otro, sosteniendo el vaso azul como si fuera un trofeo.

— Buenos días — dijo la madre, sin girarse, ya acostumbrada a la presencia silenciosa del hijo mayor.

— Buen día — respondió Ethan, sentándose en la barra y apoyando los codos sobre la superficie fría.

Ella puso los huevos en un plato y finalmente se giró para mirarlo. Bastó una mirada más atenta para darse cuenta de que algo no estaba bien.

— ¿Quieres comer? — preguntó, empujando el plato hacia él.

Ethan abrió el armario de arriba y sacó una caja de cereal, negando con la cabeza.

— Creo que no. No tengo mucha hambre.

La madre frunció el ceño de inmediato.

— ¿Desde cuándo?

Ethan se encogió de hombros, sirviéndose de todos modos, más por costumbre que por ganas.

— No sé.

Ella cruzó los brazos, apoyando la cadera en el fregadero, observando al hijo durante unos segundos en silencio. Conocía esa mirada. Conocía esa forma de evitar la conversación.

— ¿Por qué andas tan estresado? — preguntó, directa.

Ethan soltó una risa corta, sin humor.

— La escuela decidió que tengo que estudiar más — dijo, llenando la cuchara de cereal. — Incluso me consiguieron una tutora de química.

— Qué bien — respondió la madre de inmediato, sin dudar. — Ya era hora.

— Bien nada — protestó él, empujando el cereal de un lado a otro en el plato. — Odio química. Y no quiero pasarme toda la tarde estudiando con esa chica otra vez.

La madre se acercó y le tiró suavemente de la oreja, en un gesto automático, casi cariñoso.

— Eso no es un favor, Ethan. Es una obligación — dijo, firme. — No vas a pasar toda tu vida persiguiendo una pelota.

— Ay — se quejó él, apartándose, más por costumbre que por dolor. — Ya entendí.

Los gemelos aprovecharon el momento para correr alrededor de la mesa, casi derribando las sillas. Uno de ellos le dio un choque de manos a Ethan, riendo como si fuera una estrella.

— Buena suerte hoy — dijo, animado.

Ethan sonrió de lado, a pesar del mal humor. Terminó el cereal en pocas cucharadas, se levantó y tomó la mochila.

— Tengo que irme.

— Compórtate — advirtió la madre.

— Siempre — respondió él, ya abriendo la puerta.

Afuera, el aire de la mañana estaba fresco. El cielo tenía ese tono claro del inicio del día que parecía prometer más de lo que realmente entregaba. Ethan se colgó la mochila al hombro y empezó a caminar hacia la escuela, sintiendo ese peso conocido instalarse otra vez en el pecho.

Química.
Tutoría.
Otra tarde más estudiando.

Pateó una piedrita en el camino, bufando en voz baja. El día apenas había comenzado.

...

Con el paso de los días, el ritmo en la escuela parecía siempre el mismo — casi sofocante de tan previsible. Clases por la mañana, pasillos demasiado llenos, casilleros golpeándose, risas resonando demasiado alto. Profesores repitiendo contenidos que Ava ya dominaba con facilidad y Ethan apenas lograba seguir sin perderse a mitad de la explicación.

Para Ava, los días se organizaban en horarios, tareas y responsabilidades que se acumulaban sin pedir permiso. Todo tenía un lugar. Un tiempo. Un orden. Llegaba temprano, se sentaba siempre en los primeros pupitres, anotaba cada explicación con cuidado. Sabía exactamente qué necesitaba hacer para mantener sus calificaciones impecables.

Para Ethan, todo parecía más difuso. Los días se mezclaban entre entrenamientos, bromas en el vestuario, provocaciones en los pasillos y la sensación constante de que siempre encontraba la manera de escapar de lo que no le gustaba — al menos hasta que ya no era posible.

Las tardes seguían un patrón casi irritante.

Entrenamiento para Ethan.
Biblioteca para Ava.
Tutoría para los dos.

A ninguno de los dos le gustaba eso.

Ava siempre llegaba antes. Se sentaba erguida, libros abiertos, bolígrafos organizados por color, cuadernos alineados sobre la mesa. Mantenía un tono serio, objetivo, explicando la materia como si estuviera frente a un pizarrón invisible.

No sonreía.
No cedía.
No se dejaba llevar.

Hacía lo que tenía que hacerse.

Ethan, en cambio, llegaba como si la biblioteca fuera solo otro espacio cualquiera. Tiraba la mochila al suelo, se dejaba caer en la silla, estiraba las piernas, tamborileaba los dedos sobre la mesa.

— Te tomas esto demasiado en serio — comentó una vez, inclinándose hacia atrás en la silla.

— Alguien tiene que hacerlo — respondió Ava, sin levantar la vista del libro.

Él reía. Siempre reía. Hacía comentarios fuera de lugar, intentaba sacarle reacciones con bromas, con sonrisas torcidas, con esa

mirada sostenida por demasiado tiempo. Era su forma de lidiar con la incomodidad: convertirlo todo en un juego.

— Deberías relajarte más — insistía. — La vida no es solo fórmula y regla.

— Y la tuya no es solo fútbol — replicaba ella, seca.

A él le gustaba eso. Aunque no lo admitiera.

No era casualidad que funcionara con casi todo el mundo. Ethan Ryder tenía ese tipo de encanto fácil, casi perezoso, que no exigía esfuerzo. Una sonrisa en el momento justo, un comentario atravesado, una manera confiada de ocupar espacio. La mitad de las animadoras de la escuela ya habían pasado por su órbita — y eso no era un secreto para nadie. Mucho menos para sus amigos.

En el vestuario, entre un entrenamiento y otro, se jactaba de eso como si fuera apenas otro dato irrelevante de su propia biografía.

— Relájense — decía, cuando alguien comentaba. — Nunca tuve que esforzarme demasiado.

Las risas siempre llegaban como respuesta.

Ava, por supuesto, no formaba parte de ese mundo. Ella era la excepción. La chica que no reía con las bromas.
Que no devolvía las miradas.
Que no se impresionaba con nada.

Y eso, de alguna manera, lo hacía todo más irritante para él.

Para Ava, Ethan era solo otra obligación impuesta por la escuela. Un nombre en la lista. Un problema que resolver.

Para Ethan, Ava era un desafío.

Y, mientras los días seguían en ese ciclo previsible, ninguno de los dos se daba cuenta — o quería admitir — de que esa rutina estaba a punto de romperse.

APUESTA

CAPÍTULO 4

El miércoles, Ava comenzó el día repitiéndose a sí misma que todo estaba bajo control. Era una mentira pequeña, inofensiva. De esas que uno se cuenta solo para poder levantarse de la cama.

Se vistió como siempre, se ató el cabello castaño miel con cuidado, se colocó los lentes en el lugar correcto y salió de casa con la mochila pesada sobre los hombros. El camino hasta la escuela parecía igual a todos los demás, pero algo en ella estaba diferente. No inquieta — solo alerta. Como si estuviera esperando que algo saliera mal.

Las sesiones de tutoría ya no la ponían tan nerviosa como al principio. O, al menos, eso era lo que se empeñaba en creer. Ethan seguía siendo Ethan. Provocador. Irritante. Siempre con esa sonrisa demasiado fácil, comentarios atravesados, preguntas mal formuladas que parecían hechas más para poner a prueba que para aprender.

Se sentaba de cualquier manera, apoyaba el mentón en la mano, se inclinaba demasiado cerca de la mesa, rompiendo la distancia que ella se esforzaba por mantener. Ava, por su parte, permanecía firme. Espalda recta. Voz controlada. Mirada fija en el libro. Profesional. Distante. Era eso o perder completamente el control — y perder el control nunca había sido una opción para ella.

Durante las clases de la mañana, anotó todo de forma mecánica. Física, historia, literatura. Las palabras entraban y salían de su

mente sin dejar mucho rastro. Pensaba en la explicación que daría más tarde, en cómo simplificar conceptos, en cómo impedir que Ethan lo convirtiera todo en una broma.

Solo unas semanas más, se decía a sí misma.
Es solo una obligación.

Después de la última clase de la tarde, Ava guardó los libros en la mochila y decidió tomar un atajo por el gimnasio para llegar a la biblioteca. El pasillo principal estaba abarrotado, grupos formándose cerca de los casilleros, risas demasiado altas, empujones para los que no tenía paciencia.

El gimnasio, en cambio, estaba casi vacío. El espacio amplio amplificaba los sonidos: el eco distante de una pelota botando, pasos que venían del vestuario masculino, voces demasiado sueltas para un ambiente cerrado.

Ava caminaba con atención, atravesando el costado de las gradas, cuando oyó una carcajada familiar. Reconoció la voz incluso antes de procesar lo que estaba escuchando.

Ethan.

El cuerpo reaccionó primero. El paso se desaceleró. El corazón se aceleró. No era curiosidad. Era costumbre. Ethan nunca pasaba desapercibido. Hablaba alto, reía alto, ocupaba espacio como si el mundo estuviera hecho naturalmente para girar a su alrededor.

— Entonces, capitán — dijo una voz grave, cargada de burla —, ¿cómo te va con la nerd?

Ava se detuvo.

El sonido de esa palabra le golpeó como algo frío en la nuca. Instintivamente, dio un paso atrás y se colocó detrás de una

columna cercana a las gradas. No pensó. Solo lo hizo. El corazón empezó a latir más rápido. No de miedo. De anticipación.

— Ve con calma, Jake — respondió Ethan, riendo. — Ella no muerde.

Jake, el grandote del ataque, soltó una carcajada escandalosa.

— Todavía — añadió.

Ava apretó la correa de la mochila, los dedos tensándose.

Otra voz se sumó a la conversación.

— En serio, amigo — dijo Michaels, apoyado en uno de los casilleros, con un tono medio incrédulo —. Nunca pensé que llevarías esa apuesta tan lejos.

La palabra cayó pesada en el aire.

Ava sintió que el estómago se le hundía.

¿Apuesta?

Por un segundo, pensó que había oído mal. El cerebro intentó reorganizar la frase, encajar otro sentido. Pero no había otro.

— Apuesta es apuesta — respondió Ethan, con el mismo tono despreocupado que usaba para hablar de entrenamientos o fiestas —. Y yo siempre cumplo.

El mundo pareció perder el eje.

— ¿Entonces es verdad? — preguntó Logan, el defensor, cruzándose de brazos. — ¿Hasta la graduación?

— Hasta la graduación — confirmó Ethan. — Relájense. Yo llego.

Ava sintió que el rostro le ardía. La sangre le pulsaba en los oídos con tanta fuerza que apenas lograba oír el resto de la conversación.

— Tienes hasta mayo — recordó Michaels. — Si no lo logras, son cien para cada uno de nosotros.

— ¿Cien para cada uno? — Jake silbó. — Dinero fácil.

Ethan rió, un sonido ligero, confiado.

— Ya están contando con eso, ¿no? No va a pasar.

— ¿De verdad está cayendo? — preguntó Logan, ahora más curioso que burlón.

Hubo una pausa corta. Demasiado corta. Ava contuvo la respiración.

— Despacio — respondió Ethan. — Pero sí. Ya me está prestando atención. Solo necesito unas cuantas clases más.

Ahí fue cuando todo se quebró.

Ava sintió que algo se partía dentro del pecho, silencioso, pero definitivo. Cada palabra resonaba como un error imposible de corregir. Todo lo que había racionalizado en los últimos días — su forma de ser, las provocaciones, las preguntas maliciosas — de repente cobraba sentido.

Ella no era una persona para él.
No era una alumna.
Ni siquiera era una molestia.

Era un juego.

— Amigo, estás enfermo — comentó Jake, riendo. — Pero quiero ver eso pasar.

— Va a pasar — respondió Ethan, seguro. — Confía.

Ava apretó los dedos contra la mochila con fuerza. Las uñas se clavaron en la tela, como si eso fuera lo único sólido en el mundo en ese momento.

Quería salir de allí.
Quería avanzar.
Quería enfrentarlo.
Quería gritar.

Pero el cuerpo no reaccionaba.

Los chicos siguieron riendo, cambiando de tema con una facilidad absurda. Entrenamiento, fiesta, apuestas paralelas. Como si nada se hubiera dicho. Como si ella no estuviera allí, escondida a pocos metros, oyendo cada palabra.

Cuando finalmente se alejaron en dirección al vestuario, el gimnasio volvió a quedar en silencio. Ava permaneció detrás de la columna unos segundos, intentando recuperar el aliento. Las piernas le temblaban. No de miedo. De rabia.

Respiró hondo, sintiendo un nudo formarse en la garganta. Tragó saliva, forzando a que el control regresara, como siempre hacía.

Así que era eso.

Cada provocación.
Cada sonrisa.
Cada falsa dificultad para aprender.

Todo una actuación.

Ava salió de detrás de la columna con pasos firmes, la mandíbula tensa, los hombros rígidos. El camino hasta la biblioteca parecía más largo que nunca, como si el espacio se hubiera estirado solo para poner a prueba su resistencia.

Él había jugado con ella.

Y, por primera vez desde que aquella tutoría había comenzado, Ava no pensaba en ser paciente. Pensaba en no dejarlo pasar.

La biblioteca estaba demasiado silenciosa. Ava ya estaba sentada en la mesa del fondo cuando llegó, los libros abiertos frente a ella, pero los ojos fijos en algún punto cualquiera de la pared. Las palabras en las páginas no tenían sentido. Ninguna fórmula. Ninguna explicación. Nada encajaba.

La conversación en el gimnasio seguía resonando en su mente, repitiéndose como un error imposible de borrar.

Apuesta.
Hasta la graduación.
Ya casi está cayendo.

Ava apretó el bolígrafo entre los dedos, sintiendo el plástico ceder levemente bajo la presión. Respiró hondo, contando mentalmente hasta tres, como siempre hacía cuando necesitaba recomponerse.

Profesional.
Distante.
Bajo control.

Eso era en lo que se apoyaba.

El sonido de pasos acercándose hizo que su estómago se contrajera, incluso antes de verlo. Ethan nunca llegaba en silencio. Siempre había una presencia exagerada en la forma en que ocupaba los espacios.

— Llegué, jefa — dijo, con esa sonrisa cínica de conquistador, tirando la mochila al suelo y sentándose de cualquier manera en la silla frente a ella. — ¿Lista para salvarme de otra reprobación?

Ava alzó la mirada despacio. La sonrisa de él vaciló por un segundo.

— Abre el libro — dijo ella, sin devolver el saludo. — Página treinta y dos.

Ethan arqueó una ceja.

— Guau. ¿Qué pasa? ¿Te levantaste de mal humor?

— Página treinta y dos, Ethan — repitió ella, fría.

Él se encogió de hombros y abrió el libro.

— Está bien, está bien… relájate.

— Dime — continuó Ava —, ¿qué entiendes sobre enlaces covalentes?

— Yo… — Ethan hizo una pausa exagerada, como si estuviera jugando a pensar. — Creo que es cuando los átomos comparten algo.

— ¿Algo qué? — lo cortó ella.

— Electrones — respondió, un poco menos confiado.

— Correcto — dijo Ava, anotando algo en el cuaderno. — Al menos eso.

El silencio se instaló entre ellos. No era cómodo. No era liviano. Era denso, cargado de algo que Ethan claramente no conseguía identificar.

— Estás rara — comentó él, apoyando el codo en la mesa. — ¿Hice algo?

Ava levantó la mirada lentamente.

— Presta atención a la materia.

— Siempre la misma respuesta — rió él suavemente. — Deberías relajarte más. La vida no es solo—

— No estamos aquí para hablar de la vida — lo interrumpió ella. — Estamos aquí para estudiar.

Él la observó unos segundos, la sonrisa disminuyendo, sustituida por una expresión curiosa.

— Está bien — dijo, por fin. — Como quieras.

Ella explicó el contenido con precisión mecánica. Sin desvíos. Sin paciencia extra. Sin tolerar bromas. Cada vez que Ethan intentaba sacar conversación, ella lo cortaba con preguntas directas, secas.

Cuando el reloj marcó el final de la sesión, Ava cerró el cuaderno con firmeza.

— Por hoy es todo.

— ¿Ya? — preguntó Ethan. — Aún falta—

— Necesito irme — dijo ella, levantándose y guardando los libros en la mochila. — Sigue leyendo el capítulo. Mañana retomamos.

— Oye — la llamó él, confundido. — ¿Pasó algo?

Ava se detuvo por un segundo, la mano aún sujetando la correa de la mochila. Pensó en decirlo todo. Pensó en mirarlo a los ojos y desmontar cada palabra dicha en el gimnasio.

Pero no dijo nada.

— No — respondió apenas. — Buenas noches.

Salió de la biblioteca sin mirar atrás.

Ethan se quedó sentado, observando la silla vacía frente a él, la sonrisa desapareciendo por fin del rostro.

Algo había cambiado.

Y todavía no sabía exactamente qué.

EN LA OSCURIDAD

CAPÍTULO 5

Toda la casa ya estaba en silencio cuando Ava finalmente se acostó. No era un silencio común — era ese silencio profundo, pesado, que solo aparece cuando todos ya se han ido a dormir desde hace algún tiempo. Las luces estaban apagadas, las puertas cerradas, y hasta el reloj de la cocina parecía marcar las horas más bajo, como si respetara el cansancio de la madrugada.

Ava había llegado más temprano de lo normal esa noche. Había dejado la mochila en el cuarto, abierto los libros por obligación, cerrado minutos después por incapacidad. Las palabras no tenían sentido. Las fórmulas se mezclaban. Las páginas se volvían borrosas no por sueño, sino porque la mente insistía en volver al mismo lugar.

Se había dado una ducha larga, demasiado caliente, como si el agua pudiera lavar algo más que el sudor del día. Había cenado casi sin sentir el sabor de la comida, respondiendo a las preguntas de los padres en automático, fingiendo que todo estaba bien con una sonrisa que no llegaba a los ojos.

Ahora, acostada en la cama, miraba el techo invisible del cuarto oscuro.

Se giró hacia la izquierda.
Luego hacia la derecha.
Luego otra vez.

El colchón crujió suavemente con cada movimiento. La sábana parecía demasiado caliente. La almohada nunca estaba en la posición correcta. Ava tiró de la cobija hasta el mentón, luego la empujó hacia atrás, respirando hondo. Nada ayudaba.

Los pensamientos no se detenían. Las palabras en el gimnasio se repetían como un eco imposible de ignorar. Cada risa que había oído escondida detrás de la pared. Cada frase dicha con desdén. Cada tono burlón. Cada segundo en que se quedó allí, quieta, escuchándolo todo sin ser vista.

Como si no existiera.
Como si fuera solo un nombre lanzado en cualquier conversación.

Ava apretó los ojos con fuerza, como si eso fuera suficiente para apagar la mente. No lo era.

Al otro lado del cuarto, Lily aún estaba despierta. Acostada boca arriba, el celular iluminaba la mitad de su rostro, proyectando sombras extrañas en el techo. El pulgar se movía rápido por la pantalla, pero los ojos estaban demasiado atentos para alguien realmente distraída.

Notó el movimiento inquieto de la hermana casi de inmediato.

— Ava… — llamó en voz baja, sin apartar la mirada de ella. — ¿Está todo bien?

La respuesta llegó demasiado rápido.

— Sí.

Corta.
Automática.
Ensayada.

Lily frunció levemente el ceño, observando otro giro de la hermana en la cama, otro suspiro contenido, otro silencio pesado.

— Tú nunca te quedas así — comentó, bajando el celular poco a poco. — Generalmente te acuestas y te duermes en cinco minutos.

Ava no respondió. El silencio se extendió por unos segundos. Ese tipo de silencio que dice más que cualquier palabra.

Lily bloqueó la pantalla del celular y lo dejó a un lado. Giró el cuerpo para mirar a la hermana.

— Sé que hay algo que te está molestando.

Ava tragó saliva. Sintió el peso de la decisión incluso antes de hablar. No quería involucrar a la hermana. No quería decir en voz alta algo que aún dolía solo por existir dentro de ella. Hablar lo volvía real. Definitivo.

Pero ya no podía guardarlo.

— Es Ethan — dijo por fin, casi en un susurro, como si el nombre pesara demasiado.

Hubo un segundo de silencio absoluto.

Entonces Lily se sentó en la cama de un salto.

— ¡¿Qué?! — susurró demasiado alto, con los ojos bien abiertos.

Ava se giró rápido, llevándose un dedo a los labios.

— ¡Lily! Shhh — murmuró. — Habla bajo. Vas a despertar a mamá y a papá.

Lily se llevó la mano a la boca, demasiado consciente de su propio entusiasmo.

— Perdón — murmuró. — Pero… ¿cómo que Ethan?

Extendió el brazo con cuidado y encendió la lámpara. La luz suave iluminó el cuarto, revelando el rostro tenso de Ava, los hombros rígidos, la mirada cansada — y, en contraste, la expresión curiosa, casi eléctrica, de Lily.

— ¿Qué hizo? — preguntó Lily, sentándose en el borde de la cama. — ¿Te dijo algo?

Ava se sentó también, subiendo la cobija hasta la cintura como si necesitara alguna protección.

— Descubrí algo hoy — dijo despacio. — Sin querer.

— ¿Qué descubriste?

Ava respiró hondo. No quería rodeos. No quería suavizar.

— Los oí a él y a sus amigos hablando.

Lily frunció el ceño.

— ¿Hablando cómo?

— Sobre mí.

Los ojos de Lily se abrieron aún más.

— ¿En serio?

Ava asintió.

— Ellos… hicieron una apuesta.

— ¿Una apuesta? — repitió Lily, confundida. — ¿Qué tipo de apuesta?

Ava sintió que el estómago se le contraía solo por decirlo en voz alta. El nudo volvió al pecho, casi físico.

— Una apuesta de que él consigue estar conmigo hasta la graduación.

Las palabras quedaron suspendidas en el aire. El silencio que siguió fue pesado, denso, casi palpable. Lily tardó unos segundos en reaccionar.

— No — dijo por fin, negando con la cabeza. — No puede ser.

— Sí — respondió Ava, con la voz baja, pero firme. — Lo oí todo. Hablaron de plazos. De dinero. De mí como si yo fuera… un desafío.

Lily se llevó la mano al pecho, como si hubiera recibido un golpe.

— Eso es horrible — murmuró. — Eso está muy mal.

— Lo sé.

— ¿Él sabe que lo escuchaste?

— No — respondió Ava. — Al menos, creo que no.

Lily negó con la cabeza, incrédula.

— No lo puedo creer — dijo. — Sabía que era engreído, pero esto… esto es cruel.

Ava sintió algo apretarse en el pecho al oír eso. No era alivio. Era confirmación.

— Me dio rabia — admitió Ava. — Mucha. Pero más que eso… me sentí humillada.

La palabra salió pesada. Definitiva.

Lily no dudó. Extendió la mano y le sostuvo la de ella con firmeza.

— No hiciste nada mal — dijo, con convicción. — Nada. ¿Me oyes bien?

Ava asintió, pero los ojos le ardieron.

— ¿Sabes lo que tienes que hacer ahora? — continuó Lily.

Ava levantó la mirada despacio.

— ¿Qué?

— Mostrarle que eres mejor que eso — respondió Lily, sin dudar. — Tienes que hacer que se arrepienta de esa apuesta.

Ava soltó una risa baja, casi incrédula.

— No puedo creer que esté recibiendo consejo de mi hermana de doce años.

Lily sonrió, orgullosa.

— Bueno, experiencia es experiencia.

— ¿Experiencia de qué? — provocó Ava, intentando aligerar el peso.

— Una vez pasó algo parecido con una amiga mía — contó Lily, animada. — Un chico se burló de ella, creyendo que tenía el control. Ella lo dejó en ridículo. Nunca más se metió con nadie.

Ava negó con la cabeza, sonriendo a pesar de todo.

— Ustedes son imposibles.

— Y eficientes — completó Lily, riendo bajito.

Las dos rieron en silencio, apagando el sonido como si compartieran un secreto. Por unos segundos, el cuarto pareció más liviano. El peso en el pecho de Ava disminuyó solo un poco — lo suficiente para respirar mejor.

Ava atrajo a Lily a un abrazo apretado.

— No sé qué haría sin ti — murmuró.

Lily apoyó la cabeza en su hombro.

— Por suerte no tienes que descubrirlo.

Ava se apartó un poco y sonrió de lado, limpiándose discretamente el rostro.

— No quiero ni imaginarte cuando tengas mi edad.

— Que el mundo se prepare — respondió Lily, riendo.

Ava apagó la lámpara con cuidado, y las dos se acostaron, cada una en su cama. El cuarto volvió a quedar oscuro, silencioso, protegido de esa forma que solo la noche dentro de casa conseguía ser.

Ava cerró los ojos.

Aún no sabía exactamente qué haría. Todavía dolía. Todavía confundía. Pero, por primera vez desde que había oído aquella conversación en el gimnasio, el peso en el pecho parecía un poco menor.

No estaba sola.

Y eso lo cambiaba todo.

EL JUEGO DEL PODER

CAPÍTULO 6

Ava despertó el jueves con el cuerpo cansado y la mente peligrosamente despierta. No fue el despertador lo que la sacó del sueño, sino la claridad incómoda de una decisión tomada durante la madrugada.

Se quedó unos segundos acostada, mirando el techo del cuarto, escuchando la casa aún silenciosa, sintiendo el peso de lo que venía — y, por primera vez en días, no sintió ganas de encogerse ante eso.

Tenía un plan.

No era impulsivo.
No estaba movido por una rabia ciega.

Era frío, calculado, nacido de la humillación y pulido por la lucidez que solo aparece cuando la decepción deja de doler y empieza a enseñar.

Si Ethan Ryder creía que ella era solo otra conquista fácil para alimentar una apuesta idiota, estaba a punto de descubrir cuánto había subestimado a la persona equivocada.

Ava no sería la chica tonta que caía en su juego.

No sería dócil.
No sería predecible.

Y, definitivamente, no sería descartable.

Se levantó, fue al baño y se miró en el espejo. El reflejo le devolvió una versión de sí misma que siempre había existido, pero que rara vez usaba como arma. Los ojos estaban firmes. La mandíbula, determinada.

Se duchó con calma, se lavó el cabello y, en lugar de recogerlo automáticamente en un moño funcional, lo dejó suelto. El castaño miel caía en ondas naturales, enmarcando el rostro de una manera que sabía que llamaba la atención — no por vanidad, sino por presencia.

Se puso una blusa más ajustada de lo habitual, simple, pero que marcaba la cintura. Nada exagerado. Nada obvio. Solo lo suficiente para romper la imagen cómoda que Ethan había construido de ella.

Estrategia, se repitió a sí misma.

En la cocina, Lily ya estaba lista para salir, la mochila en la espalda, masticando un trozo de pan.

— Guau — comentó, mirándola de arriba abajo. — Alguien despertó diferente hoy.

— No empieces — respondió Ava, tomando su propia mochila.

Lily sonrió de lado y se acercó a la puerta junto a ella.

— Buena suerte — dijo en voz baja. — Ve con todo.

Ava respiró hondo antes de salir.

— Siempre.

El camino hasta la escuela pareció diferente esa mañana. No porque algo hubiera cambiado alrededor, sino porque Ava caminaba con otro

tipo de conciencia. No bajaba la mirada. No encogía los hombros. No se escondía.

Las clases pasaron demasiado rápido. Matemáticas, literatura, química — irónicamente, la materia que ahora tenía nombre, rostro y un problema asociado. Respondió a las preguntas, participó cuando fue necesario, pero la mente ya estaba adelante, ensayando cada paso de la tarde.

En el recreo, se sentó en el comedor, compró un sándwich simple y un refresco. Comió despacio, observando el movimiento a su alrededor. Risas, grupos formándose, animadoras pasando con su coreografía involuntaria de siempre.

Ethan no estaba allí. Probablemente en el entrenamiento. Mejor así.

Cuando sonó el último timbre, Ava no perdió tiempo. Guardó las cosas, respiró hondo y se dirigió a la biblioteca.

Llegó antes, como siempre. Eligió la misma mesa. Ordenó los libros con cuidado. Abrió el cuaderno.

Pero, esta vez, había algo distinto en ella.

No ansiedad.
No tensión.
Control.

Cuando los pasos conocidos resonaron por el pasillo, Ava no levantó la mirada de inmediato.

— Jefa — dijo Ethan, con la confianza irritante de siempre. — Puntualidad impecable, como siempre.

Ella siguió escribiendo.

— Siéntate — dijo apenas.

Él hizo lo que pidió, pero no pudo evitar el silencio extraño que se instaló. Cuando finalmente la miró de verdad, se detuvo un segundo más de lo que pretendía. Los ojos verdes recorrieron el cabello suelto, la postura diferente, la forma en que ella ocupaba el espacio.

— Estás diferente hoy — comentó, sonriendo. — ¿Cambió algo?

Ava levantó la mirada lentamente.

— Es solo el cabello suelto.

Abrió el libro y lo empujó hacia él.

— Reacciones químicas. Página cuarenta y tres.

Ethan se dejó caer en la silla, aún claramente distraído.

— ¿Estás intentando distraerme?

Ella inclinó la cabeza, una sonrisa leve — controlada — apareció en sus labios.

— Si quisiera distraerte, no lograrías ni abrir el libro.

— Desafío aceptado — respondió él, riendo.

— Explícame qué es una reacción de combustión — pidió Ava, fría.

— Fácil — dijo Ethan, rascándose la nuca. — Cuando algo se prende fuego. Oxígeno, calor… esas cosas.

Ava se inclinó levemente sobre la mesa, lo suficiente para reducir la distancia entre ellos. No lo tocó. No fue necesario.

— Casi — dijo. — Es una reacción exotérmica rápida entre un combustible y un agente oxidante, generalmente oxígeno, que produce calor y luz. Ahora escribe la ecuación del metano al quemarse.

Ethan parpadeó. Una vez. Dos.

— Estás siendo más dura hoy — comentó, tomando la pluma. — ¿Qué hice?

— Nada — respondió Ava, volviendo a sentarse. — Solo quiero que aprendas.

La clase se convirtió en un juego silencioso. Ava aumentaba el nivel de las preguntas, corregía sin suavizar, cortaba los intentos de broma con respuestas directas. Cruzaba las piernas con calma, se acomodaba el cabello cuando quería que él lo notara — y luego lo ignoraba por completo.

Ethan intentaba mantener el foco, pero fallaba con frecuencia.

— ¿Por qué me miras así? — preguntó en cierto momento, soltando la pluma.

— ¿Así cómo? — devolvió Ava, fingiendo inocencia.

— Como si quisieras matarme… o besarme. No sé.

Ella rió, breve, sin ningún calor.

— Te gustaría, ¿no? — respondió. — Vuelve al libro.

Él bufó, pero obedeció.

Cuando el reloj marcó el final de la sesión, Ava cerró el cuaderno con firmeza.

— Por hoy es todo.

— ¿Ya? — preguntó Ethan. — Aún faltaba—

— Necesito irme — dijo ella, ya levantándose. — Mañana hay más. Estudia.

Él la observó recoger sus cosas, claramente confundido.

— Actuaste diferente hoy — dijo. — Y eso me está dejando un poco fuera de equilibrio.

Ava se detuvo un segundo. Se giró solo lo suficiente para mirarlo.

— Acostúmbrate.

Y salió.

En el pasillo, el corazón le latía con fuerza — no de miedo, sino de certeza.

Ethan Ryder pudo haber comenzado el juego.

Pero ahora…

Era ella quien dictaba las reglas.

FUERA DEL GUIÓN

CAPÍTULO 7

Ethan salió de la biblioteca con una sensación extraña pegada al pecho, como si hubiera dejado algo importante atrás. No era un objeto. No era la mochila, ni el celular, ni el cuaderno de química que ahora pesaba más de lo que debería bajo el brazo. Era otra cosa. Una inquietud que no lograba nombrar — y que, definitivamente, no formaba parte de su rutina.

Bajó los escalones de la entrada principal con pasos lentos, pasándose la mano por la nuca mientras respiraba hondo. La biblioteca quedó atrás, silenciosa como siempre, pero la presencia de ella parecía seguir allí, adherida a ese espacio.

No era normal salir de una sesión de tutoría pensando más en la tutora que en la materia.
No era normal salir desconcentrado.
Y definitivamente no era normal sentir esa especie de incomodidad mezclada con curiosidad.

Ethan se acomodó la mochila en los hombros y cruzó el campus sin prisa. El final de la tarde lo volvía todo más ruidoso: grupos dispersos por el césped, alumnos sentados en rondas, carcajadas altas, alguien poniendo música en el celular sin importar quién pasara. El olor a comida venía del quiosco cerca del edificio de artes, mezclado con el perfume del pasto recién cortado.

Se desvió naturalmente hacia allí.

— Un sándwich — pidió al encargado, sin mucha ceremonia. — Cualquiera.

Tomó el bocadillo envuelto en papel marrón y se sentó en uno de los bancos de concreto, apoyando los codos en las rodillas. Mordió distraído, casi sin sentir el sabor. La mirada vagaba por el movimiento alrededor, pero la mente insistía en volver siempre al mismo lugar.

La imagen de ella aparecía sin pedir permiso.

El cabello suelto cayendo sobre los hombros.
La forma firme en que sostenía la pluma.
La mirada directa, sin esquivar, como si no tuviera paciencia para jueguitos.

Estaba diferente.

Ethan frunció el ceño, molesto con su propio pensamiento. No era solo bonita — eso siempre lo había sido, aunque nunca se hubiera detenido a admitirlo en voz alta. Lo que había cambiado era otra cosa. La postura. La seguridad. La manera en que hablaba sin dejarle espacio para bromear o provocar.

No había risitas nerviosas ni intentos de agradar. Había control.

Y, extrañamente, eso lo afectaba.

Me gustó eso, pensó, casi sin darse cuenta.

La idea lo tomó por sorpresa. Dio otro mordisco al sándwich, masticando más despacio, como si pudiera masticar también el pensamiento hasta hacerlo desaparecer.

— Eh.

Ethan levantó la vista a tiempo de ver a Jake acercarse, con esa sonrisa perezosa de siempre, la mochila colgada de un solo hombro.

— ¿Qué tal, capitán? — dijo Jake, sentándose a su lado sin pedir permiso. — ¿Sigues siendo mi mejor jugador o ya te convertiste en alumno ejemplar?

Ethan soltó una risa corta, negando con la cabeza.

— Gracioso de verdad.

— Hablo en serio — continuó Jake. — El entrenamiento de hoy fue flojo sin ti. El entrenador incluso preguntó si te había secuestrado la nerd de la biblioteca.

Ethan le dio un empujón leve en el pie, sin fuerza de verdad.

— Cállate.

— Pero entonces, ¿qué? — insistió Jake, apoyando los codos en las rodillas igual que Ethan. — ¿Está funcionando?

La pregunta no era exactamente sobre química. Ethan lo sabía. Dio otro mordisco al sándwich antes de responder, como si necesitara ese tiempo extra.

— Va — dijo, encogiéndose de hombros. — Solo… diferente.

Jake giró el rostro hacia él, curioso.

— ¿Diferente cómo?

— Nada del otro mundo — respondió Ethan demasiado rápido. — Ella solo está más rígida. Debe ser cosa suya.

Jake rió, esa risa de quien no cree del todo.

— Tú sabrás. Pero oye… sigues siendo mi mejor jugador.

— Siempre — respondió Ethan, levantando el puño para un choque rápido.

Se quedaron allí unos minutos más, hablando trivialidades — entrenamiento, el partido del fin de semana, alguna chica a la que Jake intentaba impresionar — hasta que se despidieron.

Ethan tiró el papel del sándwich en la basura y siguió camino a casa.

El trayecto era corto. La calle tranquila, arbolada, daba una sensación extraña de normalidad después del caos interno que llevaba. Al entrar en casa, arrojó la mochila en el sofá, pasó por la cocina vacía y subió directo al cuarto.

Encendió la consola casi por reflejo. Eligió cualquier juego, se sentó en la cama y pasó un rato apretando botones sin mucha atención. Los movimientos eran automáticos, pero la mente seguía volviendo a la biblioteca.

A la forma en que Ava no había reaccionado a las provocaciones.
A la manera en que había cerrado la sesión con firmeza.
Al modo en que simplemente se fue, dejándolo allí con preguntas que no había planeado hacerse.

Después de apagar la consola, dejó el control y hizo algunos ejercicios en el cuarto — flexiones, abdominales, la rutina básica que seguía casi sin pensar. El cuerpo respondía bien, fuerte, entrenado. Pero la cabeza estaba lejos.

Cuando se detuvo a beber agua, sus ojos cayeron sobre el cuaderno de química tirado sobre la mesa. Lo tomó sin pensarlo. Pasó algunas páginas. Fórmulas. Esquemas. Anotaciones al margen con la letra de ella. Directas. Claras. Sin rodeos. Sin adornos.

Era exactamente el tipo de cosa que le hacía sentido — y eso lo irritaba y lo impresionaba al mismo tiempo.

La imagen de Ava volvió a surgir, demasiado nítida.

Necesito cumplir esta apuesta de una vez, pensó, apretando el papel entre los dedos.

No por dinero.
No por los chicos.

Sino porque esa sensación de estar perdiendo el control empezaba a incomodarlo más de lo que le gustaría admitir.

Dejó el cuaderno sobre la mesa con un suspiro y volvió a hacer flexiones, intentando expulsar los pensamientos.

Fue entonces cuando la puerta del cuarto se abrió de golpe.

— ¡Ethan!

Giró el rostro, todavía en el suelo.

— ¿Qué pasa, Noah?

— ¡Bajemos! — dijo Noah, animado, metiendo la mitad del cuerpo en el cuarto. — ¡Mamá pidió pizza de pepperoni!

Ethan rió, sintiendo por fin que la tensión cedía un poco.

— Ya voy.

Noah salió corriendo por el pasillo, gritando algo incomprensible para el hermano gemelo. Ethan se levantó, se pasó la mano por el cabello y respiró hondo.

Pizza.
Casa llena.
Ruido.

Tal vez era eso lo que necesitaba.

Aun así, mientras bajaba las escaleras, una idea insistía en martillarle la cabeza.

Ava Carter ya no estaba jugando el juego como antes.

Y, por primera vez, eso lo dejaba genuinamente curioso.

Mientras tanto, en la casa de Ava, la cena había terminado hacía ya un buen rato. La cocina estaba en silencio, las luces parcialmente apagadas, y el sonido distante del televisor venía de la sala, donde los padres empezaban a dormitar.

En el cuarto, sin embargo, el clima era otro. Ava estaba sentada en la cama, apoyada en la cabecera, con las piernas estiradas y el cabello aún suelto sobre los hombros. Lily ocupaba el otro lado del cuarto, sentada con las piernas cruzadas sobre la alfombra, riendo mientras hablaba sin parar.

— Te lo estoy diciendo — decía Lily, gesticulando como si contara un gran secreto. — No puedes facilitarle las cosas. Nunca. Así es como creen que ya ganaron.

Ava rió bajo, pasándose la mano por el rostro.

— Lily… todavía no puedo creer que me esté aconsejando contigo.

— No te sorprendas, es la realidad — respondió Lily, fingiendo ofensa. — Aprendo todo observando las relaciones de mis amigas mayores, justamente para no tener problemas en el futuro.

— Ustedes se toman todo como si fuera un drama gigante — comentó Ava, aún sonriendo.

— Porque lo es — replicó Lily. — Pero lo estás haciendo bien. Hoy estabas toda segura.

Ava negó con la cabeza, todavía divertida.

— Literalmente estoy escuchando consejos amorosos de mi hermana menor.

— Y agradécelo — dijo Lily, riendo. — Soy prácticamente una especialista.

Ava volvió a reír, una risa ligera, distinta del peso que había cargado en los últimos días. Por unos minutos, se olvidó de la biblioteca, de la apuesta, de la incomodidad. Allí, en el cuarto, con la hermana hablando de más y el mundo reducido a ese espacio seguro, todo parecía un poco más simple.

— Buenas noches, estratega — dijo Lily, dejándose caer en la cama.

— Buenas noches, especialista — respondió Ava, apagando la lámpara.

El cuarto quedó en silencio poco después — un silencio cómodo, lleno de risas que aún parecían flotar en el aire.

Y, por primera vez esa noche, Ava se durmió sin sentir el pecho apretado.

LÍNEAS CRUZADAS

CAPÍTULO 8

El viernes comenzó como casi todos los demás. Pasillos llenos, casilleros golpeando, voces mezclándose en un ruido constante que Ava ya había aprendido a ignorar. Caminaba con los libros apretados contra el pecho, esquivando grupos, manteniendo el paso firme y la mirada fija al frente.

En el aula, eligió el mismo lugar de siempre — cerca de la ventana, donde entraba mejor la luz y las distracciones eran menores. Mientras el profesor organizaba las diapositivas, Ava ya tenía el cuaderno abierto, la pluma colocada, la mente intentando mantenerse en el presente.

— ¿Ava?

Levantó la mirada. Era Megan, una compañera de clase que se sentaba dos filas atrás. No eran amigas cercanas, pero tampoco extrañas. Megan tenía ese tipo de curiosidad práctica, directa, que siempre aparecía cerca de los exámenes.

— ¿Entendiste esa parte de la materia de ayer? — preguntó, acercándose con el cuaderno abierto. — Sobre equilibrio químico.

Ava asintió.

— Sí. ¿Quieres que te lo explique?

— Por favor — dijo Megan, aliviada. — Lo leí tres veces y no me entró nada.

Ava giró el cuaderno hacia ella, señalando los esquemas que había dibujado.

— Piénsalo como un sistema que intenta mantenerse estable — comenzó. — Cuando cambias una variable, el sistema reacciona para compensar.

Megan escuchó con atención, frunciendo el ceño y luego relajándose poco a poco.

— Guau — comentó. — Explicas mejor que la mitad de los profesores.

Ava esbozó media sonrisa.

— Es solo práctica.

— Deberías dar clases de esto — bromeó Megan. — Quiero decir… además de lo que ya haces.

Ava cerró el cuaderno despacio.

— ¿La tutoría? — preguntó.

— Sí — respondió Megan. — Todo el mundo comenta.

Ava sintió un pequeño nudo en el estómago, pero mantuvo la expresión neutra.

— ¿Comentan qué?

Megan se encogió de hombros.

— Que eres muy paciente. Y que Ethan Ryder está… diferente.

Ava desvió la mirada hacia la ventana.

— ¿Diferente cómo?

— Menos idiota — rió Megan. — O al menos intentando parecerlo.

Ava no respondió. El timbre sonó poco después, cerrando la conversación. Megan agradeció y volvió a su lugar, mientras Ava recogía las cosas con más cuidado del necesario.

Diferente, repitió mentalmente.

El resto de la mañana siguió en ritmo automático. Clases, apuntes, preguntas respondidas casi por reflejo. Ava evitaba pensar demasiado, pero la sensación de estar siendo observada — no directamente, sino comentada — empezaba a incomodarla.

En el recreo, pasó por el patio y escuchó risas conocidas. El equipo de fútbol americano estaba disperso cerca de las gradas, Ethan en el centro, como siempre. No miró directamente, pero sintió su presencia como una presión en el aire. Siguió adelante.

En el comedor, se sentó sola, como hacía la mayoría de los días. Comió sin prisa, observando las mesas alrededor. Chicas comentando sobre el partido de la noche. Chicos hablando demasiado alto. La rutina escolar girando en torno a los mismos temas de siempre.

Y, aun así, algo parecía fuera de lugar.

Cuando sonó el último timbre, Ava guardó los libros, respiró hondo y se dirigió a la biblioteca. Todavía no sabía que esa tarde sería diferente. Pero su cuerpo parecía saberlo.

Ava llegó a la biblioteca preparada para más de lo mismo.

Más provocaciones disfrazadas de broma.
Más química — la del libro y la otra, que fingía no notar.
Otra hora intentando mantener todo bajo control mientras Ethan Ryder probaba, consciente o no, cada límite que ella ponía.

Llegó unos minutos antes, como siempre. Eligió la mesa junto a la ventana, aquella donde la luz del final de la tarde entraba de costado, dorando las páginas de los libros y dejando el ambiente casi demasiado cómodo para alguien que necesitaba mantener distancia emocional.

Abrió el cuaderno, organizó las plumas, respiró hondo.

Concéntrate, se repitió mentalmente.

El sonido de la puerta de la biblioteca al abrirse resonó en el espacio silencioso, seguido por pasos demasiado decididos para ese lugar. Ava no necesitó levantar la vista para saber quién era.

— Ava — la llamó, incluso antes de sentarse.

Ella cerró el cuaderno despacio.

— No.

— Ni siquiera sabes lo que voy a decir — replicó Ethan.

— Sí lo sé — respondió ella, firme. — Vas a intentar escapar de la tutoría porque hoy hay partido.

— No escapar — corrigió él. — Invitarte a que vayas conmigo.

Ava frunció el ceño.

— ¿Cómo dices?

— El partido de hoy es importante — dijo él, con un tono más serio de lo habitual. — Hay ojeadores. No es cualquier entrenamiento.

— ¿Y eso cambia el hecho de que tienes malas notas? — Ava cruzó los brazos. — Me obligaron a ser tu tutora justamente porque no estudias.

— Lo sé — respondió Ethan rápido. — Y no estoy diciendo que no vaya a estudiar.

— Parece exactamente eso.

Respiró hondo, pasándose la mano por el cabello.

— Quiero que vayas conmigo al partido — dijo, directo. — Después estudiamos. En mi casa. Sin vueltas. El doble.

Ava soltó una risa corta, sin humor.

— ¿De verdad crees que voy a cambiar clase por grada?

— No es un intercambio — insistió él. — Es un acuerdo.

Ella se levantó de la silla.

— La escuela dejó claro, Ethan. Juegas, entrenas… pero también estudias.

— Y voy a estudiar — replicó él. — Pero necesito que vayas hoy. No solo por el partido. Para que veas.

— ¿Ver qué?

— Quién soy cuando no estoy sentado en esa silla — respondió.

Ava lo miró en silencio. La petición no venía con sonrisa ni broma. Venía con urgencia. Con algo casi desesperado detrás de la confianza ensayada.

— Las promesas no aprueban química — dijo ella.

— Entonces déjame demostrártelo — respondió Ethan. — Vas al partido conmigo. En cuanto termine, vamos directo a estudiar. El doble. Dos horas. Sin vueltas.

— Después del partido — reforzó Ava.

— Después del partido — confirmó él enseguida. — Directo a estudiar.

Ella respiró hondo.

— Si intentas escaparte — dijo, firme —, si inventas cualquier excusa después del partido, hablo con la profesora Holloway el lunes.

— Trato hecho — respondió Ethan sin dudar.

— Y no hay negociación después — completó ella. — Partido, estudio. En ese orden.

— En ese orden — repitió él.

Ava tomó la mochila y se la colgó al hombro.

— Voy a ir al partido — dijo finalmente. — Pero eso no cambia nada.

El alivio en el rostro de él fue inmediato, aunque contenido.

— Gracias — dijo.

— No me agradezcas — respondió Ava, pasando a su lado. — Cumple.

Ethan se quedó quieto unos segundos después de que ella salió de la biblioteca. Había conseguido llevarla al partido. Pero ahora venía la parte difícil.

Salieron juntos de la biblioteca poco antes de que el sol empezara a bajar por completo. Ava caminaba al lado de Ethan, manteniendo

una distancia cuidadosa, como si cualquier cercanía mayor fuera un error demasiado calculado. Aun así, era imposible ignorar su presencia. Ethan ocupaba espacio de manera natural — la forma de caminar, confiado, los hombros anchos, la mochila colgada de cualquier manera en la espalda.

— Todavía estás a tiempo de arrepentirte — comentó él, mirándola de reojo.

— No — respondió Ava demasiado rápido. — Ya acepté. Solo no sé por qué.

Él sonrió.

— Lo entenderás cuando lleguemos.

El camino hasta el estadio de la escuela era corto, pero movido. Los alumnos iban en la misma dirección, algunos con camisetas del equipo, otros cargando banderas improvisadas. A medida que se acercaban, Ava empezó a notar miradas curiosas.

— ¡Buen partido, Ethan! — gritó alguien desde el otro lado de la calle.

— ¡Rómpela hoy! — dijo otro chico, dándole una palmada en el hombro al pasar.

Algunas chicas se detenían descaradamente.

— ¡Buena suerte, Ethan! — dijo una de ellas, con una sonrisa exagerada.

— ¡Vas a arrasar! — completó otra, riendo fuerte.

Ava sintió una incomodidad subirle por el pecho. No era celos.

Era vergüenza.

No le gustaba la sensación de estar asociada a eso. A ese mundo. A ese tipo de atención. Cada "buen partido" parecía empujarla un poco más hacia un lugar donde no encajaba.

¿Por qué acepté esto?, pensó.

El estadio de la Lincoln High no era grande, pero estaba lleno. Gradas de metal, luces altas ya encendidas, el campo verde marcado con líneas blancas perfectamente visibles. El sonido de la hinchada se mezclaba con música alta de los altavoces.

— Me voy a sentar allí — dijo Ava, señalando la grada más alejada.

— No — respondió Ethan de inmediato. — Ven conmigo.

Ella frunció el ceño.

— ¿Para qué?

— El equipo se va a quedar de aquel lado — señaló. — Es mejor.

— ¿Mejor para quién?

— Para mí — respondió, sincero. — Voy a saber dónde estás.

Ava dudó un segundo, luego suspiró.

— Está bien.

Lo siguió hasta la parte de la grada donde se concentraban algunos suplentes, familiares y compañeros. Apenas se sentó, sintió varias miradas posarse sobre ella.

— Hola, Ava — dijo una chica que reconoció vagamente del aula.

— Hola — respondió Ava, educada.

— ¿Viniste a ver el partido? — preguntó un chico, sonriendo.

— Sí… vine.

El sonido de las animadoras llamó la atención incluso antes de que empezara el partido. Entraron en formación, uniformes impecables, movimientos sincronizados. Ava observó desde lejos, sintiendo esa vieja incomodidad de quien siempre estuvo fuera de ese tipo de grupo.

Y entonces vio a Chelsea.

Era imposible no verla. Chelsea destacaba de manera natural. Confiada, postura perfecta, sonrisa entrenada. Dirigía a las demás con pequeños gestos, miradas rápidas, como alguien acostumbrada a liderar sin esfuerzo.

— Esa es Chelsea — susurró una chica al lado de Ava. — La famosa ligue de Ethan.

Ava no respondió.

Chelsea miró hacia la grada en algún momento — y sus miradas se cruzaron por un segundo. La sonrisa de la animadora no cambió, pero había algo allí. Evaluación. Territorio.

El silbato sonó y el partido comenzó.

Ava no entendía todas las reglas del fútbol americano, pero entendió lo suficiente rápido: cuando Ethan entraba al campo, algo cambiaba. El ritmo se aceleraba. La hinchada gritaba más fuerte.

Jugaba como si estuviera en el lugar correcto.

Cada vez que tocaba el balón, el corazón de Ava se aceleraba un poco, contra su propia voluntad. No era solo habilidad. Era presencia. Liderazgo. La forma en que gritaba órdenes, cómo se posicionaba, cómo avanzaba sin dudar.

— ¡Vamos, Ethan! — gritó alguien detrás de ella.

Él corrió, esquivó, avanzó unos metros más antes de ser derribado. La grada explotó en aplausos. Ava se inclinó hacia adelante sin darse cuenta.

Es muy bueno, pensó.

El equipo de la Lincoln High dominaba completamente el juego. Pase tras pase, jugada tras jugada, avanzaban con facilidad. El marcador subía rápido, dejando claro que la victoria estaba prácticamente asegurada.

Cuando Ethan anotó un touchdown, el estadio casi se vino abajo. Alzó los brazos, celebrando, y por un instante — como por instinto — miró hacia la grada. Hacia ella.

Ava sintió el pecho apretarse. Apartó la mirada demasiado rápido, molesta consigo misma.

Para con eso.

Pero no servía fingir. Nunca lo había visto jugar. Nunca había entendido por qué todos hablaban tanto de él. Ahora lo entendía. Y eso la incomodaba aún más.

El partido siguió y, con cada jugada exitosa, la sensación se repetía: el corazón acelerado, la atención fija, el control deslizándose un poco más.

Cuando sonó el silbato final, el marcador mostraba una victoria aplastante. La multitud celebraba. Las animadoras saltaban. Los jugadores se abrazaban.

Y Ava permaneció sentada unos segundos, intentando desacelerar su respiración.

Había ido solo a cumplir un acuerdo.

Pero algo dentro de ella ya sabía:

Nada de eso estaba siendo simple.

El silbato final aún resonaba en el estadio cuando Ethan salió del campo. Ava apenas tuvo tiempo de levantarse bien de la grada antes de verlo correr hacia ella, el rostro sudado, el cabello revuelto, la respiración agitada.

Venía con esa sonrisa abierta de quien todavía estaba cargado de adrenalina, la camiseta del uniforme completamente pegada al cuerpo, marcando los músculos del pecho y los brazos de una forma imposible de ignorar.

— ¡Ava! — la llamó, deteniéndose frente a ella, jadeando.

Tardó un segundo en responder, como si todavía estuviera procesando todo lo que acababa de ver.

— Guau… — dijo, por fin. — Juegas muy bien.

Ethan sonrió aún más.

— Lo sé.

Ella puso los ojos en blanco.

— Pero eso no te va a salvar de la química.

Él rió, pasándose la mano por el cabello empapado de sudor.

— Tenía que intentarlo, ¿no?

Por un instante, los dos se quedaron allí, quietos, mientras el estadio se vaciaba poco a poco. Jugadores abrazándose, animadoras

dispersándose, voces animadas mezclándose con el sonido metálico de las gradas que se iban quedando atrás.

— Voy un momento al vestuario — dijo Ethan. — Echarme agua en la cara, cambiarme la camiseta. Ya vuelvo.

Ava asintió.

— No tardes.

— Diez minutos — prometió él. — Palabra.

Ella lo vio alejarse, todavía sintiendo el corazón latir más rápido de lo que le gustaría admitir. Intentó concentrarse en cualquier otra cosa — en el cielo que ya se oscurecía, en el viento suave de la noche, en el ruido distante de los coches —, pero la imagen de él corriendo por el campo insistía en volver.

Solo viniste a cumplir un acuerdo, se repitió.

Unos diez minutos después, Ethan reapareció. Ahora llevaba una camiseta limpia, también negra, pero el cabello seguía despeinado, húmedo en las puntas. La mayoría de la gente ya se había ido, y el estadio empezaba a quedarse demasiado silencioso.

— Listo — dijo. — ¿Vamos?

Ava respiró hondo.

— Entonces… creo que es mejor que vayamos a la biblioteca.

Ethan frunció el ceño.

— ¿Biblioteca?

— Está abierta hasta más tarde hoy — explicó rápido. — Es más… apropiado.

Él negó con la cabeza.

— No hace falta.

— Sí hace falta — insistió Ava. — Es lo acordado. Estudiar.

— Lo sé — respondió él. — Pero mis padres no están en casa a esta hora. Y mi casa queda aquí al lado.

— Ethan—

— Cinco minutos caminando — completó. — Literalmente.

Ella dudó. El sentido común le gritaba que se fuera. Que volviera a casa. Que escribiera a la profesora diciendo que él había faltado. Que terminara con eso de una vez.

Pero el acuerdo era claro.

Partido.
Después, estudio.

— Está bien — dijo al final. — Pero solo para estudiar.

— Solo para estudiar — confirmó él.

Empezaron a caminar juntos, lado a lado, por la calle tranquila alrededor de la escuela. Las luces de los postes ya estaban encendidas, iluminando aceras limpias y casas bien cuidadas. El silencio era cómodo, roto solo por el sonido de sus pasos.

— Sí está cerca — comentó Ava cuando él dobló la esquina.

— Te lo dije — respondió Ethan. — Menos de cinco minutos.

La casa apareció enseguida. Moderna, pero sencilla. Dos plantas, fachada clara, jardín pequeño y bien cuidado. Ethan subió los dos escalones de la entrada y abrió la puerta.

— Pasa — dijo, haciéndose a un lado.

— Permiso — respondió Ava automáticamente, cruzando el umbral.

Apenas entró, lo primero que notó fueron dos bicicletas azules pequeñas tiradas cerca de la pared, una de ellas caída de lado, como si hubiera sido abandonada con prisa.

— ¿Tienes hermanos? — preguntó, señalando con la barbilla.

— Dos gemelos — respondió Ethan, cerrando la puerta. — Ocho años. Demasiado listos para su propio bien.

Ava rió.

— Yo también tengo una hermana. Doce años. Pero vale por una de veinte.

Él rió con ella.

— Me imagino.

La sala estaba ordenada, pero claramente vivida. Un sofá grande, algunas fotos en portarretratos — niños, partidos, una mujer sonriente que Ava supuso que era su madre. Un ligero olor a algo horneado aún flotaba en el aire.

— Vamos arriba — dijo Ethan. — En mi cuarto hay un escritorio bueno para estudiar.

Ava asintió, siguiéndolo por la escalera. Cada escalón parecía aumentar lo extraña de la situación — y, al mismo tiempo, volverla inevitable.

Ella estaba allí.

Y ahora, no había vuelta atrás.

El cuarto de Ethan estaba al final del pasillo. En cuanto abrió la puerta, Ava entró con pasos cautelosos, casi como si estuviera invadiendo un territorio que no le pertenecía.

El primer impacto no fue exactamente lo que esperaba. No era un caos absoluto. Era… un desorden demasiado organizado para alguien como él.

La cama estaba deshecha, la sábana arrugada y la almohada tirada a un lado, como si hubiera sido abandonada a toda prisa esa mañana. Las paredes estaban decoradas con pósters de equipos de fútbol americano — algunos antiguos, otros más nuevos — todos cuidadosamente alineados, como si hubieran sido colocados con intención, no por descuido.

Había un armario grande, con las puertas cerradas, y un escritorio junto a la ventana. Sobre él, algunos libros apilados de cualquier manera — libros de química, física, matemáticas — con ese aspecto inconfundible de quien los compró, pero rara vez los abrió.

Un televisor ocupaba un rincón del cuarto, con una consola conectada y dos mandos tirados encima del mueble.

Ethan entró justo detrás de ella, dejando la mochila en el suelo.

— No le prestes atención al desorden — dijo, tirando de la sábana de la cama y apilando algunas prendas que estaban allí. — No esperaba visita.

Ava rió bajo.

— El cuarto se parece a ti.

— ¿Eso es bueno o malo? — preguntó él, arqueando una ceja.

— Un poco de ambos — respondió ella, divertida.

Él señaló el escritorio.

— Siéntate ahí.

Ava caminó hasta la silla y se sentó, dejando la mochila en el suelo a su lado. Ethan tomó los libros y empezó a organizarlos sobre la mesa.

— Espera — dijo de repente. — Voy a traer una silla del cuarto de mi hermano.

— ¿De tu hermano de ocho años? — bromeó Ava.

— Es pequeño, pero la silla aguanta — respondió Ethan, ya saliendo.

Ella observó el cuarto sola durante unos segundos. Había algo curioso allí. Un contraste entre el chico popular de la escuela y ese espacio silencioso, casi íntimo. No encajaba del todo con la imagen que todos tenían de él.

Ethan volvió poco después, arrastrando una silla azul demasiado pequeña para él.

— No te rías — advirtió, colocándola junto al escritorio.

— No prometo nada — respondió Ava, riendo igual.

Él se sentó, abrió el libro de química y respiró hondo.

— ¿Lista para sufrir? — preguntó ella.

— ¿Contigo? Siempre — respondió él, demasiado automático.

Ava sintió un leve nudo en el pecho, pero lo ignoró.

— Entonces empieza — dijo, firme. — Explícame el ejercicio tres.

Empezaron a estudiar de verdad. Cuarenta minutos pasaron casi sin que lo notaran. Ava explicaba, él se equivocaba, ella corregía. Él se quejaba, ella insistía. Poco a poco, Ethan empezó a acertar más de lo que fallaba. Anotaba, preguntaba, intentaba de nuevo.

— ¿Ves? — comentó Ava, señalando la ecuación. — Entiendes. Solo no te gusta intentar.

— Odio admitirlo — dijo él —, pero tienes razón.

Ella sonrió de lado.

Mientras él resolvía un ejercicio, Ava volvió a mirar alrededor. Notó los detalles: una medalla antigua sobre la estantería, una foto de los gemelos aún pequeños, un calendario con partidos marcados a bolígrafo.

— ¿Ya pensaste en intentar una universidad con beca de fútbol americano? — preguntó de repente.

Ethan levantó la mirada.

— Sí.

— Deberías intentarlo en serio — dijo ella. — Juegas muy bien. Cualquier universidad te querría.

Él guardó silencio unos segundos.

— Nadie nunca me preguntó eso — dijo al final. — Todos solo asumen que voy a arreglármelas.

— Arreglárselas no es un plan — respondió Ava.

Él sonrió apenas.

— Hablas como si tuvieras todo planeado.

— Me gusta tener control — admitió ella.

— Se nota — dijo él, mirándola. — Eres más agradable de lo que pareces.

Ella rió.

— Lo dices como si fuera insoportable.

— Un poco — provocó él. — Pero en el buen sentido.

El ambiente cambió. Sin darse cuenta, la conversación se había salido de los libros. Ethan se inclinó un poco más en la silla. Ava no se apartó. El espacio entre ellos se redujo demasiado despacio para ser casual.

Él se levantó, apoyando las manos en el escritorio, quedando demasiado cerca.

— Ava… — comenzó, en voz baja.

Ella se quedó quieta.

No retrocedió.
No avanzó.

Solo se quedó allí, sintiendo el corazón latir demasiado fuerte. El rostro de él se acercó. Ella sintió su respiración, cálida, cercana.

Y entonces el celular vibró fuerte sobre el escritorio.

Los dos se apartaron sobresaltados. Ethan miró la pantalla y maldijo en voz baja.

— Mierda… es Chelsea.

Ava se levantó demasiado rápido, tomando la mochila.

— Puedes atender — dijo, apresurada. — Atiende. Ya me voy.

— Ava, no hace falta— — empezó él.

— Es mejor que atiendas — lo cortó ella. — Ya me voy.

Él dudó.

— No tienes que irte así—

— Hasta el lunes en la tutoría — dijo Ava, antes de que pudiera continuar.

Y salió.

Bajó las escaleras casi corriendo, cruzó la sala sin mirar atrás y abrió la puerta principal con prisa. Cuando el aire frío de la noche le golpeó el rostro, solo entonces se dio cuenta.

Se había acercado demasiado.

Y, esta vez, no sabía si lograría fingir que nada había pasado.

DESPUÉS DEL CASI

CAPÍTULO 9

Ava caminaba demasiado rápido para parecer natural. Sus pasos resonaban en la acera silenciosa del barrio, el sonido mezclándose con sus propios pensamientos, que no se detenían ni un segundo. El viento frío de la noche golpeaba su rostro, pero no era suficiente para enfriar el calor que aún le subía por el cuello.

Dios mío.

Se pasó la mano por el cabello, respirando hondo, intentando organizar el torbellino dentro de su cabeza.

¿Habrá sido imaginación mía…?
¿O él realmente iba a besarme?

La imagen volvía completa, demasiado insistente como para ser ignorada. El cuarto. La cercanía. El silencio pesado. La forma en que él se había inclinado.

Y, peor aún, la parte que le revolvía el estómago:

Yo iba a dejarlo.

Ava apuró el paso. No miró hacia atrás ni una sola vez.

Quince minutos después, divisó su propia casa. Las luces de la cocina estaban encendidas, lanzando un brillo cálido hacia afuera. El

sonido de voces atravesaba la puerta cerrada — su madre y Lily conversando sobre alguna cosa banal, riendo.

— ¡Hola, Ava! — la voz de la madre llegó desde la cocina en cuanto la puerta se abrió.

— Hola… — respondió Ava demasiado rápido, casi sin aliento.

No se detuvo. No explicó nada. Solo dejó la mochila al pie de la escalera y subió corriendo a su habitación.

Cerró la puerta detrás de sí y empezó a caminar de un lado a otro, pasándose la mano por el rostro, el cabello, los brazos, como si intentara deshacerse de algo invisible.

Pocos segundos después, la puerta se abrió de nuevo.

— Oye — Lily apareció, frunciendo el ceño. — ¿Qué pasó que ni siquiera saludaste bien?

Ava siguió caminando.

— ¿Ava? — insistió Lily. — Estás caminando como gallina sin cabeza.

— Lily… — Ava respiró hondo.

— ¿Pasó algo? — preguntó la hermana, ahora más seria.

Ava se detuvo en medio del cuarto. Se dio vuelta. Caminó hasta la puerta y la cerró con cuidado, girando la llave.

— Lily… — repitió, más bajo. — Él casi me besó.

Hubo un segundo de silencio absoluto.

— ¿Qué? — Lily abrió los ojos de par en par. — ¿Ethan casi te besó?

— ¡Sí! — Ava se pasó las manos por el rostro. — Dios mío, soy muy tonta.

— Para nada — dijo Lily rápido. — Cuéntamelo todo. Ahora.

Ava se sentó en la cama, apoyando los codos en las rodillas.

— Era solo una tutoría — empezó. — Él tenía un partido importante hoy porque iba a haber un ojeador. Entonces insistió para que yo fuera…

— Espera — interrumpió Lily. — ¿Fuiste a ver su partido?

— Fui — confirmó Ava. — Y jugó muy bien. Muy, muy bien.

Lily esbozó una sonrisa traviesa.

— Claro que jugó bien.

— Lily — advirtió Ava. — Concéntrate.

— Está bien, está bien — la hermana se dejó caer en la cama a su lado. — Continúa.

— Después del partido… — Ava dudó. — Fuimos a estudiar.

— ¿A la biblioteca?

— A su casa.

Lily se sentó de un salto.

— ¿Fuiste a su casa?! — susurró demasiado alto.

— ¡Habla bajo! — Ava le agarró el brazo. — Ay, Dios mío, no debí haber aceptado eso.

— ¡Ava! — Lily se llevó la mano a la boca, entre el choque y la emoción. — Esto ya se salió totalmente de control.

— ¡Lo sé! — gimió Ava. — Estábamos estudiando, todo normal… hasta que la conversación se volvió rara. Demasiado cercana.

— ¿Y entonces?

— Y entonces… — Ava tragó saliva. — Nos quedamos muy cerca. Mucho.

— ¿Qué tan cerca?

— Tipo… — cerró los ojos. — Tipo beso.

Lily se quedó boquiabierta.

— ¿Y se besaron?

— No — respondió Ava rápido. — Sonó su teléfono.

— Claro que sonó — dijo Lily, poniendo los ojos en blanco.

— Era Chelsea — confirmó Ava. — La capitana de las animadoras.

Lily hizo una mueca.

— Pésima señal.

— Salí corriendo — continuó Ava. — Ni siquiera lo dejé explicar nada. Solo dije "hasta el lunes en la tutoría" y me fui.

Lily quedó en silencio por unos segundos, analizando.

— Está bien — dijo al fin. — Por lo visto, no aprendiste nada conmigo.

— Ah, claro — resopló Ava. — La experta de doce años va a darme una lección ahora.

— Y la voy a dar — respondió Lily, demasiado seria para alguien de su edad. — Primero: no hiciste nada mal.

— Sí hice — replicó Ava. — Bajé la guardia.

— Segundo — continuó Lily, ignorándola—, él está comprometido. Así que el que está mal es él.

Ava suspiró, dejándose caer de espaldas sobre la cama.

— ¿Y ahora? — preguntó, mirando al techo. — ¿Qué hago ahora, Lily?

La hermana se acostó a su lado, cruzando las manos sobre el vientre.

— Ahora respiras — dijo. — Y recuerdas quién eres.

Ava giró el rostro para mirarla.

— ¿Y quién soy?

Lily sonrió de lado.

— La chica que no cae en jueguitos. Ni siquiera de capitán de fútbol.

Ava cerró los ojos por un instante. Aún no sabía qué haría. Pero estaba segura de una cosa:

Después de ese día, nada volvería a ser simple.

El sábado llegó despacio. Ava no había dormido bien. Pasó toda la noche despertándose en intervalos cortos, el cuerpo cansado, la mente demasiado insistente para permitir descanso. Cada vez que

cerraba los ojos, la misma sensación volvía — la cercanía, el silencio pesado, la pregunta que no quería responder:

¿Habrá sido imaginación mía… o él iba a besarme?

Cuando el sol entró por las rendijas de la cortina, Ava ya llevaba demasiado tiempo despierta. Se quedó algunos minutos mirando el techo, respirando hondo, intentando convencerse de que necesitaba seguir adelante.

No pienses en eso. No hoy.

Se levantó, se puso una camiseta ancha y un short cómodo y bajó a la cocina. El olor a café ya llenaba el ambiente, y la casa tenía ese movimiento ligero de fin de semana.

— Ava — dijo la madre, sonriendo. — Vamos al centro comercial después. ¿Quieres venir con nosotras?

Ava tomó una taza y se sirvió café.

— Creo que no — respondió, sin levantar mucho la mirada. — Quiero estudiar.

La madre arqueó una ceja.

— ¿Estudiar? ¿En pleno sábado?

— Tengo cosas atrasadas — dijo Ava, apoyándose en la encimera.

Lily apareció poco después, ya vestida, demasiado animada para esa hora de la mañana.

— Estudias demasiado — comentó, agarrando una manzana. — Tienes que salir un poco con nosotras.

— No, mamá — añadió Ava, antes de que la madre insistiera. — No estoy segura de querer ir.

La madre observó a la hija por un instante más largo de lo normal, como si intentara leer algo que Ava no estaba diciendo.

— Está bien — dijo, por fin. — Solo no exageres.

Ava asintió, aliviada de no tener que explicar nada.

— Entonces estudia bien — comentó Lily, con media sonrisa. — Así no te quedas con la cabeza llena.

Ava lanzó una mirada rápida a la hermana, desconfiada.

— ¿Llena de qué? — preguntó la madre de ellas.

— De libros — respondió Lily demasiado rápido, agarrando el bolso. — ¡Vamos, mamá!

Cuando la puerta se cerró y la casa quedó en silencio, Ava subió de nuevo a su cuarto. Abrió los libros, esparció los cuadernos sobre el escritorio, intentó concentrarse. No lo logró. Pasaba las páginas sin absorber nada. Miraba las ecuaciones sin verlas de verdad. Cada línea parecía escaparse.

Deja de pensar en él.

El reloj avanzaba lentamente. Cerca del mediodía, se rindió. Bajó a la cocina y abrió la nevera.

— Qué horror… — murmuró, agarrando el queso.

Se hizo un sándwich simple, sin paciencia para preparar algo mejor. Comió apoyada en la encimera, en silencio, sintiendo más cansancio que hambre.

Después, volvió al cuarto y se dejó caer en la cama. Agarró el celular. Deslizó la pantalla por algunos minutos, sin atención real. Puso el aparato a cargar sobre el escritorio, cerró los ojos, intentando descansar un poco.

Cuando los abrió de nuevo, la luz del cuarto estaba diferente. Más baja. El reloj del escritorio marcaba las 4:30 de la tarde.

Fue entonces cuando sonó el teléfono.

El sonido resonó en el cuarto silencioso, haciendo que Ava se sentara de inmediato. El celular estaba sobre el escritorio. Sonando.

Se levantó despacio, como si cada movimiento exigiera cuidado, como si el cuerpo supiera antes que la mente que algo estaba a punto de pasar. Caminó hasta el escritorio, agarró el teléfono aún sonando y miró la pantalla.

Número desconocido.

Por un segundo, pensó en no contestar. Aun así, deslizó el dedo por la pantalla.

— ¿Hola?

Hubo una breve pausa del otro lado de la línea. Entonces, la voz llegó baja, demasiado reconocible para ser coincidencia.

— Ava…

El corazón le falló un latido.

— Soy yo. Es Ethan.

Ava apretó el teléfono con más fuerza. Y el mundo pareció detenerse ahí.

— ¿Cómo conseguiste mi número? — preguntó Ava, intentando sonar casual.

Del otro lado de la línea, él rió bajo.

— ¿Olvidaste que estudiamos en la misma escuela?

— Sí… — suspiró ella. — Verdad. Eso es un poco molesto, ¿no?

— Un poco — admitió él. — Pero… ¿puedes escucharme un minuto?

Ava se apoyó en el escritorio.

— Puedo. ¿Por qué me llamas?

Hubo un breve silencio antes de que respondiera.

— Sé que es sábado. Perdón por molestar. Pero tengo examen de química el lunes… y quería saber si puedes hacer una revisión conmigo.

Ava cerró los ojos por un instante, pensando.

— Sé que estudias muchas cosas — continuó él rápido, casi atropellando las palabras. — Y prometo que no voy a molestar. Es solo que… bueno, tú eres mi tutora. Más o menos es tu obligación enseñarme, ¿no?

Ella respiró hondo.

— Está bien — dijo, por fin. — Podemos repasar.

— ¿En serio? — su voz sonó aliviada. — Gracias, Ava. ¿En tu casa o en la mía?

— En mi casa no — respondió ella demasiado rápido. — Mi hermana…

Del otro lado, él sonrió, aunque ella no pudiera verlo.

— Está bien. Entonces puede ser en la mía. Mi mamá salió, mi padrastro llevó a mis hermanos a pasear hoy.

Ava dudó solo un segundo.

— Está bien. Entonces… quedamos así.

— En media hora llego — dijo él.

— De acuerdo — respondió ella. — Hasta luego.

La llamada se cortó, y Ava se quedó mirando el teléfono en su mano, sintiendo que ese sábado acababa de tomar un rumbo que no había planeado.

Ava salió de casa pocos minutos después, el corazón latiendo más rápido de lo que le gustaría. Caminó hasta la casa de él con pasos firmes, intentando convencerse de que aquello era solo otra revisión de química. Nada más que eso.

Cuando dobló la esquina, vio su casa casi de inmediato. Ethan ya estaba en la puerta. Parecía haberla visto incluso antes de que ella llegara por completo. Estaba apoyado en el marco, como si llevara algunos minutos esperando.

Vestía un pantalón de chándal oscuro y una camiseta clara pegada al cuerpo, demasiado simple para alguien que aun así conseguía llamar la atención de ese modo. El cabello estaba húmedo, desordenado, como si acabara de salir de la ducha. Ava sintió que el estómago se le revolvía.

Ella llevaba un short vaquero y una blusa blanca básica, el cabello suelto cayéndole sobre los hombros. Sostenía un cuaderno de química contra el pecho como si fuera un escudo.

— Hola, Ava — dijo él, con la voz baja.

— Hola — respondió ella.

Los dos se quedaron mirándose por algunos segundos más de lo normal. No había prisa. No había palabras correctas para llenar ese silencio.

— ¿Entramos? — Ava rompió el momento, desviando la mirada primero.

— Entremos — respondió Ethan, haciéndole paso.

Ella entró, sintiendo de nuevo ese contraste extraño de su casa: silenciosa, ordenada, con señales claras de que había niños allí, pero sin el caos del día a día.

Ethan cerró la puerta detrás de ellos.

— Podemos subir a mi cuarto — dijo. — Es más tranquilo para estudiar.

— Está bien — respondió Ava.

Subieron las escaleras lado a lado, sin tocarse. El pasillo parecía aún más silencioso que la noche anterior.

Ethan abrió la puerta del cuarto, y Ava entró primero. Todo estaba prácticamente igual. La cama todavía un poco desordenada, los pósteres de fútbol americano en las paredes, la televisión con la consola en un rincón. El escritorio estaba limpio esta vez, solo con los libros apilados y espacio suficiente para estudiar.

Ava caminó hasta allí y se sentó en la misma silla del día anterior, colocando el cuaderno sobre la mesa.

— Entonces… — dijo, abriendo el libro. — Empecemos antes de que me arrepienta.

Ethan sonrió levemente y acercó la silla para sentarse a su lado.

La revisión había comenzado oficialmente — pero los dos sabían que esa tarde no sería simple.

La revisión empezó despacio. Ava mantuvo la silla levemente apartada de la de él, el cuerpo inclinado hacia adelante, como si eso

ayudara a crear una línea invisible entre los dos. El cuaderno estaba abierto, las páginas marcadas, el bolígrafo siempre en movimiento. Ella hablaba, explicaba, señalaba fórmulas, mantenía el foco en el papel — cualquier cosa que le impidiera mirarlo por demasiado tiempo.

Ethan, por su parte, parecía diferente.

Menos provocador.
Más tenso.

Intentaba concentrarse de verdad, los ojos siguiendo las líneas del libro, el ceño fruncido mientras resolvía los ejercicios. A veces se equivocaba, volvía atrás, respiraba hondo antes de intentarlo de nuevo.

— Aquí — señaló Ava la ecuación. — Lo corregiste solo. ¿Lo ves? Mejoraste.

Él levantó la mirada hacia ella, sorprendido.

— ¿En serio?

— En serio — confirmó ella. — Mucho mejor que a principios de semana.

Ethan sonrió, discreto.

— Gracias a la tutora que tengo.

Ava desvió la mirada rápido, fingiendo revisar otra página.

— Continúa — dijo apenas.

El tiempo pasó casi sin que se dieran cuenta. La luz del día se fue debilitando, el cielo afuera oscureciendo poco a poco. En algún momento, Ethan encendió la lámpara del escritorio, y el cuarto quedó envuelto en una iluminación amarillenta y silenciosa.

Resolvieron más ejercicios. Repasaron fórmulas. Corrigieron errores. Cuando Ava miró el reloj por primera vez, se sobresaltó.

— Vaya… — murmuró. — Ya son casi las ocho.

Ethan miró el celular.

— Pasó rápido.

Ava cerró el cuaderno.

— Mejor me voy. No avisé en casa que iba a salir hoy… mi mamá va a extrañarse.

Empezó a guardar las cosas, claramente preocupada.

— Está bien — dijo Ethan. — Yo te acompaño.

Ella levantó la mirada.

— No hace falta.

— Sí hace falta — respondió él, firme pero tranquilo. — Está cerca, lo sé. Pero quiero hacerlo.

Ava dudó un segundo, luego asintió.

— Está bien.

Salieron de la casa juntos, cerrando la puerta detrás de ellos. La calle estaba tranquila, iluminada por las farolas, con pocas personas pasando. Caminaron lado a lado, manteniendo una distancia respetuosa, sin tocarse.

No hablaron. Solo observaron. Casas silenciosas. Ventanas encendidas. Árboles moviéndose levemente con el viento de la noche. El sonido de sus propios pasos mezclado con el ruido distante de un coche pasando a lo lejos.

El silencio no era incómodo.

Era… necesario.

Cuando llegaron a la casa de Ava, ella se detuvo frente al portón.

— Es aquí — dijo.

Se volvió hacia él.

— Gracias por acompañarme — añadió. — Buenas noches.

Ethan asintió.

— De nada. Que tengas una buena noche, Ava.

— Buenas noches — respondió ella.

Ava entró, cerrando el portón detrás de sí. Ethan se quedó allí por algunos segundos antes de darse la vuelta e irse, mientras ella subía las escaleras sintiendo el corazón más tranquilo — y, al mismo tiempo, demasiado lleno de cosas no dichas.

No había pasado nada.

Y aun así, todo parecía diferente.

Eran casi las diez de la noche cuando Ava oyó la puerta de entrada abrirse. Las voces llegaron primero — la madre diciendo algo sobre el tráfico, Lily riendo demasiado alto para esa hora. Ava estaba sentada en la cama, aún con la mochila en el suelo del cuarto, cuando la puerta se abrió de golpe.

— ¡Ava! — Lily entró cargando dos bolsas de compras, visiblemente emocionada. — No te imaginas el vestido que compré hoy. ¡Es precioso, de verdad!

Dejó las bolsas en la silla y se detuvo en medio del cuarto, observando a la hermana con atención.

— …¿Qué cara es esa?

Ava levantó la mirada despacio.

— Normal.

— Normal nada — Lily cruzó los brazos. — ¿Cómo fue quedarte sola en casa?

Ava dudó un segundo. Suspiró.

— En realidad… — empezó. — Hoy fui a la casa de Ethan. A enseñarle.

Lily abrió los ojos de inmediato.

— ¿Qué?!

— Habla bajo — pidió Ava, mirando la puerta. — Fue solo eso. Estudiamos.

Lily se sentó en la cama, ahora seria.

— Ava… — dijo despacio. — Este juego se está volviendo peligroso.

— No es nada — respondió Ava demasiado rápido. — Es solo tutoría. Solo eso.

Lily inclinó la cabeza, analizando a la hermana de arriba abajo.

— Ajá — murmuró. — Ya.

Ava no respondió. Solo se acostó de lado, girando el rostro hacia la pared, fingiendo que el tema había terminado. Lily suspiró, pero no

insistió. Agarró una de las bolsas y empezó a sacar el vestido, todavía observando a Ava de reojo.

El silencio se instaló en el cuarto.

Al mismo tiempo, en la casa de Ethan, la noche también seguía. La puerta se abrió con ruido, y los gemelos entraron corriendo, hablando al mismo tiempo, mientras la madre intentaba pedir calma y el padrastro cargaba algunas bolsas.

— Calma, ustedes dos — decía la madre. — ¡Uno a la vez!

Ethan bajó del cuarto poco después. Se sentó a la mesa con la familia, comió en silencio, respondiendo cuando le preguntaban sobre el partido, sobre el examen, sobre la escuela.

— Jugaste bien ayer — comentó el padrastro.

— Gracias — respondió Ethan.

Pero, por algún motivo que no conseguía explicar, su cabeza estaba en otro lugar. Mientras masticaba distraído, una imagen insistía en volver: Ava sentada en el escritorio, concentrada, explicando fórmulas como si eso fuera lo más importante del mundo.

Intentó apartar el pensamiento. No pudo.

Ethan apoyó los codos en la mesa, respirando hondo.

Algo había cambiado.

Y sabía que no era solo química.

EL LUNES

CAPÍTULO 10

El domingo pasó sin dejar marcas visibles.
Almuerzo en familia, la televisión encendida sin que nadie realmente prestara atención, el tiempo deslizándose despacio hasta volverse noche otra vez.

Ava logró mantener la mente ocupada lo suficiente como para no volver, a cada instante, a la casa de Ethan, al silencio extraño de su cuarto, al teléfono vibrando en el peor momento posible.

Cuando se fue a dormir, ya lo sabía: el lunes llegaría demasiado pronto.

Aun así, se despertó antes del despertador.

Se quedó unos minutos acostada, mirando el techo, respirando hondo. No había ansiedad del tipo común — esa ligada al miedo de equivocarse, de que le fuera mal, de no estar preparada. Ava sabía que estaba bien. Siempre lo había estado. La materia nunca había sido un problema para ella.

Lo que la incomodaba era otra cosa.

¿Habrá servido de algo?

Se levantó, se dio una ducha rápida y se recogió el cabello de cualquier manera. Bajó a la cocina todavía en silencio, preparando

un desayuno simple: huevos revueltos, tostadas y un vaso grande de jugo de naranja.

Comió con calma, sin prisa, repasando mentalmente conceptos que ya conocía de memoria — más por costumbre que por necesidad.

Lily apareció poco después, mochila a la espalda, hablando como siempre.

— Hoy tengo una presentación en la escuela — dijo, animada. — Es de ese trabajo del que te hablé, ¿recuerdas?

— Recuerdo — respondió Ava, sincera. — Te va a ir bien.

— Eso espero — dijo Lily, haciendo una mueca divertida. — Odio hablar frente a todo el mundo.

Ava sonrió levemente.

Salieron juntas de casa, caminando por el barrio que todavía despertaba. El aire de la mañana estaba fresco, y el cielo demasiado claro para el peso discreto que Ava cargaba por dentro.

En la entrada de la escuela, se despidieron.

— Buena suerte hoy — dijo Lily, saludando con la mano antes de correr hacia su propio edificio.

Ava siguió adelante.

Los pasillos estaban llenos, como siempre los lunes. Conversaciones sobre el fin de semana, risas altas, quejas anticipadas sobre exámenes y trabajos.

Caminaba con pasos firmes, observándolo todo con esa distancia tranquila de quien siempre se había mantenido un poco aparte.

Entró al aula del último año y fue directo al primer pupitre.

Le gustaba ese lugar.

Cerca del pizarrón, lejos de distracciones, con una visión clara de todo.

Colocó el estuche sobre la mesa, alineó el bolígrafo, apoyó las manos en la superficie fría y respiró hondo.

El aula se fue llenando poco a poco.

Ava reconocía rostros, voces, risas. No buscaba a nadie en especial, pero aun así, la mirada se le escapaba de vez en cuando hacia la puerta.

Cuando Ethan entró, lo sintió primero — incluso antes de verlo.

Cruzó la puerta con pasos tranquilos, la mochila colgada de un hombro, la expresión más cerrada de lo habitual. No hacía bromas. No hablaba alto. Simplemente fue hasta su lugar y se sentó.

Ava no se giró para mirarlo directamente.

No hacía falta.

Sabía que él estaba allí.

La profesora entró poco después, cargando el montón de exámenes. El murmullo disminuyó hasta volverse silencio.

Ava enderezó la postura, más por reflejo que por nerviosismo.

Mientras se repartían las hojas, mantuvo la mirada al frente, pero la mente estaba en otro lugar.

No era sobre ella.

Era sobre él.

Sobre si esos momentos — las explicaciones, las correcciones, el tiempo dedicado insistiendo — habían hecho una diferencia de verdad.

Sobre si Ethan lograría arreglárselas solo cuando lo necesitara.

Cuando el examen llegó a su mesa, Ava dio vuelta la hoja con calma.

Leyó las preguntas una por una.

Exactamente como esperaba.

Empezó a responder sin prisa, segura, la mano moviéndose con firmeza. No había dudas. No había vacilación.

El tiempo pasaba sin presión.

De vez en cuando, el silencio del aula se rompía por el suspiro de alguien, el pasar nervioso de una página, el golpeteo insistente de un bolígrafo contra la mesa.

Ava seguía escribiendo.

Terminó antes que la mayoría.

Revisó todo con cuidado, cerró el examen y apoyó las manos sobre la mesa, esperando.

No miró hacia atrás.

Pero, por dentro, una sola pregunta insistía:

Ojalá lo logre.

No por obligación.
No por responsabilidad.

Sino porque, de algún modo, eso importaba.

Cuando sonó el timbre, Ava entregó el examen y salió del aula con pasos tranquilos, como siempre.

Por fuera, todo parecía normal.

Por dentro, ella sabía: ese lunes todavía no había terminado de decir qué venía a traer.

El comedor estaba lleno, pero Ava se sentía sola dentro de él.

Sentada a la mesa, mordía el sándwich con calma mientras completaba algunas respuestas en el cuaderno de biología. La materia era tranquila, casi automática.

Estaba subrayando una frase cuando oyó una voz conocida.

— Hola, Ava. ¿Todo bien?

Levantó la mirada.

Ethan ya estaba arrastrando la silla frente a ella.

— Hola, Ethan — respondió. — Todo bien.

— ¿Y qué tal te fue en el examen?

Ava cerró el cuaderno con cuidado.

— Tranquilo. ¿Y el tuyo?

Él esbozó una sonrisa contenida.

— Creo que me fue bien.

— Qué bueno — dijo ella, sincera. — Entonces tal vez no necesitemos más clases por ahora.

— ¿Qué? — abrió los ojos, casi riendo. — Claro que sí. Quiero decir… yo sí necesito.

Ava inclinó levemente la cabeza, como si fuera a responder — pero no tuvo tiempo.

— Ava, ¿verdad?

La voz femenina llegó desde un costado.

Ava se giró despacio.

Chelsea.

Rubia, bonita, demasiado segura de sí misma. Su presencia ocupaba espacio sin esfuerzo.

— Soy yo — respondió Ava.

Chelsea sonrió, evaluándola con rapidez calculada.

— Entonces tú eres su tutora.

— Sí, lo soy.

— Espero que seas buena en lo que haces — comentó, demasiado ligera como para ser inocente.

Antes de que Ava dijera cualquier cosa, Chelsea se inclinó y dejó un beso prolongado en el cuello de Ethan. La mano se apoyó en su hombro con una intimidad ensayada.

— ¿Qué tal si vamos a mi casa esta noche? — preguntó, sonriendo.

Algo caliente atravesó el pecho de Ava.

No era rabia.

Era una incomodidad silenciosa, inesperada.

Ella desvió la mirada primero.

Se levantó con calma, tomando el cuaderno y la mochila.

— Bueno… — dijo, educada, mirando a los dos. — No quiero molestar.

Ethan levantó la mirada de inmediato.

— Ava—

— En serio — continuó ella, con un tono demasiado tranquilo para lo que sentía. — Siéntanse a gusto.

Esbozó una media sonrisa contenida.

— Suerte con el examen — añadió, mirándolo a él. — Espero que te haya ido bien.

Se dio la vuelta para irse.

— Ava, espera — dijo Ethan, levantándose y yendo tras ella.

Ella se detuvo en el pasillo, pero no se giró.

— No hace falta — respondió. — De verdad. No quiero molestar a ti y a tu novia.

— Ella no es mi novia — dijo él, demasiado rápido.

Ava finalmente giró el rostro, solo lo suficiente para mirarlo por un segundo.

— Bueno… — dijo, con suavidad. — Entonces disfrútalo igual.

Y se fue.

Sin prisa.
Sin escena.
Sin mirar atrás.

Y fue exactamente eso lo que dejó a Ethan parado en medio del pasillo, con la sensación incómoda de que, por primera vez, había perdido el control de la situación.

ENTRE LÍNEAS

CAPÍTULO 11

Ethan estaba apoyado contra la pared del pasillo cuando Ava salió del comedor. La vio pasar a su lado sin disminuir el paso, el rostro demasiado sereno para alguien que claramente había sido puesta en una situación incómoda.

No había rabia visible. Ni dolor explícito.

Y eso, extrañamente, fue lo que más le molestó.

¿Volverá?

La pregunta se repetía en su cabeza desde que ella se había ido. El encuentro en el comedor no había sido como él lo había imaginado. Nada había salido como esperaba. Chelsea había aparecido en el peor momento posible — y, más que eso, se había asegurado de marcar presencia. De marcar territorio.

¿Por qué hizo eso?

Besándolo de esa manera. Justo frente a Ava. Como si fuera necesario demostrar algo.

— ¿Por qué me dejaste y fuiste detrás de ella?

La voz de Chelsea lo sacó de sus pensamientos. Ahora estaba parada frente a él, brazos cruzados, expresión cerrada.

— No te dejé — respondió Ethan, intentando mantener un tono calmado. — Ella es mi tutora. Necesitaba hablar con ella.

— ¿Necesitabas? — Chelsea arqueó una ceja. — Corriste detrás de ella en medio del comedor.

— Porque no tenías que haber hecho eso — replicó él, más firme. — Haberme besado delante de ella.

Chelsea entrecerró los ojos.

— ¿Entonces es eso? ¿Te importa lo que ella piensa?

— Me importa el respeto — dijo Ethan. — Y tú fuiste innecesaria.

El silencio entre los dos se volvió pesado.

— Estás diferente — comentó Chelsea, por fin. — Desde que empezó esta tutoría.

Ethan no respondió. Porque, en el fondo, sabía que ella tenía razón.

...

Más tarde, la biblioteca parecía más grande de lo normal. Demasiado silenciosa. Ethan estaba sentado en la mesa del fondo, el libro de química abierto frente a él, pero la atención lejos de las páginas. Miraba la puerta cada pocos segundos.

¿Vendrá?

Después de lo que había pasado en el comedor, no sería una sorpresa si Ava hubiera decidido terminar con todo. Ella misma había dicho que, después del examen, tal vez ni siquiera necesitarían más tutorías. Quizás ese fuera el final.

Pasaron algunos minutos.

Entonces, la puerta se abrió.

Ava entró.

Caminó hasta la mesa con pasos firmes, postura erguida, el rostro impasible. Ethan sintió que el pecho se le aliviaba incluso antes de darse cuenta.

— Pensé que no ibas a querer verme más — dijo él, antes de pensarlo demasiado.

Ava se detuvo frente a la mesa y cruzó los brazos.

— No quería — respondió, directa. — De verdad.

Él tragó saliva.

— Pero la señora Holloway dijo que todavía tenemos algunas semanas — continuó ella. — Y tú, te guste o no, aún no tienes el examen corregido.

— Qué bueno — dijo Ethan, demasiado rápido. — Porque no quiero dejar de tener clases contigo.

Ava lo miró fijamente. Había algo desafiante en su mirada ahora.

— ¿Por qué? — preguntó. — ¿Para ganar tu apuesta?

El silencio cayó pesado entre ellos. Ethan sintió que la mandíbula se le tensaba.

— ¿De qué estás hablando? — preguntó, pero la voz le salió más dura de lo que pretendía.

Ava no apartó la mirada.

— Sabes exactamente de lo que estoy hablando.

Y, por primera vez desde que todo había comenzado, Ethan se dio cuenta de que el juego había terminado. Ahora tendría que elegir qué hacer con la verdad.

— Lo oíste, ¿verdad? — preguntó, en voz baja. — La conversación.

Ella asintió.

— Oí. Tú y tus amigos. La apuesta que hicieron conmigo.

El silencio se extendió entre ellos como algo demasiado pesado para ser ignorado.

— Eso fue una broma estúpida — dijo Ethan rápido. — Cosa de chicos. Nunca pensé que—

— No — lo interrumpió Ava. — No intentes minimizar eso ahora.

Él cerró la boca, tragándose el resto de la frase.

— Me dejaste confundida — continuó ella. — Y eso no es justo.

Ethan se inclinó un poco, apoyando las manos en la mesa.

— Ava… yo no quise—

— No hagas eso — dijo ella, levantando la mano. — No hagas lo que hiciste aquel día.

Él frunció el ceño.

— ¿Qué día?

— El día en que casi me besaste.

El aire pareció volverse más denso.

— Sí — continuó Ava. — Ese día. Y menos mal que fuimos interrumpidos.

Ethan desvió la mirada por un instante.

— Tú fuiste interrumpido — corrigió ella. — Porque tu novia estaba llamando.

Él dio un paso atrás, claramente afectado.

— Ava—

— No — dijo ella, ahora más firme. — Yo no soy un juguete para que juegues cuando quieras. No soy alguien a quien confundes, te acercas, te alejas… mientras tienes a otra persona llamándote.

— Ella no es mi novia — respondió Ethan, casi por reflejo.

Ava soltó una risa sin humor.

— No importa — dijo. — No importa si es tu novia, tu ligue, tu aventura, tu amante… lo que sea. Yo soy una persona decente. Y no me meto en medio de eso.

Abrió la boca para responder, pero no le salió ninguna palabra.

— ¿Quieres saber qué es lo que más duele? — continuó Ava. — No fue la apuesta. Fue darme cuenta de que gasté mi tiempo. Mi poco tiempo libre. Intentando ayudarte, creyendo que eso significaba algo más que una broma para ti.

Respiró hondo, sintiendo el pecho apretarse.

— Fue una pérdida de tiempo — concluyó. — No enseñarte química. Eso lo haría otra vez. Pero quedarme aquí… contigo.

Ava agarró la mochila, colgándosela al hombro con un gesto decidido.

— La señora Holloway puede encontrar a otra persona para ayudarte — dijo. — Porque yo no lo voy a hacer más.

Ethan dio un paso al frente.

— Ava, espera—

Pero ella ya se estaba alejando.

— Suerte con el examen — dijo, sin mirar atrás. — De verdad.

La puerta de la biblioteca se cerró detrás de ella con un sonido seco.

Y Ethan se quedó allí, parado entre las mesas silenciosas, entendiendo — demasiado tarde — que había cruzado una línea que no se podía borrar con disculpas.

Esta vez, había perdido.

EL LUGAR SEGURO

CAPÍTULO 12

Ava llegó a casa con los hombros tensos y la respiración corta. Abrió la puerta principal y entró sin encender la luz, dejando la mochila en el primer rincón que encontró.

El silencio de la casa la envolvió de inmediato. Ninguna voz proveniente de la cocina. Ningún sonido de la televisión. Ningún olor a comida lista.

Miró por la ventana de la sala y confirmó lo que ya sospechaba: ningún coche estacionado frente a la casa. Sus padres aún no habían llegado.

Menos mal.

Subió las escaleras directo a su habitación, sin pasar por ningún otro ambiente. Cerró la puerta detrás de sí y apoyó la frente en la madera durante unos segundos, respirando hondo.

Estaba hecha polvo.

Caminó hasta la cama y se sentó, pasándose las manos por el rostro, sintiendo la piel caliente, la cabeza pesada. Las palabras de él volvían en flashes inconexos. La biblioteca. El silencio. La sensación de haber sido colocada en un lugar que nunca pidió ocupar.

¿Quién se cree que es?
¿Para tratarme así?

Tenía una novia. O algo parecido. Había hecho una apuesta con ella. Había mezclado las cosas, cruzado límites, jugado con algo que para Ava nunca fue un juego.

Lo mejor que había hecho fue irse. Aunque doliera.

Aunque dejara un vacío extraño en el pecho.

Ava se acostó de lado, abrazando una almohada, mirando la pared. Se quedó así por algunos minutos, sin pensar en nada específico, solo dejando que el cuerpo desacelerara.

Algún tiempo después, oyó la puerta principal abrirse. Pasos conocidos subieron la escalera. La puerta del cuarto se abrió con cuidado.

— ¿Ava?

La voz de Lily llegó baja.

Ava no respondió de inmediato.

Lily entró y cerró la puerta detrás de sí, observando a la hermana con atención. Bastó una mirada para darse cuenta de que algo estaba mal.

— ¿Qué pasó? — preguntó, sentándose en el borde de la cama.

Ava suspiró.

— Dejé la tutoría — dijo, simple.

Lily frunció el ceño.

— ¿La dejaste definitivamente… o discutieron?

Ava se giró de espaldas y luego volvió a sentarse, los ojos húmedos, pero sin llorar.

— Hizo una apuesta conmigo — dijo. — Y tiene novia. Y aun así…

Se detuvo, respirando hondo.

— Aun así, creyó que podía jugar conmigo.

Lily no dijo nada. Solo abrió los brazos.

Ava se acercó y apoyó el rostro en el regazo de la hermana, sintiendo de inmediato los dedos de Lily pasar despacio por su cabello, en un gesto automático, cuidadoso.

— Tendría que haber sido al revés — murmuró Ava. — Yo tendría que ayudarte con tus problemas personales. No al contrario.

Lily sonrió levemente, continuando la caricia.

— Tranquila — dijo. — Va a llegar el momento en que tengas que hacer eso.

Ava cerró los ojos.

— Pero hoy — añadió Lily —, deja que yo cuide de ti.

Ava respiró hondo, sintiendo el nudo en el pecho aflojarse un poco. Allí, en ese cuarto silencioso, con su hermana a su lado, todo parecía menos pesado.

Había tomado la decisión correcta.

Y, por primera vez desde que todo comenzó, sintió que estaba exactamente donde necesitaba estar.

La semana pasó. Y, poco a poco, todo volvió a la normalidad. O, al menos, a lo que ahora parecía normal para Ava.

A la mañana siguiente, buscó a la señora Holloway después de la clase de química. Explicó, con la calma que siempre usaba, que su rutina estaba demasiado cargada — exámenes acumulándose, último año exigiendo más atención que nunca — y preguntó si sería posible poner a otra persona en su lugar en la tutoría.

La profesora no insistió.

— Ya hiciste más que suficiente, Ava — dijo, con una sonrisa comprensiva. — Voy a reasignar a otro alumno para ayudarlo.

Ava agradeció y salió del aula con un peso menos sobre los hombros.

Y siguió adelante.

Los días volvieron a llenarse de aquello que siempre había sido su zona segura: estudios, rutina, previsibilidad.

Pasaba las mañanas concentrada en las clases, sentada en el primer pupitre, anotándolo todo con letra ordenada. Por la tarde, comía en el comedor de la escuela — casi siempre un sándwich simple y un jugo — mientras repasaba materias o resolvía ejercicios pendientes.

A veces, llevaba los libros a la biblioteca y estudiaba sola, ocupando la misma mesa de siempre, cerca de la ventana. El silencio la ayudaba a poner los pensamientos en orden.

Y funcionaba. Casi siempre.

Porque, de vez en cuando, lo sentía.

La mirada.

Ava levantaba los ojos por un segundo y lo veía del otro lado del pasillo. O detenido cerca de los casilleros. O pasando por el comedor con los amigos del equipo.

Ethan.

Él no se acercaba. No decía nada. Solo miraba.

Ava sostenía el contacto visual por menos de un segundo antes de apartar la mirada. Volvía al libro. Al cuaderno. A la pluma deslizándose sobre el papel. O simplemente cerraba todo y se levantaba, cambiando de lugar.

No era huida.

Era elección.

No debía explicaciones. No debía conversaciones. No debía nada más.

Y, incluso cuando el corazón se le apretaba por un instante — rápido, casi imperceptible — Ava respiraba hondo y recordaba el motivo por el cual se había alejado.

Había hecho lo correcto.

La semana siguió así: silenciosa, ordenada, segura.

Y, aunque todo pareciera normal por fuera, Ava sabía que ese equilibrio recién construido aún estaba siendo puesto a prueba. Porque algunas miradas no piden permiso. Y algunas historias no terminan cuando uno decide pasar la página.

El jueves, Ava estaba en la cafetería de la escuela esperando que el café estuviera listo. El olor fuerte y levemente amargo llenaba el espacio, mezclado con el ruido de voces y bandejas arrastrándose.

Apoyaba los codos en el mostrador, distraída, observando el líquido oscuro caer en el vaso de papel, cuando una conversación detrás de ella llamó su atención sin querer.

— Oye, ¿te diste cuenta de lo raro que está Ethan esta semana? — dijo un chico de su curso, en voz baja, pero audible.

Ava no se giró. Solo se quedó inmóvil.

— Totalmente — respondió otro. — En el entrenamiento de ayer estaba desconectado. Falló pases tontos. El entrenador casi enloqueció.

— Ni siquiera en el partido del martes jugó bien — añadió un tercero. — Parece que tiene la cabeza en otro lado.

Ava sintió algo apretarse levemente en el pecho. No dolor. No culpa. Algo más silencioso, difícil de definir.

Respiró hondo, recordando dónde estaba.

El café estuvo listo. La atendiente empujó el vaso en su dirección con una sonrisa automática.

— Aquí tienes.

— Gracias — respondió Ava, tomando el café con cuidado.

Se alejó del mostrador sin mirar atrás, sosteniendo el vaso caliente entre las manos. El calor la ayudaba a mantenerse anclada en el presente.

No es mi problema, se repitió mentalmente.

Caminó hasta una mesa más apartada, se sentó y abrió el libro que llevaba. Dio un sorbo al café antes de empezar a leer, forzando el enfoque en las palabras.

Pero, por más que lo intentara, una sola frase insistía en resonar en su mente:

Parece que tiene la cabeza en otro lado.

Ava cerró los ojos por un segundo, luego volvió a abrir el libro.

Y siguió leyendo.

...

Esa noche, Ava estaba sentada en el escritorio de su cuarto, rodeada de libros abiertos y apuntes esparcidos. La lámpara proyectaba una luz suave sobre las páginas, y el silencio de la casa solo se rompía por el sonido distante de la televisión encendida en la sala.

Revisaba fórmulas, subrayaba conceptos, intentaba mantenerse enfocada en los exámenes que se acercaban. El último año no dejaba margen para distracciones — y ella lo sabía mejor que nadie.

Fue entonces cuando el celular empezó a vibrar al lado del cuaderno.

Una notificación.

Luego otra.

Y una más.

Ava dejó de escribir. Tomó el teléfono despacio, ya sabiendo quién era antes incluso de leer el nombre en la pantalla.

Ethan.

Sintió el apretón inmediato en el pecho — esa incomodidad conocida, casi automática.

Abrió la conversación.

Sé que me odias,
pero déjame hablar contigo.

Ava tragó saliva.

Apareció otro mensaje.

Empecemos de nuevo.
Déjame demostrártelo.

Se quedó unos segundos mirando la pantalla, el brillo del celular reflejándose en los ojos cansados.

Parte de ella quería responder. Preguntar demostrar qué. O simplemente decir todo lo que aún estaba atrapado en la garganta.

Pero entonces vinieron los recuerdos.

Chelsea.
La apuesta.
La risa de los amigos.
La sensación de haber sido tratada como algo descartable.

Ava bloqueó el celular y lo dejó boca abajo sobre el escritorio.

— Que se vaya al diablo — murmuró, más para sí misma que para el mundo.

Respiró hondo, tomó la pluma de nuevo y volvió al cuaderno, forzando la concentración.

No respondió.

Y, por primera vez en días, sintió que se estaba eligiendo a sí misma.

Mientras tanto, Ethan estaba tirado en la cama de su cuarto, el techo blanco sobre él completamente ignorado. El celular descansaba en su mano, la pantalla aún encendida en la conversación que ya había abierto y cerrado demasiadas veces esa noche.

El entrenamiento había sido un desastre. Había perdido pases fáciles. Fallado jugadas básicas. Gritado a dos compañeros sin

motivo. El entrenador, impaciente, lo había mandado a despejar la cabeza al banco por algunos minutos — algo que rara vez ocurría.

Todo porque no conseguía sacar a Ava de la mente.

Abrió la conversación una vez más.

Nada.

Ella había visto los mensajes.

Y no había respondido.

— Eres un idiota, Ethan — murmuró para sí mismo, dejando el celular sobre la mesa de noche con más fuerza de la necesaria.

Se sentó en la cama y tomó el cuaderno de química que estaba al lado de la almohada. Las páginas estaban llenas de la letra de ella — ordenada, clara, con marcas de colores en los puntos importantes.

Flechas, anotaciones al margen, ejemplos escritos con paciencia.

Lo hojeó despacio.

Ella había logrado que entendiera cosas que juraba que nunca aprendería.

Y, sin darse cuenta, había hecho algo aún peor: había logrado que quisiera ser mejor que solo el chico del equipo.

Un golpe suave sonó en la puerta.

— ¿Ethan?

La voz del padrastro llegó desde el otro lado.

— ¿No vas a cenar?

— No tengo hambre — respondió, sin levantar la vista del cuaderno.

La puerta se abrió de todos modos. El padrastro entró despacio, apoyándose en el marco.

— Has estado un poco… diferente esta semana — dijo. — Más callado. Más tenso.

Ethan suspiró.

— Es solo la escuela — respondió. — Y la presión de los partidos. Último año, ya sabes cómo es.

El padrastro asintió, pero no pareció totalmente convencido.

— Si necesitas hablar… estoy aquí — dijo, antes de salir. — Siempre.

— Gracias — respondió Ethan, sincero.

La puerta se cerró.

Cerró el cuaderno de química con cuidado, como si aquello fuera algo frágil. Se pasó la mano por el rostro y respiró hondo.

FUERA DE CONTROL

CAPÍTULO 13

Era viernes. Ethan lo sabía no porque lo dijera el calendario, sino porque ya no aguantaba más esa sensación. Por primera vez en su vida, una chica se le había salido de control. Y su nombre era Ava.

Entró en la escuela con la mochila colgada de un solo hombro, decidido. No iba a pasar otro día fingiendo que todo estaba bien, que aquello era solo otra semana rara. No lo era. Tenía que hacer algo. Tenía que hablar con ella.

La clase empezó. Geografía.

Ethan se sentó al fondo del aula, la mirada yéndose automáticamente hacia el lugar donde Ava solía sentarse cuando tenía clase allí.

Vacío.

Frunció el ceño. Esperó unos minutos, intentando convencerse de que solo estaba llegando tarde. Pero el profesor empezó a pasar lista, recorrió los nombres… y nada de Ava Carter.

¿No vino hoy?

La inquietud no hizo más que aumentar.

En el recreo, Ethan cruzó el pasillo casi corriendo y fue directo al comedor. Dio una vuelta completa por el espacio, fingiendo buscar a alguien del equipo, pero sus ojos estaban atentos a cada mesa, cada rincón.

Nada.

Ni cabello castaño.
Ni un libro abierto.
Ni Ava.

¿Habrá faltado?

Fue entonces cuando lo recordó.

La hermana.

Ava había comentado algunas veces — una chica de doce años, parlanchina, demasiado inteligente para su edad. Lily.

Si vivían cerca, probablemente estudiaban en la misma escuela.

Ethan giró sobre los talones y se dirigió al otro edificio, donde estaba la escuela primaria. En el pasillo, reconoció un rostro conocido.

— ¡Derek! — llamó.

El chico se giró. Derek entrenaba con el equipo algunos días, pero aún era demasiado joven para jugar oficialmente.

— ¿Qué pasa, Ethan? — respondió.

— ¿Conoces a la hermana de Ava Carter? — preguntó Ethan, directo. — Mi tutora de química.

Derek pensó un segundo.

— Ah, sí. Lily. Está en la misma clase que yo. Estamos en el recreo ahora.

El corazón de Ethan se aceleró.

— ¿Puedes mostrarme dónde está?

— Claro.

Los dos fueron al comedor del edificio más pequeño. En cuanto entraron, Derek señaló una mesa donde varias chicas conversaban animadas.

— Ahí.

Lily estaba sentada en medio del grupo, gesticulando mientras decía algo. Cuando levantó la vista y vio a Ethan acercarse, abrió los ojos de par en par. Sus amigas también.

— Dios mío… — murmuró una de ellas.

Ethan se detuvo frente a la mesa, consciente de todas las miradas curiosas a su alrededor.

— ¿Lily? — dijo, con cuidado. — ¿Puedo hablar contigo un momento?

Ella se levantó despacio, cruzando los brazos.

— Puedes — respondió. — Pero rápido.

Se alejaron unos pasos de la mesa.

— ¿Tu hermana está en casa hoy? — preguntó Ethan. — Intenté hablar con ella, le mandé mensajes desde ayer… no respondió. Solo quería dejarle un recado.

Lily inclinó la cabeza, analizándolo con atención. Era guapo — lo notó al instante. Alto, seguro, el tipo de chico que llamaba la atención sin esfuerzo. Pero también parecía… nervioso.

— Ella no quiere hablar contigo — dijo Lily, sin rodeos. — Y yo lo sé todo.

Ethan tragó saliva.

— Sé que la cagué — dijo. — Me arrepiento. De verdad.

Lily suspiró.

— Quiero mucho a mi hermana — dijo, firme. — Y ella salió lastimada. Así que, si yo fuera tú… evitaría ir hoy al laboratorio de química de la señora Holloway.

Ethan frunció el ceño por un segundo. Luego lo entendió.

Una sonrisa pequeña, casi aliviada, apareció en su rostro.

— Gracias — dijo, sincero. — De verdad.

Lily se encogió de hombros.

— No arruines esto — añadió. — No vas a tener otra oportunidad fácil.

Ethan asintió.

Mientras se alejaba, una cosa quedó clara:

Ava no había desaparecido. Solo se estaba protegiendo.

Y, esta vez, él tendría que merecer cualquier nueva palabra de ella.

Ethan golpeó dos veces la puerta del laboratorio antes de empujarla despacio. El olor característico de los productos químicos llenaba el

aire. El ambiente estaba silencioso, iluminado por la luz blanca de los focos sobre las bancadas.

Fue entonces cuando la vio.

Ava estaba de espaldas, concentrada. Llevaba una bata blanca sobre la ropa, guantes de goma azules en las manos y sostenía un vaso de precipitados con cuidado, vertiendo el contenido lentamente en otro recipiente. El cabello estaba recogido de forma práctica, algunos mechones escapándose cerca del rostro.

Parecía… en control.

Ethan sonrió, a pesar del nerviosismo.

— Ava.

Ella se giró al instante. La mirada seria cayó sobre él como un muro.

— ¿Qué estás haciendo aquí? — preguntó, sin suavizar el tono.

— Necesitaba verte — respondió él. — No contestas mis mensajes.

Ava no parpadeó.

— Porque no quiero hablar contigo.

Se quitó los guantes con movimientos bruscos y los lanzó sobre la bancada a un lado.

— Vete antes de que la profesora Holloway vuelva.

— Ava, espera — dio un paso al frente. — Necesito hablar contigo. Simplemente me dijiste todo a la cara y te fuiste. Ni siquiera me diste la oportunidad de explicarme bien.

Ella cruzó los brazos.

— ¿Y quién te dijo que yo estaba aquí?

— Lily — respondió él. — Tu hermana.

Los ojos de Ava se abrieron por un segundo.

— No puedo creer que haya hecho eso.

— Dijo que no arruinara nada entre nosotros — continuó Ethan, con sinceridad. — Y que no tendría otra oportunidad.

Ava lo miró, seria, evaluando cada palabra.

— No hay nada entre nosotros — dijo. — Y no quiero hablar más contigo. Fuiste un imbécil desde el momento en que me metiste en una apuesta. Apostaste con tus amigos si me ibas a besar.

Ethan respiró hondo y se acercó un poco más.

— Fui un imbécil — admitió. — Sí. Pero dejé de importarme esa apuesta en la segunda clase.

Ella levantó el mentón, desafiante.

— ¿Ah, sí?

— ¿De verdad crees que me paso horas escuchando sobre átomos, enlaces químicos y equilibrio porque aposté cien dólares? — dijo él, ahora más cerca. — Lo hago porque te quiero, Ava.

El silencio cayó pesado entre ellos. Ella abrió la boca para responder, pero no salió ninguna palabra. Confusión, incredulidad, rabia — todo mezclado.

— Estás mintiendo — dijo por fin.

— No.

Dio otro paso. Ahora estaba demasiado cerca.

— Y te lo voy a demostrar.

Ava apoyó la mano en la mesa detrás de sí, sintiendo el frío del metal bajo los dedos. El corazón le latía demasiado rápido como para ignorarlo.

— Déjame llevarte a cenar — dijo Ethan, con la voz más baja. — Solo nosotros dos. Sin amigos. Sin público. Si después de eso aún me odias… desaparezco.

Ella respiró hondo.

— ¿Y Chelsea?

— Ya lo dije — respondió él, firme. — No es mi novia.

El silencio volvió. Ava sentía el corazón martillándole en el pecho, la mente gritándole que dijera que no — pero el cuerpo quieto, indeciso.

— Yo… lo voy a pensar — dijo finalmente.

Se giró de nuevo hacia la bancada, tomó otro par de guantes y empezó a ponérselos.

— Ahora vete — añadió. — Estoy ocupada. Y la profesora puede volver en cualquier momento.

Ethan sonrió levemente, una sonrisa que no era arrogante. Era… paciente.

— Está bien, entonces — dijo, dando un paso atrás. — Esperaré. Más tarde hablamos.

Salió del laboratorio con cuidado, cerrando la puerta detrás de sí.

Ava se quedó allí, inmóvil por unos segundos.

El corazón acelerado.
La respiración irregular.

Maldición.

Aunque intentara mantener el control, una cosa era innegable:

Nada allí había sido simple.

Y, cuando él se fue, su corazón latía con demasiada fuerza como para fingir que no significaba nada.

En cuanto terminó la última clase, Ava salió de la escuela sin mirar atrás.

No fue a la biblioteca.
No se quedó conversando en el pasillo.
No desaceleró el paso ni un segundo.

Caminó hasta casa con la mochila pesada sobre los hombros y la cabeza aún más llena. El cielo ya empezaba a oscurecer, el aire frío del final de la tarde ayudando a mantener los pensamientos en orden — o al menos intentándolo.

Cuando abrió la puerta de casa, el primer sonido que oyó fue el de las ollas chocando en la cocina. Su madre estaba allí, probablemente terminando la cena, hablando sola o con Lily.

— ¿Ava? — la voz de la madre llegó distante.

No respondió.

Cerró la puerta con cuidado y subió las escaleras directo a su habitación, como si ese fuera el único lugar donde pudiera respirar bien. Empujó la puerta y entró.

Lily estaba sentada en la cama, con las piernas cruzadas, usando el celular, el cabello aún ligeramente húmedo, como quien acababa de salir de la ducha.

— Hola… — dijo Lily, levantando la vista. — Guau. ¿Qué cara es esa?

Ava dejó la mochila en el suelo y se pasó la mano por el rostro.

— No puedo creer que le dijeras a Ethan dónde estaba.

Lily parpadeó, sorprendida por medio segundo — luego suspiró.

— Está bien — dijo. — En realidad no quería decirlo.

— Lily…

— Pero después de verlo — la interrumpió — con esa cara de perro arrepentido, pensé que tal vez sería mejor que le dieras una oportunidad.

Ava cruzó los brazos.

— ¿Ah, sí? — dijo, incrédula. — ¿Y todo ese sermón que me diste? Todo aquello de "no te acerques", "no confíes", "él es un problema"?

Lily esbozó una media sonrisa, algo culpable.

— Sigue valiendo — respondió. — Pero estaba… diferente. Te lo juro. Cara de perro abandonado de verdad. Casi me dio pena.

Ava soltó una risa corta, sin humor.

— Genial. Ahora sientes pena por un jugador popular.

Lily le lanzó un cojín.

— Oye. Siento pena por gente arrepentida. Es diferente.

Ava se dejó caer en la cama, mirando al techo.

— Me invitó a cenar — dijo, de repente.

Lily se incorporó.

— ¿Te invitó?

Ava sacó el celular del bolsillo y abrió la conversación. El mensaje seguía allí, intacto, como si tuviera peso físico.

Déjame llevarte a cenar.
Solo no te rindas.

— No sé qué responder — murmuró Ava.

Lily observó a la hermana unos segundos.

— No tienes que responder ahora — dijo. — Pero tampoco tienes que fingir que esto no te afectó.

Ava cerró los ojos.

Más tarde, bajó a cenar. Se sentó a la mesa con sus padres, escuchó a la madre hablar del día, al padre comentar algo sobre el trabajo. Respondió en automático, rió cuando se esperaba, pero por dentro estaba lejos.

El celular se quedó en el bolsillo todo el tiempo.

Cuando volvió a subir al cuarto, ya era tarde. Lily ya estaba acostada, usando el teléfono con la luz apagada.

Ava se sentó en su propia cama y volvió a tomar el celular.

La conversación seguía abierta.
Ethan en línea.

Él estaba esperando.

Y eso hizo que el corazón le latiera de una manera que la irritó consigo misma.

No era justo. No después de todo.

Escribió.
Borró.
Escribió de nuevo.

El reloj marcaba demasiado tarde para la indecisión.

Antes de poder cambiar de idea — antes de que la razón gritara más fuerte — Ava escribió:

Está bien.
Mañana a las 18 h.

Apretó enviar demasiado rápido para arrepentirse.

El celular vibró casi de inmediato.

Ava giró la pantalla hacia abajo y se acostó, el corazón latiendo con fuerza, como si acabara de saltar desde un lugar demasiado alto como para volver atrás.

— Suerte — murmuró Lily desde el otro lado del cuarto, sonriendo en la oscuridad.

Ava cerró los ojos.

Acababa de aceptar.

Y ahora, ya no había forma de fingir que no estaba pasando nada.

SÁBADO POR LA NOCHE

CAPÍTULO 14

El sábado llegó con un peso extraño para Ava. Se despertó temprano, incluso sin despertador, y pasó buena parte de la mañana intentando ocupar la mente con cualquier cosa que no fuera el reloj. Ordenó el cuarto, separó algunos papeles de la escuela, leyó algunas páginas de un libro — nada parecía retener su atención por más de unos minutos.

El día pasó demasiado rápido para ella. Demasiado rápido para alguien que, en el fondo, quería que las horas se arrastraran.

Cuando llegó el final de la tarde, Ava volvió a casa después de una caminata corta por el barrio. En cuanto abrió la puerta, oyó el sonido familiar de las ollas en la cocina. Su madre estaba preparando algo para la cena, hablando sola como siempre hacía cuando estaba distraída.

— ¿Ava? — la voz vino desde adentro.

Ella no respondió. Subió las escaleras directo al cuarto, sintiendo que el corazón se aceleraba a medida que la hora se acercaba. Necesitaba unos minutos a solas antes de lidiar con cualquier otra persona.

En cuanto empujó la puerta, encontró a Lily sentada en la cama, con las piernas cruzadas, usando el celular.

— Estás rara — comentó Lily, sin levantar la vista.

— No lo estoy — respondió Ava demasiado rápido, dejando el bolso en el suelo.

Lily levantó la mirada y sonrió de lado.

— Sí lo estás.

Ava abrió el armario y sacó un vestido blanco de tirantes, simple, ligero, algo que normalmente usaría sin pensarlo dos veces. Lo colocó sobre la cama y se quedó mirándolo por unos segundos.

— ¿Vas a usar ese? — preguntó Lily.

— Voy a hacerlo — respondió Ava. — Es solo una cena.

— Claro — dijo Lily, poniéndose de pie. — Solo una cena que te tuvo nerviosa todo el día.

Ava ignoró el comentario y fue al baño. Se dio una ducha larga, dejando que el agua caliente cayera sobre los hombros, intentando aliviar la tensión acumulada. Cuando salió, el espejo estaba completamente empañado, y pasó la mano para poder verse.

Se puso el vestido, soltó el cabello aún ligeramente húmedo y volvió al cuarto.

Lily la observó de arriba abajo.

— Guau — dijo. — Estás muy bonita.

— Basta — murmuró Ava, acomodando el tirante del vestido.

— No exagero — insistió Lily. — Solo creo que deberías ponerte un poco de rímel. Nada del otro mundo.

— No hace falta.

— Sí hace falta.

Antes de que Ava respondiera, la madre apareció en la puerta del cuarto, apoyándose en el marco.

— ¿Puedo saber qué está pasando aquí? — preguntó, sonriendo al verlas a las dos.

— Ava va a salir — respondió Lily, animada. — Tiene una cita.

— No es una cita — corrigió Ava de inmediato. — Es solo una cena con un amigo.

La madre cruzó los brazos, divertida.

— ¿Amigo, eh? ¿Qué amigo es ese?

— Ethan Ryder — respondió Lily antes de que Ava pudiera impedirlo.

La expresión de la madre cambió por un segundo.

— ¿Ethan Ryder? — repitió, sorprendida.

— Mamá… — empezó Ava.

— Está bien — la interrumpió la madre, riendo suavemente. — Solo no lo esperaba.

Lily tomó el bolso y salió del cuarto.

— Ahora que estás lista, voy a hacer palomitas y ver una película.

La madre se acercó a Ava y acomodó delicadamente su cabello.

— Diviértete — dijo. — Y no tienes que apurarte tanto.

— No voy a tardar — prometió Ava.

Pocos minutos después, una voz masculina resonó desde la sala.

— ¿Ava?

Era el padre.

Ella bajó las escaleras con el corazón firme en el pecho.

— Ethan Ryder está aquí abajo — dijo él, serio, claramente sin entender muy bien la situación.

El rostro de Ava se calentó al instante. Ethan había venido a buscarla.

En la sala, él estaba parado cerca de la puerta, arreglado, con las manos en los bolsillos, visiblemente nervioso.

— Buenas noches, señor… señora — dijo con educación.

El padre analizó la escena en silencio.

— Luego te explico — murmuró la madre para él, sonriendo.

Ava se acercó, dio un beso rápido en la mejilla de la madre y luego en la del padre.

— Prometo que no voy a tardar.

— Buenas noches, hija — respondió el padre, aún confundido.

Ava respiró hondo, miró a Ethan y asintió. Era solo una cena.

Pero, mientras salía de casa a su lado, sabía que esa noche estaba lejos de ser simple.

Ethan estaba impecable. Llevaba unos jeans oscuros que caían perfectamente sobre el cuerpo y una camisa blanca, con las mangas dobladas hasta los codos, dejando a la vista los brazos musculosos

— fuertes, definidos, sin esfuerzo. El cabello aún parecía ligeramente húmedo, desordenado de la manera correcta, como si hubiera pasado los dedos por él sin preocuparse demasiado. Esa era su marca registrada.

Por un segundo, Ava tuvo que recordarse respirar.

— Estás… — empezó, pero se detuvo.

— ¿Demasiado arreglado? — preguntó él, con media sonrisa.

— Diferente — respondió ella, sincera.

Él abrió la puerta del coche para ella, en un gesto simple pero cuidadoso. Ava entró, acomodando el vestido, sintiendo un leve cosquilleo en el estómago.

— ¿Desde cuándo tienes coche? — preguntó, mientras se ponía el cinturón.

— No es mío — respondió él, cerrando la puerta con cuidado antes de rodear el auto. — Es de mi padrastro. Me lo prestó hoy.

Ella asintió, observándolo mientras él se sentaba al volante.

— Entonces… ¿a dónde vamos? — preguntó.

— ¿Te gusta la comida italiana? — devolvió él la pregunta, encendiendo el coche.

— Me gusta — respondió. — Mucho.

— Perfecto — dijo él, mirándola rápido. — Pensé en llevarte a un restaurante italiano aquí cerca. Nada muy lejos.

El camino fue tranquilo. Ninguno de los dos habló mucho al principio, pero el silencio no era incómodo. Era atento. Como si

ambos se estuvieran acostumbrando a la idea de estar allí, juntos, fuera de la escuela, fuera de las confusiones.

Cuando estacionaron, Ava miró alrededor en cuanto salió del coche. El restaurante tenía una fachada elegante, luces cálidas visibles por las ventanas amplias, música baja escapando por la puerta.

— Guau… — murmuró. — Este lugar es elegante. No vine vestida para esto.

Ethan rió bajo.

— No es tan elegante así — dijo. — Y tú estás perfecta.

Ella sintió que el corazón se le calentaba con la naturalidad de la frase.

— Algún día — añadió él, abriéndole la puerta — cuando empiece a trabajar de verdad, prometo llevarte a cualquier restaurante que quieras. Sin sorpresas.

Ava abrió la boca para responder, pero fue interrumpida cuando el camarero se acercó, sonriente, entregándoles los menús.

— Buenas noches — dijo. — Pónganse cómodos.

Se sentaron uno frente al otro. Ava recorrió el menú con atención, sintiéndose curiosamente a gusto.

— Creo que voy a pedir el ravioli — dijo después de unos segundos.

— Buena elección — comentó Ethan. — Yo voy por el fettuccine con frutos del mar.

Ella sonrió levemente, cerrando el menú.

Por primera vez desde que aceptaron esa cena, Ava pensó que tal vez — solo tal vez — esa noche podía ser diferente de todo lo que

había imaginado.

— Gracias por haber venido — dijo él, rompiendo el silencio.

Ella asintió, acomodando la servilleta en el regazo.

— Casi no vine — admitió.

Él sonrió de lado.

— Me lo imaginé.

El camarero volvió para tomar el pedido, confirmando el ravioli para Ava y el fettuccine para Ethan. En cuanto se alejó, el silencio regresó — pero esta vez no parecía pesado.

— Te ves diferente aquí — comentó Ava, después de unos segundos.

— ¿Diferente cómo?

— Menos… la estrella de la escuela — respondió ella, eligiendo bien las palabras.

Ethan soltó una risa baja, pasándose la mano por el cabello.

— Creo que aquí no sirve fingir — dijo. — No hay hinchada. Ni amigos. Ni apuestas idiotas.

Ella levantó la mirada hacia él de inmediato.

— ¿Entonces admites que fuiste un idiota?

— Todos los días desde aquella conversación en el gimnasio — respondió sin dudar.

Ava respiró hondo.

— Eso me dolió — dijo, directa. — No solo por la apuesta. Sino porque confié en ti.

Ethan no apartó la mirada.

— Lo sé — respondió. — Y no voy a intentar justificarme. No existe una excusa lo suficientemente buena para eso.

Ella lo observó en silencio.

— Crecí siendo el chico del que todos esperan algo — continuó él. — El capitán. El atleta. El que nunca se equivoca. Y dejé que eso se me subiera a la cabeza. Jugué con algo que no era un juego para ti.

— Ni para mí — completó Ava.

— Exacto — estuvo de acuerdo él. — Y ahí fue cuando perdí el control. Porque tú no reaccionaste como las demás personas reaccionarían.

Ella inclinó la cabeza.

— ¿Cómo así?

— No intentaste impresionarme. No me adulaste. No quisiste "ganarme". Tú solo… eras tú. Inteligente. Firme. Imposible de engañar.

Ava sintió un calor discreto subirle por el pecho, pero mantuvo la postura.

— Eso no cambia lo que pasó — dijo.

— No — coincidió Ethan. — Pero cambia lo que quiero hacer ahora.

El camarero trajo los platos. El aroma del ravioli hizo que Ava cerrara los ojos por un segundo. Agradecieron, y por unos minutos comieron en silencio, observándose por encima de los platos.

— ¿Siempre fuiste así? — preguntó Ava de repente. — ¿El chico popular?

Ethan masticó despacio antes de responder.

— No. Solo me volví bueno ocultando cuando me sentía vacío.

Ella detuvo el tenedor en el aire.

— ¿Vacío?

— Sí — dijo él. — Todo el mundo cree que los que vivimos rodeados de gente nunca nos sentimos solos. Pero a veces es exactamente lo contrario.

Ava apoyó el tenedor en el plato.

— Yo nunca me sentí parte de nada — confesó. — Siempre fui la chica que resuelve todo sola.

— Lo sé — respondió él. — Y tal vez por eso me desarmaste.

Ella lo miró, sorprendida.

— ¿Desarmé?

Ethan respiró hondo, como quien decide saltar sin saber la profundidad.

— Cuando te fuiste de la biblioteca aquel día… — empezó — no fue rabia lo que sentí. Fue miedo.

— ¿Miedo de qué?

— De darme cuenta de que había arruinado algo raro — dijo él, con la voz baja. — Algo que no sabría repetir.

El corazón de Ava se aceleró.

— Ethan…

— Déjame terminar — pidió.

Ella asintió.

— No te traje aquí para convencerte de nada — continuó él. — Ni para pedirte que confíes en mí de nuevo ahora. Solo necesitaba que supieras una cosa.

Se inclinó levemente sobre la mesa, los ojos verdes fijos en los de ella.

— Nunca quise a alguien como te quiero a ti, Ava. No porque seas diferente. Sino porque me ves como nadie nunca me vio.

El mundo pareció encogerse a su alrededor.

— Sé que esto puede parecer tarde — añadió. — Y quizá lo sea. Pero si ahora me dices que quieres irte, lo voy a entender. De verdad.

Ava sintió que la garganta se le cerraba.

— ¿Tienes idea de lo que estás diciendo? — preguntó, casi en un susurro.

— La tengo — respondió. — Y lo digo igual.

Se quedó en silencio por unos segundos que parecieron demasiado largos. Luego respiró hondo.

— No sé si estoy lista para confiar — dijo. — Pero… estoy aquí.

Ethan sonrió — una sonrisa pequeña, sincera, nada arrogante.

— Eso ya es más de lo que esperaba.

Volvieron a comer, ahora más livianos. La conversación siguió por temas simples: películas, música, planes para después de la graduación. En algunos momentos, las miradas se cruzaban y se quedaban allí demasiado tiempo.

Cuando terminaron, Ava se recostó en la silla, soltando un suspiro.

— Me gustó la cena — admitió.

— A mí también — respondió él. — Mucho.

Se levantaron, listos para salir. Ethan pagó la cuenta antes de que Ava pudiera protestar.

— La próxima vez, tú eliges el lugar — dijo.

— Estás asumiendo muchas cosas — respondió ella, pero sonrió.

Afuera, el aire de la noche estaba fresco. Se quedaron de pie unos segundos, sin saber exactamente cómo terminar aquello.

Ava respiró hondo.

— Gracias por la noche — dijo, un poco tímida. — De verdad.

Ethan sonrió levemente, aún asimilando todo lo que se había dicho allí.

— Yo te agradezco por haber venido — respondió. — Y por haberme escuchado.

Caminaron juntos hasta el coche. Ninguno de los dos intentó llenar el silencio. No era necesario. Había algo cómodo allí, incluso con la tensión aún presente.

Ethan le abrió la puerta, y Ava entró, acomodando el vestido antes de cerrar. Él rodeó el coche, se sentó al volante y lo encendió.

El trayecto hasta su casa fue tranquilo. Las luces de la calle pasaban por los vidrios, iluminando el interior del coche de forma intermitente. Ava observaba el paisaje, perdida en pensamientos, mientras Ethan mantenía las manos firmes en el volante, concentrado, pero atento a su presencia a su lado.

Cuando estacionaron frente a la casa, apagó el motor y se quedó unos segundos en silencio.

— Gracias — dijo entonces. — Por haberme escuchado.

Ava asintió, simple.

— Yo también necesitaba escuchar algunas cosas.

Ya tenía la mano en la manija cuando se detuvo. Se giró despacio, como si hubiera decidido algo en el último segundo. Antes de que Ethan pudiera reaccionar, Ava se inclinó y depositó un beso suave en su mejilla.

Fue rápido.
Suave.
Inequívoco.

Ethan se quedó inmóvil, completamente sin reacción por un instante, sintiendo el calor de ese gesto inesperado.

Ava sonrió levemente.

— Buenas noches, Ethan.

Él parpadeó una vez, aún procesándolo, y entonces sonrió también — una sonrisa abierta, casi tonta.

— Buenas noches, Ava.

Ella salió del coche y caminó hasta la puerta de casa sin mirar atrás.

Ethan permaneció allí por unos segundos, el corazón acelerado, la mejilla todavía caliente.

No había sido un beso.

Pero había sido todo.

DESPUÉS

CAPÍTULO 15

Ethan estacionó el coche de su padrastro en el garaje con más cuidado de lo normal. Apagó el motor y se quedó unos segundos quieto, con las manos aún apoyadas en el volante, la sonrisa insistiendo en volver a su rostro sin pedir permiso. Se pasó la lengua por los labios, negando con la cabeza a solas.

— Estoy loco — murmuró, riendo bajo.

Un beso en la mejilla. Solo eso. Y, aun así, parecía que acababa de ganar un campeonato entero.

La casa estaba silenciosa cuando entró. Ningún sonido viniendo del piso de arriba, ninguna risa infantil, ningún televisor encendido. Los gemelos ya debían estar durmiendo.

Dejó las llaves sobre la encimera y fue a la cocina, abriendo la nevera para servirse un vaso de agua. Bebió despacio, intentando ordenar los pensamientos que se atropellaban en su cabeza.

Oyó pasos en la escalera.

— ¿Ethan? — llamó la voz de su padrastro.

— Estoy en la cocina — respondió.

El padrastro entró, todavía en pijama, rascándose el rostro.

— ¿Llegaste recién?

— Llegué — dijo Ethan, cerrando la nevera. — Gracias por el coche, en serio.

— Claro — respondió, apoyándose en la encimera. — Entonces… ¿cómo fue la cita con Ava?

Ethan respiró hondo, intentando contener la sonrisa.

— Fue muy buena — dijo, sincero. — Mejor de lo que esperaba.

El padrastro asintió, observándolo con atención.

— Me alegro por ti — dijo. — Y me alegra que te hayas abierto. De verdad. Te considero como a un hijo.

Ethan sintió algo apretarle el pecho — esta vez, de una forma buena.

— Gracias — respondió. — De verdad.

Se intercambiaron una mirada silenciosa, de esas que no necesitan más explicaciones.

— Buenas noches — dijo el padrastro, dándose la vuelta para salir.

— Buenas noches.

Ethan subió a su cuarto aún sonriendo, la mente repitiendo aquel gesto simple, inesperado, que lo había cambiado todo.

Mientras tanto, en la casa de Ava…

En cuanto cerró la puerta del cuarto, Ava apenas tuvo tiempo de dejar el bolso antes de que Lily se sentara en la cama, con los ojos brillantes.

— Ahora vas a contarme todo — dijo. — Todo. Con los mínimos detalles.

Ava rió, dejando el abrigo sobre la silla.

— No hay tanto para contar.

— Mentira — rebatió Lily. — Estuvieron fuera horas. Algo pasó.

Ava se sentó en la cama y negó con la cabeza.

— Solo hablamos.

— "Solo hablaron" — repitió Lily, haciendo comillas en el aire. — Eso nunca es solo.

— En serio — insistió Ava, aún sonriendo. — Fue eso. Conversación. Cena. Nada más.

Lily cruzó los brazos, desconfiada.

— ¿Y esa sonrisa?

Ava desvió la mirada, sintiendo que el rostro se le calentaba.

— Buenas noches, Lily.

— Buenas noches nada — rió la hermana. — Pero está bien. Mañana me cuentas el resto.

Ava apagó la luz y se acostó, mirando al techo en la oscuridad.

Tal vez no había pasado nada grandioso. Pero, por primera vez en mucho tiempo, se durmió con la sensación tranquila de que algo había empezado — de la manera correcta.

El lunes llegó demasiado silencioso para Ava. Acababa de salir de clase y fue directo a la biblioteca, como hacía siempre. Desde la

cena, aún no había visto a Ethan en el aula — y, honestamente, no sabía muy bien cómo enfrentarlo cuando sucediera.

No había arrepentimiento. Ni ansiedad. Solo una calma extraña en el pecho.

Como si algo finalmente estuviera en el lugar correcto.

Ava caminó entre las estanterías y sacó un libro de biología, sentándose en la mesa cerca de la ventana. Abrió el cuaderno, comenzó a anotar, completamente concentrada.

Hasta que oyó el sonido.

Tac.
Tac.
Tac.

Pasos de tacón alto resonando en el suelo silencioso de la biblioteca.

No necesitó girarse para saber quién era.

— Ahí estás tú, desgraciada.

Ava levantó los ojos despacio.

— ¿Qué fue lo que dijiste? — preguntó, con la voz firme.

Antes de que Chelsea pudiera responder, la bibliotecaria apareció desde el fondo del salón, caminando rápido hacia ellas.

— ¿Qué está pasando aquí? — preguntó, en tono bajo, pero autoritario.

Miró primero a Ava — que frecuentaba la biblioteca casi todos los días — y luego a Chelsea, claramente fuera de lugar en aquel ambiente.

— Esta chica llegó aquí llena de actitud — continuó la bibliotecaria. — Y nunca la he visto pisar esta biblioteca antes.

Chelsea señaló con el dedo en dirección a Ava.

— Ella es lo que está pasando. Ethan ya no quiere saber nada de mí por su culpa.

Ava cerró el libro con calma.

— Yo no tengo nada que ver con tu historia — dijo. — Absolutamente nada.

En ese instante, pasos apresurados resonaron por el pasillo.

— ¿Qué mierda está pasando aquí?

Ethan acababa de entrar en la biblioteca. Su mirada fue directa hacia Ava, luego hacia Chelsea.

La bibliotecaria cruzó los brazos.

— Tú — dijo, señalando a Chelsea. — Puedes retirarte ahora.

— No terminé de hablar — replicó Chelsea.

— Dije ahora.

Chelsea se giró hacia Ethan.

— ¿Entonces es eso? ¿Me dejaste por esa nerd de ahí?

Ethan dio un paso al frente.

— Primero: vas a dejar a Ava en paz. Nosotros no éramos novios.

— Ah, claro — rió Chelsea con desprecio. — Puede que no hayamos sido novios oficiales, pero era en mi cama donde te gustaba estar.

— ¡BASTA! — gritó la bibliotecaria, haciendo que varias personas miraran en su dirección.

Ethan no apartó la mirada.

— Y también en la cama de otros diez jugadores — respondió, frío. — Así que no finjas que esto fue algo serio.

El silencio cayó pesado.

— Nunca más te acerques a Ava. Nunca — continuó él. — Ni en la escuela, ni aquí dentro, ni en ningún lugar.

Chelsea tragó saliva, con los ojos ardiendo.

— ¿Qué viste en ella, al final? — preguntó, casi gritando.

Ethan respondió sin dudar.

— Todo lo que no existe en ti.

Chelsea soltó una risa nerviosa, se dio la vuelta y salió de la biblioteca casi corriendo, el sonido de los tacones resonando hasta desaparecer.

La bibliotecaria respiró hondo, negando con la cabeza.

— Cada alumno…

Se alejó lentamente, regresando al mostrador.

Ethan se volvió hacia Ava.

— ¿Estás bien?

Ava asintió.

— Estoy bien.

Arrastró la silla, volvió a sentarse y abrió el libro de biología, como si el mundo no acabara de explotar a su alrededor.

Ethan se quedó allí por un segundo, observando.

Todo había sido dicho.

Y, por primera vez, Ava sintió que ya no estaba sola en esa historia.

Ava permaneció en silencio unos segundos después de que Chelsea se fue. Cerró el libro despacio, como si necesitara ese gesto simple para anclarse de nuevo en el presente.

— Por lo que te dijo… — empezó Ethan, con la voz más baja ahora — lo siento mucho. No necesitabas haber escuchado eso.

Ava levantó los ojos hacia él.

— No hace falta — respondió. — No quiero hablar de ella. Ni de cámaras, ni de drama, ni de gente que no forma parte de mi vida.

Hizo un gesto corto con la mano, como quien corta el tema en el aire.

— De verdad. No hace falta hablar.

Ethan asintió, un poco incómodo.

— Está bien.

Hubo una pequeña pausa.

— Entonces… — continuó Ava, inclinando la cabeza — parece que terminaste, ¿no?

Él tardó un segundo en responder.

— No exactamente "terminar" — explicó. — Ella nunca fue mi novia. Pero… entre ella y yo, ya no hay nada.

Ava entrecerró ligeramente los ojos.

— ¿Por mí?

Ethan sostuvo su mirada.

— Exactamente.

El corazón de Ava se aceleró. No respondió de inmediato. Estaban más cerca ahora, sin darse cuenta de cuándo la distancia se había reducido.

Ethan dio un pequeño paso adelante. Ava no se apartó.

— Lástima que estemos en la biblioteca ahora — murmuró él, con la voz demasiado baja para que alguien que pasara pudiera oír.

— ¿Por qué? — preguntó ella, casi en un susurro.

Inclinó un poco el rostro.

— Porque quería besarte.

El mundo pareció encogerse a su alrededor.

Ethan desvió la mirada rápidamente hacia la mesa de la bibliotecaria. Ella tecleaba algo en el ordenador, completamente ajena a lo que sucedía entre las estanterías.

Sin decir nada, extendió la mano y tiró de Ava con cuidado.

— Ethan… — susurró ella, sorprendida, mientras caminaban.

— Confía en mí.

En pocos pasos, estaban detrás de una estantería alta, escondidos del pasillo principal. El olor de los libros antiguos se mezclaba con el perfume suave de ella.

— ¿Qué estás haciendo? — murmuró Ava, con el corazón desbocado.

Ethan se acercó más, sin prisa.

— Algo que debí haber hecho hace mucho tiempo.

Ethan se acercó despacio. Ava sintió que todo el cuerpo se tensaba, como si cada nervio estuviera despierto. El corazón latía tan fuerte que tuvo miedo de que él lo oyera.

Cuando sus rostros quedaron a centímetros, contuvo la respiración sin darse cuenta.

El contacto empezó casi tímido. Los labios de él rozaron los de ella con una suavidad inesperada, como si estuviera preguntando, no tomando.

Ava tardó un segundo en entender lo que estaba pasando — y cuando lo entendió, fue como si el mundo entero hubiera cambiado de lugar.

Era su primer beso.

Ethan lo percibió al instante, al sentir el leve endurecer de su cuerpo, la forma en que los dedos de Ava se cerraron suavemente en la tela de su camisa, como quien se sostiene para no caer.

No había prisa, no había respuesta ensayada — solo descubrimiento.

Él apartó mínimamente el rostro, lo justo para mirarla.

— ¿Está todo bien? — susurró.

Ava asintió, con los ojos grandes, el rostro caliente.

— Sí — murmuró, casi inaudible.

Entonces volvió a besarla.

Esta vez, aún más despacio.

Ethan mantuvo una mano apoyada en la estantería detrás de ella, sin sujetarla, sin acorralarla. La otra tocó suavemente el brazo de Ava, como si estuviera ahí solo para recordarle que podía irse si quería.

El beso creció poco a poco. Ava empezó a responder con cuidado, imitando su ritmo, aprendiendo a su propio tiempo.

No había técnica — solo intención. Solo ese calor nuevo, esa sensación extraña y buena de estar exactamente donde quería estar.

El corazón de ella se aceleraba, pero no era miedo. Era certeza.

Cuando se separaron, fue Ethan quien interrumpió primero, apoyando la frente en la de ella.

— Perdón — murmuró, apareciendo una pequeña sonrisa. — No quería ir demasiado rápido.

Ava respiró hondo, intentando ordenar los pensamientos.

— No lo hiciste — respondió, sincera.

Se quedaron allí unos segundos más, demasiado cerca para ser solo amigos, demasiado lejos para cualquier otra cosa.

El silencio entre ellos no era incómodo — estaba lleno.

— Nosotros… — empezó Ava, pero se detuvo.

— Lo sé — dijo Ethan, como si entendiera exactamente lo que ella no consiguió decir. — Sin presión. De la forma que tú quieras.

Ella asintió.

— Gracias.

Él sonrió — no la sonrisa confiada del capitán del equipo, ni el encanto fácil de siempre. Era una sonrisa tranquila. Verdadera.

— Volvamos antes de que alguien sospeche — dijo.

Ava estuvo de acuerdo, pero antes de salir de detrás de la estantería, le lanzó una última mirada.

Su primer beso había ocurrido allí.

Entre libros, silencio…

Y alguien que supo esperar.

La biblioteca había vuelto a su estado habitual de silencio, pero nada allí parecía normal para Ava.

Los libros seguían en las estanterías.
Las mesas seguían ocupadas.
La bibliotecaria tecleaba algo en el ordenador como si nada hubiera pasado.

Pero Ava sentía como si el aire hubiera cambiado.

Seguía sentada en la mesa, la mochila apoyada en la silla de al lado, el libro de biología abierto — intacto.

Ethan estaba frente a ella, recostado en la silla, observándola con una mirada demasiado tranquila para alguien que, minutos antes, acababa de besarla.

No decían nada. Solo intercambiaban miradas.

Y, extrañamente, eso parecía suficiente.

Ethan fue el primero en romper el silencio.

— ¿Puedo llevarte a casa? — preguntó en voz baja.

Ava parpadeó, como si despertara de un pensamiento distante.

— No hace falta — respondió demasiado rápido.

Él frunció ligeramente el ceño, apareciendo una media sonrisa.

— ¿Qué pasa? — provocó con suavidad. — ¿Te da vergüenza que te vean conmigo ahora?

Ella abrió los ojos de par en par.

— ¡No! — respondió deprisa, sintiendo que el rostro se le calentaba. — Es solo que…

Se detuvo, buscando las palabras.

— Me pongo un poco nerviosa.

Ethan sonrió aún más.

— Está bien — dijo. — Vamos despacio. Sin prisa.

Ella asintió, vencida más por su tono que por el argumento.

Recogieron las cosas en silencio y salieron juntos de la biblioteca. No caminaban pegados, pero tampoco mantenían demasiada distancia. Era como si estuvieran aprendiendo un nuevo tipo de cercanía.

Afuera, el final de la tarde empezaba a enfriarse. Ava caminaba con la mochila colgada de un hombro, sintiendo el corazón ligero de una

forma extraña — casi irreal.

— Estás sonriendo — comentó Ethan.

Ella se llevó la mano al rostro, sorprendida.

— ¿Lo estoy?

— Lo estás — confirmó. — Mucho.

Desvió la mirada, riendo bajito.

— Para.

— No me quejo.

Cuando llegaron a su casa, Ava se detuvo un instante antes de subir los escalones del porche.

— Gracias — dijo, sincera. — Por hoy.

Ethan inclinó la cabeza.

— Yo te agradezco.

Ella entró antes de decir algo más.

En cuanto cerró la puerta, el olor a comida llenó el ambiente. La madre estaba en la cocina, removiendo una olla, el sonido suave de algo burbujeando en la estufa.

— Hola, hija — dijo sin girarse. — Llegaste temprano.

— Hola, mamá — respondió Ava, intentando mantener la voz normal.

Dejó la mochila cerca de la mesa y fue directo a la nevera, sirviéndose un vaso de agua. Sentía el corazón aún demasiado

acelerado para una conversación casual.

— ¿Qué sonrisa es esa? — preguntó la madre, girándose por fin.

Ava casi se atragantó.

— ¿Qué sonrisa?

— Esa — dijo la madre, divertida. — Estás diferente hoy.

Antes de que Ava pudiera responder cualquier cosa, una voz llegó desde lo alto de la escalera:

— ¿Ava?

Era Lily.

— Sube un segundo — añadió, con ese tono curioso que solo la hermana menor tenía.

Ava suspiró, aliviada por escapar de la cocina, y subió los escalones de dos en dos.

En cuanto entró al cuarto, Lily cerró la puerta detrás de ella con cuidado y cruzó los brazos, evaluándola de pies a cabeza.

— Bien — dijo, directa. — Ahora me vas a contar.

— ¿Contar qué? — intentó hacerse la desentendida Ava.

Lily arqueó una ceja.

— Entraste en casa sonriendo, tropezaste con la alfombra, casi te olvidaste de saludar a mamá…

Se acercó un paso.

— Y tus ojos están brillando. Eso solo pasa cuando ocurre algo MUY interesante.

Ava se llevó la mano al rostro, sintiendo el calor subir otra vez.

— Lily…

— Ava.

Respiró hondo.

— Nosotros… — empezó, dudando. — Nos besamos.

Lily abrió los ojos de par en par.

— ¿¡QUÉ!?

— ¡Shhh! — susurró Ava, mirando la puerta. — ¿Quieres que toda la casa lo oiga?

Lily se llevó las manos a la boca, saltando en el sitio en silencio.

— ¡NO LO CREO! — susurró, vibrando. — ¡LO SABÍA!

— No sabías nada — replicó Ava, riendo.

— ¡Sí sabía! — Lily se tiró en la cama. — Desde la cena sentí algo diferente.

Se sentó con las piernas cruzadas.

— ¿Cómo fue? Cuéntamelo todo. ¿Fue rápido? ¿Fue lento? ¿Fue como en las películas?

Ava se sentó en su propia cama, mirando al suelo un instante antes de sonreír sola.

— Fue… tranquilo — dijo. — De la manera correcta.

Lily suspiró, teatral.

— Ay, Dios mío. Mi hermana tuvo su primer beso y me lo perdí.

Ava le lanzó un cojín.

— ¡Para!

— No, en serio — continuó Lily, sentándose con las piernas cruzadas. — Estás feliz. Se nota.

Ava apoyó la espalda en el cabecero de la cama, mirando al techo.

— Estoy… en paz — respondió, sincera. — Por primera vez en mucho tiempo.

Lily sonrió, más suave esta vez.

— Entonces valió la pena.

Ava asintió despacio.

— Valió.

Poco después, Lily se levantó.

— Te voy a dejar soñar despierta en paz — dijo, yendo hacia la puerta. — Pero mañana quiero actualización completa. Sin saltarte detalles.

— Buenas noches, chismosa — respondió Ava.

— Buenas noches, chica besada — provocó Lily antes de salir.

Sola, Ava se quitó las zapatillas, dejó la mochila en el suelo y se tiró en la cama aún vestida. El cuarto estaba silencioso, iluminado solo por la luz suave del velador.

Sonrió al techo.

Era como si todavía sintiera el calor de aquel momento.

— Dios mío… — murmuró.

Y, abrazando la almohada, dejó que el pensamiento se acomodara, ligero y feliz, antes de cerrar los ojos.

DONDE SIEMPRE FUIMOS NOSOTROS

CAPÍTULO 16

Los días pasaron casi sin que Ava se diera cuenta.

Lunes se convirtió en martes.
Martes se convirtió en miércoles.
Y cuando se dio cuenta, ya era viernes otra vez.

Ella y Ethan empezaron a verse todos los días — en la escuela, en los pasillos, en el comedor, en la biblioteca. Siempre había una mirada que se encontraba, una sonrisa discreta, un saludo que parecía demasiado pequeño para lo que realmente significaba.

La biblioteca seguía siendo el punto de encuentro. Pero la verdad es que casi no estudiaban allí.

Los libros seguían abiertos sobre la mesa.
Las plumas seguían descansando junto a los cuadernos.

Pero el enfoque… ese se perdía con facilidad.

Entre una explicación y otra, surgían risas bajas. Comentarios sobre el día. Silencios cómodos.

A veces, Ava leía en voz alta solo para escuchar a Ethan fingir atención mientras la observaba.

— ¿Estás escuchando algo de lo que estoy diciendo? — preguntó ella una vez, sin levantar los ojos del libro.

— Sí — respondió él demasiado rápido.

Ella cerró el libro despacio y lo miró.

— Entonces dime qué fue lo que acabo de explicar.

Ethan parpadeó.

— Que… — se aclaró la garganta. — Te ves hermosa cuando estás concentrada.

Ava puso los ojos en blanco, pero sonrió.

Así era ahora.
Simple.
Natural.
Bueno.

Cuando no estaban juntos, se enviaban mensajes. Cosas pequeñas:

"¿Ya saliste de clase?"
"¿Viste esto?"
"La biblioteca está llena hoy."
"Voy para allá."

Para Ava, eso era nuevo.
Para Ethan, era… diferente.

Pero era un diferente bueno.

Nunca había sido de mandar mensajes solo porque sí. Nunca había extrañado a alguien antes incluso de irse. Nunca había contado las horas para que terminara la clase solo para sentarse en cualquier mesa y hablar de nada.

Ese viernes, estaban en la biblioteca como de costumbre. El sol de la tarde entraba por las ventanas altas, dejando todo dorado y demasiado tranquilo para un lugar que, técnicamente, era solo un espacio de estudio.

Ethan giraba la pluma entre los dedos, recostado en la silla, observando a Ava organizar los libros.

— Qué pena que hoy sea viernes — comentó.

Ella levantó la mirada.

— ¿Pena?

— Sí — dijo él, sincero. — Mañana no hay clases. Quería verte.

El corazón de Ava dio un pequeño salto.

— Me ves todos los días — respondió, intentando mantener un tono ligero.

— Aun así — insistió él. — Parece poco.

Ella desvió la mirada por un instante, sintiendo ese calor conocido expandirse por el pecho.

— Mañana es día de partido — continuó Ethan. — Podrías ir a verlo.

Ava frunció el ceño.

— No entiendo nada de fútbol americano.

— No hace falta — sonrió él. — Solo tienes que estar allí.

Ella pensó unos segundos.

— Voy — dijo al final.

La sonrisa de él se abrió de una forma distinta.

— ¿De verdad vas?

— Voy — confirmó. — Pero solo porque eres tú el que va a jugar.

Ethan soltó una risa baja, negando con la cabeza.

— Entonces ahora voy a tener que jugar todavía mejor.

— Ya lo haces — respondió ella.

Se quedaron en silencio un momento, intercambiando esa mirada que ya decía más que cualquier palabra.

Cuando la bibliotecaria carraspeó al fondo, recordándoles discretamente dónde estaban, Ava cerró el libro.

— Creo que por hoy ya estuvo bien — dijo.

— Creo — estuvo de acuerdo Ethan.

Caminaron juntos hasta la salida, lado a lado, sin prisa. En la puerta de la biblioteca, Ethan se giró hacia ella.

— Mañana, entonces.

— Mañana — respondió Ava.

Y mientras se alejaban en direcciones opuestas, ambos pensaban exactamente lo mismo:

Ya no se trataba solo de estar juntos.
Se trataba de querer continuar.

...

Ava ya estaba en casa cuando el celular vibró sobre el escritorio. Acababa de dejar la mochila en el suelo y aún llevaba el uniforme, sentada en la cama, cuando vio su nombre en la pantalla.

Ethan:

"Mañana hago un touchdown para ti."

Ava leyó el mensaje una vez.
Luego otra.

Y, antes de poder evitarlo, sonrió.

Una sonrisa tonta, de esas que aparecen sin pedir permiso.

Dejó el celular junto a la almohada y se dejó caer de espaldas sobre la cama, mirando al techo.

— Idiota… — murmuró para sí misma, aún sonriendo.

Pero no respondió.

No hacía falta.

...

El día siguiente llegó más rápido de lo que esperaba.

Ava despertó con esa sensación extraña de buena expectativa, como si algo importante estuviera a punto de suceder. El sol entraba por las rendijas de la cortina, iluminando el cuarto, y por un instante se quedó allí, acostada, reviviendo el mensaje de la noche anterior.

"Un touchdown para ti."

Se levantó, se duchó y eligió la ropa con más cuidado del habitual. Nada exagerado — unos jeans cómodos, tenis, camiseta básica.

Pero había algo distinto en la forma en que se arreglaba. Como si se estuviera preparando para algo que importaba.

Cuando salió del cuarto, encontró a Lily sentada en el sofá, usando el celular.

— Lily — llamó Ava, apoyándose en el marco de la puerta. — ¿Quieres ir conmigo al partido hoy?

La hermana levantó la cara de un salto.

— ¿¡El partido del equipo de la escuela?!

— Ese mismo.

— ¿¡Estás bromeando conmigo?!

Lily prácticamente saltó del sofá.

— ¡Claro que quiero!

Ava rió.

— Entonces ve a cambiarte. Pero nada de gritar demasiado, ¿ok?

— Ava… — Lily abrió una sonrisa traviesa. — Vas a ver jugar a tu casi-novio. Tengo el deber moral de gritar.

— ¡Lily!

Ava se quejó, pero ya estaba riendo también.

Minutos después, las dos salieron de casa. Lily apareció usando una camiseta azul con el número 7 estampado en la espalda.

— ¿De dónde sacaste eso? — preguntó Ava, sorprendida.

— La compré la semana pasada — respondió Lily, orgullosa. — ¿Y adivina qué? También traje una para ti.

Ava dudó medio segundo… y se la puso.

El número parecía pesado en el pecho.
Pero, al mismo tiempo, correcto.

...

El estadio de la escuela estaba lleno. No era grande, pero vibraba de energía. Las gradas estaban repletas de alumnos, padres, porristas y amigos del equipo.

El olor a palomitas, los gritos animados y la música alta llenaban el aire.

Ava se sentó junto a Lily, intentando parecer tranquila. Pero no lo estaba.

Cuando Ethan entró al campo, su corazón se aceleró. Parecía aún más seguro allí, con el casco bajo el brazo, el uniforme ajustado, la mirada concentrada.

Antes de que empezara el partido, levantó la vista hacia las gradas.

Y la encontró.

La sonrisa que le dedicó fue rápida, discreta. Solo para ella.

El juego empezó intenso. El equipo rival presionaba, pero el equipo de Ethan respondía con fuerza.

Ava no entendía todas las reglas, pero entendía una cosa: Ethan jugaba distinto.

Se movía con precisión, liderazgo, presencia.

Cada vez que tocaba el balón, su corazón daba un pequeño salto.

— ¡ES MUY BUENO! — gritaba Lily a su lado, completamente emocionada.

En el último cuarto, el marcador estaba apretado. La tensión era casi palpable.

Ava apretó las manos sobre el regazo, conteniendo la respiración.

La jugada empezó.

Ethan recibió el balón, corrió, esquivó a un adversario, aceleró como si el mundo se hubiera detenido a su alrededor.

Todo el estadio se levantó al mismo tiempo.

— ¡VAMOS! — murmuró Ava, sin darse cuenta.

Y entonces ocurrió.

Ethan cruzó la línea final.

Touchdown.

El estadio explotó en gritos.

Lily saltó, abrazando a Ava con fuerza.

— ¡LO HIZO! ¡LO HIZO!

Ava estaba de pie, riendo, con los ojos brillantes, el corazón desbocado.

Allí abajo, Ethan se quitó el casco y miró directo a las gradas. A ella.

Y llevó dos dedos a los labios antes de señalar discretamente en su dirección.

Ava sintió que el rostro se le calentaba.

El touchdown no fue solo una jugada perfecta.

Fue una promesa cumplida.

Y, en ese momento, lo supo:
eso era solo el comienzo.

El silbatazo final resonó por el estadio, y el marcador confirmó la victoria. Todo el equipo corrió hacia el centro del campo, gritos, abrazos, cascos lanzados al aire.

Las gradas aún vibraban cuando Ava vio a Ethan correr hacia ella. Subió los escalones de dos en dos, aún jadeante, el rostro sudado, los ojos verdes brillando de euforia.

Cuando llegó cerca, abrió una sonrisa amplia.

— Vinieron de verdad — dijo, mirando primero a Ava y luego a Lily.

— Claro que vinimos — respondió Lily antes que su hermana, emocionada. — ¡Estuviste increíble!

Ethan rió y se pasó la mano por el cabello, intentando recuperar el aliento.

— ¿Y tú? — preguntó, volviendo la mirada hacia Ava. — ¿Qué te pareció?

Ava sintió que el rostro se le calentaba. Cruzó los brazos, un poco cohibida.

— Tú… jugaste muy bien — dijo, sincera, pero casi demasiado tímida para alguien que acababa de verlo hacer historia en el campo.

La sonrisa de él se suavizó.

— Me alegra que lo hayas visto.

Algunos jugadores pasaron junto a ellos, gritando algo sobre fiesta, comida, celebración. Ethan hizo un gesto rápido, pidiendo un segundo, y volvió su atención a las dos.

— Vamos a salir con el equipo ahora — explicó. — Comer algo, celebrar. ¿Quieren ir?

Ava no necesitó pensarlo mucho.

— No — respondió con una sonrisa tranquila. — Este es tu momento. Ve con ellos. Celebra.

Ethan frunció ligeramente el ceño.

— ¿Estás segura?

— Lo estoy — asintió ella. — Te lo mereces.

Él guardó silencio un segundo, mirándola como si estuviera decidiendo algo importante.

— Mi celebración es donde tú estés — dijo, simplemente.

El corazón de Ava casi se le salió del pecho.

— Dios mío — murmuró Lily, llevándose la mano al pecho. — Es tan tierno que hasta ofende.

Los dos la miraron.

— Bien — continuó Lily, dando dos pasos hacia atrás. — Yo voy allí… a fingir que no existo unos minutos.

Le guiñó el ojo a Ava.

— Aprovecha.

— ¡Lily! — protestó Ava, pero su hermana ya bajaba los escalones, sonriendo sola.

El ruido alrededor parecía lejano ahora. Solo estaban Ethan y Ava, parados allí, con todo el estadio como escenario.

— Perdón — empezó Ava, un poco nerviosa. — Yo no quise—

No terminó la frase.

Ethan dio un paso adelante, sostuvo el rostro de ella con cuidado, como si temiera romper algo precioso… y la besó.

Allí.
Frente a todo el mundo.

El beso fue firme, pero aún dulce. Seguro, pero respetuoso.

Ava sintió que el mundo desaparecía otra vez — como en la biblioteca — solo que ahora había aplausos, silbidos y gritos de fondo.

Ella apoyó la mano en la camiseta de él casi sin darse cuenta.

Cuando se separaron, ambos sonreían.

— Creo que ahora todo el mundo lo sabe — dijo Ethan, apoyando la frente en la de ella.

— ¿Sabe qué? — preguntó Ava, aún intentando recuperar el aliento.

— Que ese touchdown… — sonrió él. — Fue solo el comienzo.

Y, a lo lejos, Lily gritaba para quien quisiera oírla:

— ¡YO LO SABÍA!

Los amigos de Ethan llegaron enseguida, aún riendo y empujándose, llenos de adrenalina.

— ¡FELICIDADES, CAPITÁN! — gritó Jake, dándole una palmada en el hombro. — ¡Jugaste como nunca!

— Y felicidades a ti también — añadió Michaels, mirando a Ava con una sonrisa maliciosa. — Parece que ahora tenemos a la primera dama del equipo.

Ava sintió que el rostro se le calentaba al instante.

— Yo… — empezó, pero terminó solo sonriendo, cohibida.

— ¡Vamos a celebrar! — anunció Logan. — Cafetería del centro. Todo el mundo ya va para allá. ¿Vienen?

Ethan respiró hondo y negó con la cabeza.

— No voy.

Los tres se detuvieron al mismo tiempo.

— ¿Cómo que no vas? — Jake abrió los ojos. — ¡Acabas de ganar el partido!

— Lo sé — respondió Ethan, mirando a Ava, serio y calmado al mismo tiempo. — Pero tengo algo más importante que hacer.

Ava frunció el ceño.

— ¿Qué?

Él se giró hacia ella, sin importarle quién estuviera escuchando.

— Necesito ir a tu casa.

— ¿Para qué? — preguntó ella, con el corazón desbocado.

Ethan sonrió, de ese modo seguro que hacía que todo alrededor pareciera más pequeño.

— Para pedirle permiso a tu padre para que seas mi novia.

El mundo pareció detenerse.

Ava se quedó inmóvil un segundo, completamente sin palabras. Los amigos quedaron en silencio absoluto.

— Caray… — murmuró Jake. — ¿Este es el mismo Ethan?

Ava finalmente logró reír, aún sorprendida.

— Estás loco — dijo en voz baja.

— Tal vez — respondió él. — Pero hablo en serio.

Y, por primera vez, Ava no sintió ningún miedo de lo que vendría después.

DONDE TODO COMENZÓ

CAPÍTULO 17

Las semanas pasaron demasiado rápido. Rápidas como los días llenos de exámenes, trabajos entregados a último momento, autorizaciones firmadas a las apuradas y conversaciones sobre el futuro que surgían entre una clase y otra.

La graduación ya no era una idea lejana — era un compromiso marcado, una fecha rodeada en el calendario, un recordatorio constante de que ese ciclo estaba llegando a su fin.

El noviazgo de Ava y Ethan ahora era oficial. Ya no había dudas, susurros ni miradas curiosas. Caminaban juntos por los pasillos, estudiaban uno al lado del otro, se enviaban mensajes durante la madrugada hablando de planes que, por primera vez, parecían posibles.

Las aprobaciones comenzaron a llegar. Respuestas esperadas durante meses finalmente aparecían en las bandejas de entrada. La vida seguía adelante, apresurada, llena de decisiones.

Y, aun así, Ava tenía la certeza de una cosa:

desde aquel día del partido, nada había sido igual.

Esa noche, después de que el estadio se vació y el ruido de la hinchada quedó atrás, los tres siguieron caminando juntos en dirección a la casa de Ava. El barrio estaba tranquilo, iluminado por

los postes, con algunas ventanas aún encendidas y el sonido distante de una televisión en alguna sala de estar.

Ava caminaba con los hombros tensos, los dedos entrelazados frente al cuerpo. Lo sabía. Sabía exactamente lo que iba a pasar — y eso la ponía más nerviosa que cualquier examen final.

— Estás caminando raro — comentó Lily, saltando un escalón imaginario de la vereda. — Parece que vas a huir.

— No voy a huir — respondió Ava demasiado rápido. — Yo solo… estoy nerviosa.

Lily abrió una sonrisa enorme.

— ¡Claro que lo estás! — dijo, emocionada. — ¡Esto es enorme!

Ava lanzó una mirada angustiada hacia Ethan.

— ¿Estás seguro de esto? — preguntó, bajando la voz. — No tienes que hacer esto hoy.

Ethan caminaba con las manos en los bolsillos, serio, concentrado.

— Lo estoy — respondió. — Y necesito hacerlo.

— Mi papá se va a poner serio — dijo Ava, casi en un susurro. — Sabes cómo es.

— Lo sé — estuvo de acuerdo Ethan. — Pero no voy a fingir que esto no importa.

Lily giró sobre sus propios pies y empezó a caminar de espaldas, mirando a los dos.

— Gente, esto es tan bonito que estoy a punto de llorar.

— Lily — protestó Ava. — No ayudas.

— Claro que ayudo — replicó Lily. — Mamá va a estar súper tranquila. Ya le cae bien.

Ava suspiró.

— Cuando llegue tu turno, quiero verte decir eso con toda esa tranquilidad.

Lily se encogió de hombros.

— Cuando llegue mi turno, voy a estar preparada.

Ethan sonrió apenas, pero enseguida volvió a ponerse serio.

— Ava — dijo, deteniéndose un instante. — No quiero hacer nada a escondidas. Quiero entrar en esa casa sabiendo que estoy haciendo lo correcto.

Ella lo miró durante unos segundos, con el corazón apretado.

— Eres muy decidido — murmuró.

— Por ti — respondió él.

La casa ya estaba a la vista. Ava sintió que el estómago se le revolvía.

— Entonces… es esto — dijo, respirando hondo.

— Lo es — confirmó Ethan.

La madre de Ava abrió la puerta apenas llegaron. Lily entró primero, animada como siempre.

— ¡Buenas noches! — anunció.

Ethan se aclaró la garganta.

— Señora Carter… ¿podría hablar un momento con usted y con el señor Carter?

Ava sintió que el corazón se le aceleraba.

El padre apareció enseguida, serio, observador.

— Pasen — dijo.

Lily subió las escaleras casi corriendo.

— Voy a fingir que no estoy curiosa — gritó.

En la sala, Ethan se quedó de pie. Ava también. El silencio parecía más pesado de lo que debería.

— Sé que debería haber avisado antes — empezó Ethan, con la voz firme a pesar del nerviosismo. — Pero pensé que esta conversación no podía esperar.

— ¿Sobre qué? — preguntó el padre, cruzando los brazos.

— Sobre Ava — respondió Ethan, sin dudar.

Ava contuvo la respiración.

— Me importa mucho su hija — continuó él. — No es algo pasajero. Respeto quién es, sus planes, sus límites. Y vine a pedirles permiso para salir con ella.

El padre mantuvo el rostro serio durante largos segundos. Caminó por la sala, pensativo.

— ¿Entiendes que esto no es un juego? — preguntó.

— Lo entiendo — respondió Ethan. — Y si algún día hago que Ava se sienta menos de lo que merece, acepto cualquier consecuencia.

La madre de Ava observaba en silencio, visiblemente emocionada.

El padre suspiró hondo… y entonces abrió los brazos.

— Nadie en esta familia quiere ver a Ava de cualquier manera — dijo. — Queremos verla feliz. Y si tú eres capaz de eso…

Abrazó a Ethan con firmeza.

— Cuida bien de ella.

Ava sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas.

— Te dije que ibas a sobrevivir — murmuró ella a Ethan después, aún temblando.

Él sonrió.

— Te dije que necesitaba hacer esto.

Y allí, en ese camino que comenzó con pasos nerviosos y terminó con alivio, Ava tuvo la certeza:

no fue solo una petición de noviazgo.
Fue el comienzo de todo.

Algunos días después, fue el turno de Ava de cruzar un territorio nuevo.

Ethan pasó a buscarla al final de la tarde, nervioso de una forma distinta a la habitual. No era el nerviosismo confiado del partido, ni la tensión leve de los exámenes. Era algo más íntimo, más expuesto.

— Mi mamá hizo una cena especial en casa — avisó mientras caminaban. — Ella… se enteró.

— ¿Enteró de qué? — preguntó Ava, ya imaginando.

— De que estoy saliendo con alguien. — Sonrió de lado. — Oficialmente.

El corazón de ella se calentó.

La casa de él era sencilla, pero viva. Luces encendidas, olor a comida rica escapando por la puerta, voces al fondo.

Apenas entraron, una mujer de sonrisa fácil y mirada atenta apareció en la cocina, secándose las manos con el repasador.

— Así que tú eres — dijo, antes incluso de que Ethan pudiera hablar.

Ava se quedó inmóvil por un segundo.

— Mamá… — empezó Ethan.

— Sé quién eres — lo interrumpió la mujer, acercándose. — Ethan habló de ti. Y mira… — sonrió, sincera — conozco el historial de mi hijo. Sé cómo siempre ha sido. Pero nunca trajo a nadie aquí. Nunca. Así que… gracias por ser la primera.

Ava sintió que el rostro se le calentaba.

— Es un placer conocerla — dijo, educada.

— El placer es mío. Puedes llamarme Mara.

Ethan respiró aliviado.

— Ven — dijo, tomando a Ava de la mano. — Quiero mostrarte el resto de la casa.

En la sala, un hombre se levantó del sofá.

— Él es mi padre — dijo Ethan con firmeza, señalándolo. — Quiero decir… mi padrastro. Pero es mi padre.

El hombre sonrió, visiblemente orgulloso.

— Mucho gusto, Ava. — Extendió la mano. — Y gracias por hacer que este chico entre en razón.

— ¡Eh! — protestó Ethan.

Ava rió, estrechándole la mano.

— Lo estoy intentando — respondió, siguiendo la broma.

Antes de que pudiera decir algo más, dos niños aparecieron corriendo por el pasillo, casi chocando con ella.

— GUAU — dijo uno de ellos, abriendo los ojos. — Es hermosa.

— Muy hermosa — confirmó el otro, cruzándose de brazos.

— Oigan, nada de coquetear — advirtió Ethan, riendo.

— Somos niños, no coqueteamos — respondió uno, convencido. — Solo observamos.

Ava se agachó un poco para quedar a su altura.

— Ustedes deben ser los famosos gemelos.

— Yo soy Luke — dijo uno, señalándose.

— Y yo soy Noah — sonrió el otro.

— ¿Vas a cenar con nosotros? — preguntó.

— Voy — respondió Ava.

— Entonces ya eres de la familia — decretó Luke.

La cena fue ligera, llena de risas e historias antiguas de Ethan que lo dejaron levemente avergonzado. Ava escuchaba todo con atención, dándose cuenta de cuánto aquel ambiente era distinto de lo que había imaginado: ruidoso, a veces caótico, pero lleno de afecto.

En cierto momento, Mara observó a los dos en silencio y comentó:

— Nunca vi a mi hijo así. Tan… presente.

Ethan apretó la mano de Ava debajo de la mesa. Ella sonrió.

Allí, entre platos sencillos, risas espontáneas y miradas cómplices, Ava entendió que no solo estaba conociendo a su familia. Estaba siendo acogida por ella.

Los días siguientes siguieron transcurriendo dentro de los mismos pasillos que habían visto todo comenzar. La escuela seguía siendo el centro de todo. Las clases finales, los últimos trabajos, las conversaciones que empezaban hablando de exámenes y terminaban en recuerdos.

Ava y Ethan seguían viéndose todos los días allí — en el mismo edificio, en las mismas aulas — como si ese lugar intentara despedirse de ellos poco a poco.

Estudiaban juntos en la biblioteca después de clase, se sentaban uno al lado del otro en el comedor, caminaban por los pasillos sin prisa, incluso cuando ya había sonado el timbre.

A veces hablaban del futuro; otras, simplemente caminaban en silencio, como si quisieran guardar cada detalle de ese último año.

— ¿Te diste cuenta de que todo aquí parece más pequeño ahora? — comentó Ava una vez, mirando a su alrededor en el pasillo principal.

— O tal vez nosotros hayamos crecido — respondió Ethan.

A ella le gustó esa respuesta.

La rutina escolar continuaba, pero había algo distinto en el aire. Una cuenta regresiva silenciosa.

Cada semana, aparecían carteles sobre la graduación en los murales. Los profesores se despedían con discursos emocionados disfrazados de avisos simples. Los alumnos reían más fuerte, como si intentaran alejar el final.

Y entonces, casi sin aviso, el día llegó.

El gran día.

El auditorio estaba lleno, decorado en tonos de azul y blanco. Los padres ocupaban las primeras filas, celulares en mano, ojos humedecidos.

Ava estaba sentada entre los compañeros de su curso, usando la toga azul que parecía demasiado pesada para el momento. El birrete se deslizaba levemente sobre su cabello, y ella acomodó la visera más de una vez, intentando contener el nerviosismo.

El corazón le latía con fuerza. No era miedo.
Era conciencia.

Conciencia de que ese instante marcaba el final de todo lo que había sido familiar.

Ava respiró hondo y miró alrededor. Rostros conocidos. Personas con las que había compartido años de rutina, exámenes, risas y secretos. Algunos conversaban en voz baja. Otros solo observaban el escenario en silencio.

Entonces miró hacia adelante.

Y lo vio.

Ethan estaba en el escenario, también vistiendo la toga azul, en una posición destacada. Postura erguida. Expresión seria, pero serena. No parecía nervioso — parecía listo.

Ava sintió un nudo agradable en el pecho al recordar que había sido elegido como el orador de la promoción.

El chico que casi reprobó química.
El chico de las apuestas.
El chico que había cambiado todo.

Ahora allí, frente a todos.

Ethan buscó algo en el público con la mirada — y encontró a Ava. Por un segundo, solo un segundo, su expresión seria se quebró en una sonrisa pequeña, solo para ella.

Ava le devolvió la sonrisa, sintiendo que los ojos se le llenaban de lágrimas.

Sabía que, cuando él empezara a hablar, no sería solo sobre la escuela. Sería sobre todo lo que los había llevado hasta allí.

Ethan respiró hondo frente al micrófono. El auditorio estaba en silencio absoluto cuando llevó la mano al atril, ajustándolo levemente.

Por un instante, observó al público lleno — padres, profesores, compañeros, rostros conocidos desde la infancia. Luego sonrió de lado, como si recordara algo.

— Buenas noches — comenzó, con la voz firme, resonando en el salón. — Si alguien me hubiera dicho, hace algunos meses, que estaría aquí hoy… hablando con ustedes… me habría reído.

Algunas personas rieron con él.

— No una risa educada — continuó. — Una risa estúpida. De esas que uno suelta cuando cree que alguien está claramente equivocado.

Más risas suaves se extendieron.

Ethan respiró hondo.

— Esta escuela me conoce desde pequeño. Desde mucho antes de que supiera qué quería ser. Crecí en este barrio. Caminé por estos pasillos creyendo que mi futuro ya estaba totalmente decidido… y que cabía dentro de un campo de fútbol.

Hizo una pausa.

— Y durante mucho tiempo, así fue. Fútbol. Entrenamiento. Partido. Victoria. Derrota.

Pero esta escuela me enseñó algo que tardé en entender: que aprender no es solo responder preguntas… es aprender a hacer mejores preguntas.

Algunos profesores intercambiaron miradas emocionadas.

— Fue aquí donde aprendí a preguntarme quién quería ser fuera del uniforme. Fue aquí donde aprendí a escuchar. A insistir. A no rendirme cuando alguien decía que no era lo suficientemente bueno en algo.

Sonrió.

— Sobre todo cuando algunas profesoras… — miró hacia una fila específica — insistieron conmigo más de lo que yo mismo insistía.

Los aplausos resonaron en el auditorio.

— A los profesores, coordinadores y empleados de esta escuela: gracias por no rendirse con quienes, muchas veces, dieron

demasiado trabajo.

Más risas. Más aplausos.

— A nuestras familias — continuó, ahora con la voz un poco más baja — gracias por creer, incluso cuando decíamos que todo estaba bajo control… y claramente no lo estaba.

Algunos padres se secaron los ojos.

Y entonces Ethan respiró hondo una vez más.

— Pero no estaría siendo honesto conmigo mismo si no agradeciera algo — o mejor dicho, a alguien — que lo cambió todo para mí aquí dentro.

El auditorio quedó completamente en silencio.

Ethan bajó un poco la mirada, como organizando las palabras, y luego volvió a levantar la cabeza.

— Lo mejor que encontré en esta escuela no fue un trofeo. No fue una victoria. No fue un partido perfecto.

Ava sintió que el corazón se le aceleraba.

— Fue una persona.

Él la buscó con la mirada. La encontró.

— Fue alguien que me enseñó que la inteligencia no disminuye a nadie. Que el esfuerzo importa. Que el carácter importa. Que ser visto de verdad… lo cambia todo.

Ava sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas.

— Ava — dijo él, sin rodeos.

Un murmullo recorrió el auditorio.

— Gracias por verme cuando ni siquiera sabía cómo mirarme a mí mismo. Gracias por ser paciente, firme, verdadera. Gracias por haber transformado este lugar — que era solo una escuela — en donde todo realmente comenzó para mí.

Los aplausos llegaron fuertes. Intensos. Sinceros.

Ava dejó escapar una lágrima, sin importarle. Lily, algunas filas más atrás, aplaudía con fuerza, demasiado orgullosa para ocultarlo.

Ethan sonrió, emocionado, y concluyó:

— Para todos nosotros… que esto sea solo el comienzo. Gracias.

El auditorio se puso de pie entre aplausos.

Cuando Ethan bajó del escenario, no regresó directo a su lugar marcado. Caminó por el pasillo central hasta las filas de la promoción. Se sentó junto a Ava, aún con el corazón acelerado.

— Te dije — murmuró, inclinándose hacia ella. — Que todo comenzó aquí.

Ella rió entre lágrimas.

— Eres imposible — susurró.

— Pero soy tuyo.

Ava no respondió con palabras. Solo se inclinó y lo besó allí mismo, en medio de la graduación, mientras los aplausos aún resonaban — no por el discurso, no por la escuela, sino por todo lo que habían construido juntos.

Y, en ese instante, Ava lo supo:

el futuro estaba abierto.
Y no tendría miedo de caminar dentro de él.

EPÍLOGO

Un Año Después…

Había pasado un año.

A veces, Ava todavía se encontraba detenida frente al espejo del dormitorio, sosteniendo el cepillo de cabello en el aire, como si el tiempo se hubiera atragantado. La imagen reflejada seguía siendo ella: el mismo rostro, los mismos ojos atentos, el mismo cabello castaño miel que ahora llevaba más suelto que antes. Pero había algo distinto — una tranquilidad silenciosa que no existía en el último año de la secundaria.

Recordaba con demasiada nitidez el día en que todo comenzó: el timbre en el pasillo, el papel arrugado en el bolsillo, la biblioteca que olía a papel antiguo y madera encerada. El recuerdo de Ethan, entrando como si el mundo hubiera sido hecho para notar su presencia, todavía provocaba una especie de sacudida suave en su memoria.

Solo que ahora… ahora su historia ya no era un capítulo aislado.

Se convirtió en vida.

Después de la graduación, la rutina que ella creía que sería estable se derrumbó — y en su lugar se levantó algo nuevo, más grande, más aterrador y, al mismo tiempo, más cierto que cualquier plan que Ava hubiera trazado.

Ethan fue el primero en irse.

La beca para jugar fútbol americano en la universidad llegó rápido, como si el universo hubiera decidido acelerar sus pasos. La noticia llegó en una tarde calurosa, con el teléfono vibrando en el bolsillo del jean de Ava mientras estaba en el patio ayudando a su madre a tender la ropa.

Cuando vio "Ethan" en la pantalla, sonrió incluso antes de contestar.

— Ava — dijo él, sin poder respirar bien. — Yo… lo logré.

Ava se detuvo por completo.

— ¿Lograste qué?

— La beca. La beca completa. — Su voz se quebró, como si fuera a reír y llorar al mismo tiempo. — Voy a la universidad. Voy a jugar. Yo voy a…

Ava sintió que le ardían los ojos.

— Ethan — susurró. — Eso es increíble.

— Tengo miedo — confesó él, tan bajo que ella casi no lo oyó.

Ethan Ryder, el chico que parecía no temerle a nada, diciendo eso con una sinceridad desnuda.

Ava apoyó el hombro en la pared y cerró los ojos.

— No tienes que ser perfecto todo el tiempo — dijo. — Solo tienes que ir. Vas a ser increíble.

Hubo silencio del otro lado.

— Ojalá pudiera estar abrazándote ahora — murmuró.

Ava sonrió, una sonrisa pequeña, íntima.

— Yo también.

Los primeros días lejos fueron difíciles.

La rutina de él se volvió una máquina: entrenamientos temprano, clases, más entrenamientos, reuniones, fisioterapia, dieta estricta, informes de rendimiento. Llamaba por la noche, a veces tan cansado que la voz se volvía más baja, más lenta.

— Estoy destruido — decía, y Ava imaginaba su cuarto en la nueva ciudad: maletas abiertas, ropa tirada, el brillo de la pantalla del celular iluminando su rostro.

— ¿Pero estás feliz? — preguntaba ella, siempre.

Ethan soltaba un suspiro.

— Estoy.

— Y luego completaba, como si esa fuera la parte más importante:
— Pero te extraño.

Ava, del otro lado, vivía una rutina distinta — pero igual de llena.

Todavía no se había ido de casa, pero la vida parecía una cuenta regresiva. Pasaba horas estudiando para ingresar a Ciencias Médicas, repasando materias con la misma disciplina que la había hecho ser "la mejor alumna del curso" toda su vida.

Sus padres estaban orgullosos, Lily se jactaba con sus amigas, y Ava intentaba mantener los pies en la tierra, repitiéndose que los sueños grandes exigen pasos grandes.

Pero en esa etapa, lo que más sorprendía a Ava no era la distancia.

Era la constancia.

Ethan no desapareció. No se enfrió. No se convirtió en un recuerdo.

Se convirtió en presencia — incluso estando lejos.

Mensajes por la mañana:

Ethan: "Buen día, jefa. ¿Ya desayunaste?"

O a mitad de la tarde:

Ethan: "Vi un libro de química y pensé en ti. ¿Eso es normal?"

Y por la noche, siempre que podía:

Ethan: "Cuéntame algo de tu día. Cualquier cosa. Me gusta oír tu voz."

Ava encontraba eso… aterrador y hermoso.

Porque una parte de ella todavía esperaba que las cosas buenas terminaran. Una parte de ella todavía recordaba la apuesta, el pasado, la forma en que la confianza se había roto antes de ser reconstruida.

Pero Ethan, de alguna manera, arreglaba todo — no con grandes discursos, sino con repetición.

Con presencia.

Con elecciones.

Y entonces, como si el mundo pensara que no era suficiente, llegó el segundo giro.

La invitación a un equipo famoso.

La noticia llegó una noche de martes. Ava estaba sentada en la cama, rodeada de libros y post-its de colores, cuando sonó el celular.

Al ver su nombre, atendió de inmediato.

— Hola.

Del otro lado, silencio.

— ¿Ethan?

— Estoy sentado en el estacionamiento del campus — dijo, con la voz extraña. — Acabo de salir de una reunión.

Ava se enderezó.

— ¿Pasó algo?

Él rió — pero era una risa nerviosa, sin gracia.

— Un equipo… — empezó, y se detuvo. — Un equipo profesional me quiere.

Ava se quedó sin aire.

— ¿Qué?

— No es una broma. — Su voz tembló. — Pensé que era una trampa, o que había entendido mal, pero… no. Me quieren. Tengo que… tengo que tomar una decisión.

Ava se llevó la mano a la boca.

— Ethan, eso es… eso es gigantesco.

— Lo sé. — Tragó saliva. — Debería estar gritando de felicidad. Pero solo estoy… paralizado.

Ava cerró los ojos, sintiendo el peso del momento.

— ¿Tú quieres eso? — preguntó.

Él respiró hondo.

— Lo quiero. Lo quiero mucho. Pero yo… — dudó. — Pienso en ti. En lo que eso hace con nuestra vida. No quiero dejarte atrás.

Ava abrió los ojos, firme.

— No me estás dejando atrás. Estás yendo adelante. Y yo voy contigo.

— Lo dices como si fuera fácil.

— No es fácil — respondió Ava, sincera. — Pero prefiero lo difícil contigo que lo fácil sin ti.

Del otro lado, Ethan guardó silencio por unos segundos.

— Siempre me ganas con eso — murmuró.

Ava sonrió, con los ojos llenos de lágrimas.

— Soy tu tutora, ¿recuerdas?

Ethan rió, y esta vez fue una risa real.

Aceptó.

Se mudó de ciudad.

Entró al equipo.

Y, en pocos meses, parecía que el nombre Ethan Ryder había sido estampado en el mundo.

Se volvió tema en redes sociales, en programas deportivos, en noticias. Su madre enviaba recortes y hacía capturas para mostrárselas a Ava.

Lily, que ahora tenía una colección de fotos de él pegadas en el interior del armario, se jactaba con las amigas como si también fuera su hermana.

— Es prácticamente de la familia — decía Lily. — Yo lo aprobé primero, ¿ok?

Ava solo reía, intentando fingir que no se derretía por dentro.

Y entonces… llegó el tercer giro.

El más íntimo.

El que no tuvo cámaras, ni hinchada, ni gritos.

Tres meses después de que Ethan fuera aceptado oficialmente en el equipo, volvió de visita.

Ava lo supo antes que nadie — porque él envió un mensaje cuando el avión aterrizó.

Ethan: "No le digas a nadie. Quiero sorprenderte."

Ava casi explotó.

Pasó todo el día en estado de alerta, con el corazón acelerado, fingiendo normalidad.

Y cuando finalmente oyó el timbre, todo dentro de ella se volvió agua.

Abrió la puerta y ahí estaba Ethan.

Guapo, más alto (o tal vez ella estaba más sensible), con el cabello desordenado como siempre y esa mirada que parecía decir "llegué a casa".

Ava no dijo nada.

Solo corrió y lo abrazó.

Ethan hundió el rostro en el cabello de ella y se quedó allí un rato, respirando.

— Extrañé el olor de tu casa — dijo, en voz baja.

— Estás loco — respondió Ava, riendo y llorando al mismo tiempo.

— Lo sé.

Esa noche, después de la cena, después de las risas con sus padres, después de que Lily intentara hacer mil preguntas fingiendo madurez, Ethan y Ava se quedaron sentados en el sofá de la sala, las luces bajas, la casa en silencio.

Ava apoyó la cabeza en el hombro de él.

— Estás diferente — murmuró.

— Estoy más cansado — dijo él. — Pero… soy más yo.

Ava sonrió.

— Me gusta este tú.

Ethan se quedó callado un momento. Ava sintió que él movía la mano, inquieto.

— Ava…

— ¿Sí?

Él giró el rostro y la miró con seriedad. No era la mirada del chico bromista de la escuela. Era la mirada de alguien que había visto al mundo acelerarse y, aun así, había elegido detenerse en ese instante.

— No quiero que nuestra vida sea solo nostalgia y aeropuertos — dijo.

Ava parpadeó.

— ¿Qué quieres decir?

Ethan tragó saliva. Ava notó un temblor mínimo en su respiración.

— Quiero construir. — Respiró hondo. — Quiero llevarte conmigo. Quiero que estés a mi lado cuando las cosas sean buenas y cuando sean difíciles.

Ava se quedó inmóvil, sintiendo el corazón latir tan fuerte que parecía que el sofá vibraba.

— Ethan…

Él abrió la mano, revelando una cajita pequeña.

Ava se llevó ambas manos a la boca, en shock.

— ¿Tú estás…?

No logró terminar.

Ethan sonrió, nervioso, sincero, vulnerable.

— Sé que somos jóvenes — dijo rápido. — Sé que esto puede parecer demasiado grande. Pero… — La miró a los ojos. — Ava, tú eres lo más cierto que he sentido en mi vida. Tú no me salvaste. Me despertaste. Me hiciste querer ser mejor sin disminuirme. Me hiciste… ser.

Ava sintió caer una lágrima.

— No te estoy pidiendo prisa. — Ethan pasó el pulgar por la mejilla de ella. — Te estoy pidiendo futuro.

Abrió la cajita. El anillo brillaba discreto, elegante, como si fuera una promesa sólida.

— ¿Quieres construir esto conmigo? — preguntó.

Ava no pensó.

No analizó.

Solo… supo.

— Sí — dijo, con la voz quebrada. — Sí, Ethan.

Ethan cerró los ojos por un segundo, como si ese "sí" hubiera curado algo antiguo dentro de él.

Luego rió — una risa aliviada — y apoyó la frente en la de ella.

— Acabas de ponerme más nervioso que cualquier partido — confesó.

Ava rió entre lágrimas.

— Entonces espero que estés listo.

Él colocó el anillo en su dedo con cuidado, como si sostuviera algo frágil y precioso.

Ava miró su propia mano y se quedó sin palabras.

Ethan besó su frente.

— Mi prometida — susurró, como si quisiera saborear la palabra.

Ava casi se desmayó de emoción.

— Cállate — murmuró, riendo, escondiendo el rostro en el cuello de él.

No se lo contaron al mundo esa noche.

No de inmediato.

Fue de ellos primero.

Fue íntimo.

Fue calmo.

Y cuando Lily lo descubrió al día siguiente, gritó tan fuerte que la madre apareció corriendo creyendo que había ocurrido alguna tragedia.

— ¿¡DIJO QUE SÍ?! — gritó Lily.

Ava intentó taparle la boca.

— ¡Lily!

— ¡YO LO SABÍA! ¡YO LO SABÍA! — Lily saltaba como si hubiera ganado la lotería.

Ethan, con la mayor cara de orgullo, solo dijo:

— Yo fui aprobado por ella primero.

Y Lily lo señaló:

— Exacto. Yo soy la máxima autoridad de esta familia.

Ava puso los ojos en blanco.

Pero sonreía.

Porque era feliz.

Y ese era el punto.

Ese año, la felicidad no llegó perfecta.

Llegó real.

Hubo nostalgia.
Hubo inseguridad.
Hubo miedo.

Hubo días en que Ava recibió un "buenas noches" por teléfono y se quedó mirando la pantalla apagada como si pudiera acortar la distancia con fuerza de voluntad.

Hubo noches en que Ethan, exhausto, se derrumbó en una llamada:

— No sé si aguanto la presión, Ava.

Y ella respondió:

— Entonces respira conmigo. Un paso a la vez. No estás solo.

Hubo días en que Ava se bloqueó con una redacción, entró en pánico por una nota, y Ethan mandó un audio riendo:

— Ava Carter… eres la persona más inteligente que conozco. Y vas a lograrlo. Solo… deja de intentar cargar el mundo sin pedir ayuda.

Y ella respondió con rabia fingida:

— ¿Ahora das consejos?

Ethan:

— Aprendí con la mejor tutora.

Y finalmente llegó el día del cumpleaños de Ava.

Diecinueve años.

Ava despertó con mensajes, llamadas, Lily saltando encima de ella, la madre preparando un desayuno que parecía fiesta, el padre fingiendo no emocionarse.

Pero el regalo más importante llegó en la bandeja de entrada del correo electrónico.

Lo abrió con la mano temblando.

Aprobada. Ciencias Médicas.

Leyó.

Releyó.

Y volvió a leer.

Luego se sentó en la cama y lloró.

No de tristeza.

De alivio.

De realización.

De orgullo.

De ese sentimiento que solo aparece cuando uno se da cuenta de que todo lo que hizo, todo lo que aguantó, todo lo que soñó… valió la pena.

Llamó a Ethan en ese mismo instante.

Él atendió al primer tono.

— Feliz cumpleaños, mi amor — dijo, y su voz ya sonaba sonriente.

Ava rió y lloró.

— Pasé.

Silencio.

Un silencio incrédulo, seguido de un ruido fuerte — como si hubiera golpeado algo.

— ¿Pasaste? — gritó Ethan. — ¡Ava, pasaste!

— ¡Pasé! — rió ella. — Pasé en tres… pero elegí Boston.

— Voy a buscarte personalmente a la puerta del aeropuerto — dijo él, sin dudar. — Lo juro.

Ava respiró hondo.

— Ethan… ¿puedes creer que me voy?

— Lo creo — respondió él. — Esperé este momento. Te esperé a ti.

Entonces llegó la pregunta práctica que escondía una emoción gigante:

— ¿Ya cerraste las maletas?

Ava rió.

— Sí. Dos veces. Mi mamá revisó todo otra vez. Y Lily… Lily finge que no va a llorar.

— ¿Finge? — Ethan soltó una carcajada. — No me creo eso ni por un segundo.

— Yo tampoco.

El día pasó demasiado rápido para Ava y demasiado lento para Ethan.

Para Ava, fue como estar dentro de un remolino: documentos, maletas, despedidas, abrazos, foto con Lily, la madre diciendo veinte veces "escríbeme cuando llegues", el padre intentando parecer tranquilo.

Para Ethan, fue como si el reloj se hubiera detenido solo para provocarlo.

Envió mensajes:

Ethan: "Estoy contando los minutos."

Luego:

Ethan: "¿Ya estás en el auto?"

Luego:

Ethan: "Estoy ridículo. Estoy nervioso."

Ava respondió con una foto de la maleta y un "deja el drama".

Ethan: "¿Drama? Soy un hombre enamorado."

Ava sonrió tanto que dolió.

En el aeropuerto, la despedida fue intensa.

La madre abrazó a Ava como si quisiera coser esa presencia en el pecho.

— Siempre fuiste valiente — susurró. — Ahora lo serás aún más.

El padre besó su frente.

— Hazme sentir orgulloso — dijo. — Y… cuida también de tu corazón.

Ava asintió, sin poder hablar.

Lily fue la última.

La apretó fuerte, con las lágrimas escapando por fin.

— Te vas a convertir en doctora — dijo Lily. — Y voy a decirle a todo el mundo que fue mi hermana la que se volvió médica, ¿ok? Voy a ser insoportable.

Ava rió llorando.

— Ya lo eres.

— Exacto.

En el avión, Ava se sentó junto a la ventana.

Ajustó el cinturón, sostuvo la correa de la mochila con fuerza.

El motor empezó a rugir.

Y cuando el avión se elevó del suelo, miró su mano izquierda.

El anillo brillaba discretamente.

Una promesa.

Un futuro.

Cerró los ojos y respiró.

Boston la esperaba.

Ethan la esperaba.

Horas después, cuando salió por la puerta de desembarque, fue como entrar en otro mundo.

La ciudad parecía más grande, más fría, más rápida. La gente caminaba con prisa. El aire tenía un olor distinto.

Y Ava sintió un cosquilleo en el estómago que no era miedo — era vida.

Buscó a Ethan entre la multitud.

Y entonces lo vio.

Estaba apoyado en un pilar, usando una chaqueta oscura, con una sonrisa que iluminaba todo.

Cuando sus ojos se encontraron con los de ella, fue como si el ruido alrededor disminuyera.

Ethan abrió los brazos.

Ava corrió.

Él la levantó en el aire, dio una vuelta y la apretó con fuerza.

— Bienvenida — dijo contra su cabello. — Bienvenida de verdad.

Ava rió.

— Me estás aplastando.

— Esperé un año para esto.

La soltó solo lo suficiente para mirarla a los ojos.

— No voy a desperdiciar ni un segundo.

En el auto, Ava observaba la ciudad como quien observa un sueño.

Edificios altos, luces, calles anchas, carteles que aún no conocía, el frío entrando por las rendijas, la música baja en la radio.

Ethan conducía con una mano en el volante y la otra sosteniendo la de ella, como si necesitara confirmar todo el tiempo que estaba allí.

— Entonces… — empezó Ava, mirando al frente. — Es aquí.

Ethan sonrió.

— Es aquí.

Cuando llegaron al edificio, Ava sintió que el corazón le latía fuerte.

El ascensor subió en silencio.

En cada piso, el pecho parecía llenarse más.

La puerta del ático se abrió.

Ava entró… y se detuvo.

La vista era enorme.

La sala era amplia, con ventanales de vidrio mostrando la ciudad.

Todo tenía un aire moderno, elegante, pero aun así acogedor.

Había un sofá grande, una mesa con flores, una manta doblada como si alguien realmente viviera allí — no como un lugar de revista, sino como hogar.

— Es hermoso — dijo Ava, girando despacio.

Ethan observaba cada reacción de ella como si ese momento fuera el verdadero premio de todo lo que había conquistado.

El brillo en los ojos de Ava valía más que cualquier contrato, cualquier estadio lleno.

La vista era inmensa.

La sala se abría en ventanales de piso a techo, revelando la ciudad en tonos de azul y dorado mientras el sol empezaba a ponerse.

El apartamento tenía líneas modernas, pero no parecía frío.

Al contrario.

Había vida allí.

Un sofá grande con cojines claros, una manta cuidadosamente doblada sobre el respaldo, una mesa de centro con flores frescas y libros esparcidos — libros de verdad, usados, marcados.

— Esto debe ser absurdamente caro — comentó Ava, aún girando, casi incrédula.

Ethan rió bajo, acercándose por detrás.

— Bueno… — dijo, apoyando las manos en la cintura de ella — tu futuro marido es millonario ahora. Jugador profesional tiene sus privilegios.

Ava giró el rostro hacia él, riendo.

— Todavía no puedo creerlo cuando lo dices así.

— Yo tampoco — admitió. — A veces aún me siento el chico de la biblioteca intentando aprobar química.

Ella llevó la mano al rostro de él con cariño.

— Nunca dejaste de serlo.

Ava caminó hasta la ventana y apoyó la frente en el vidrio por un instante.

— Estoy tan ansiosa por empezar la universidad — confesó. — Las clases empiezan esta semana… vi en el mapa. Está a unos tres

cuadras de aquí.

Ethan se acercó y la rodeó por detrás, apoyando el mentón en su hombro.

— Soñé con esto — dijo en voz baja. — Contigo aquí. Con nosotros viviendo la vida juntos. En este último año… solo pensaba en cuándo esto dejaría de ser nostalgia.

Ella se giró entre sus brazos.

— ¿Y ahora?

— Ahora no veo la hora de verte vestida de novia — dijo él, sin dudar. — Caminando hacia mí en el altar.

El corazón de Ava se apretó.

— Ethan…

Él la atrajo más y la besó.

El beso empezó suave, como siempre había sido entre ellos.

Calmo.

Conocido.

Seguro.

Pero había algo distinto ahora — no urgencia, sino certeza.

La distancia, el tiempo, la espera… todo parecía disolverse en ese instante.

Nunca habían ido más allá de eso.

No por falta de deseo, sino por elección.

Poco tiempo después de asumir el noviazgo, Ethan tuvo que mudarse.

La distancia impuso límites.

Y cuando Ava, en una noche de llamada demasiado larga, confesó que quería esperar hasta el matrimonio, él no cuestionó.

No presionó.

No intentó convencerla de lo contrario.

La respetó.

Incluso sabiendo que sería difícil.

Incluso queriendo.

El beso se profundizó, aún contenido, aún lleno de cuidado.

Ava sintió el corazón latir más fuerte, sintió que todo el mundo se alineaba dentro de ella.

Se apartó solo lo suficiente para mirarlo a los ojos.

— Te quiero — dijo, con la voz firme.

Ethan sonrió, apoyando la frente en la de ella.

— Pero ya me tienes, Ava. Por completo.

Ella respiró hondo.

— No… — murmuró. — Quiero ser tu mujer. Para siempre.

La mirada de él cambió.

Se volvió seria.

Profunda.

Emocionada.

Ethan la levantó en brazos sin decir nada, como si ese gesto dijera todo lo que faltaba.

Caminaron hasta el dormitorio.

El espacio era amplio, pero acogedor.

La cama arreglada con sencillez, cortinas claras, la luz de la ciudad entrando por las rendijas.

Ethan la dejó en el suelo solo para encender la lámpara, sumergiendo el cuarto en una luz suave y cálida.

Volvió a abrazarla.

No había prisa.
Ni miedo.
Ni duda.

Había amor.

El resto no necesitaba ser dicho con palabras.

Esa noche fue el comienzo de algo que habían esperado, respetado y elegido juntos.

No como impulso, sino como entrega consciente.

Como promesa cumplida.

La primera de muchas veces en que se elegirían el uno al otro.

Y mientras la ciudad seguía viva afuera, Ava tuvo la certeza de una cosa:

Todo lo que vino antes valió la pena.

…

Seis meses después, la vida ya no parecía un "después de la escuela".

Parecía un mundo nuevo — y, extrañamente, el tipo de mundo que Ava siempre había soñado, incluso sin atreverse a imaginarlo en detalle.

Boston se volvió rutina.

No esa rutina fácil de ciudad pequeña, con caminos conocidos y horarios previsibles.

Era una rutina grande, acelerada, llena de compromisos y expectativas — pero construida con algo que Ava nunca había tenido antes en tanta abundancia:

paz.

Ethan vivía una etapa absurda en el equipo.

Los entrenamientos seguían siendo intensos, los partidos seguían exigiéndolo todo de él, y las presiones del profesionalismo eran distintas de cualquier cosa que hubiera enfrentado antes.

Pero estaba… bien.

Mejor que bien.

Había encontrado un ritmo, una disciplina, una fuerza que parecían naturales en él.

La prensa hablaba del "nuevo brillo" del número 7.

Los aficionados gritaban su nombre en las gradas.

Y aun así, cuando llegaba a casa, dejaba el mundo afuera como si colgara el peso en la puerta.

En casa, Ethan era solo Ethan.

El tipo que hacía café de la forma equivocada y reía cuando Ava intentaba corregirlo.
El tipo que veía sus videos repasando contenido y decía "no entiendo nada, pero te ves hermosa cuando te pones seria".
El tipo que, cuando ella llegaba cansada de la universidad, le acercaba la silla para que se sentara y preguntaba, como si fuera lo más importante del mundo:

— Cuéntame de tu día.

Ava, por su parte, estaba terminando el primer semestre de Ciencias Médicas.

Descubrió pronto que el sueño tenía un precio: noches largas, listas interminables, exámenes que parecían un laberinto.

Había días en que sentía el cerebro "palpitar" de tanto estudiar, y otros en que el cansancio era tan físico que apenas lograba abrir un libro.

Pero estaba feliz.

Caminaba por los pasillos del campus con la mochila pesada y el corazón ligero, porque eso era exactamente lo que siempre había querido.

Y en los días más difíciles, cuando la inseguridad amenazaba, tenía un puerto.

Ethan.

A veces aparecía en la puerta del cuarto con cuidado, como si no quisiera interrumpir, y dejaba un vaso de agua o un sándwich sencillo en la esquina del escritorio.

— ¿Comiste? — preguntaba.

— Voy a comer — respondía ella, con voz de quien ya había olvidado cómo era el mundo más allá del papel.

Ethan no se quejaba.

Solo sonreía apenas.

— Te amo, ¿sabías? Incluso cuando te conviertes en un robot de anatomía.

Ava reía, y eso bastaba para volver a respirar.

Cuando terminó el semestre y llegaron las cortas vacaciones, fue como si el universo respirara con ellos — y, con ese respiro, llegó el día que parecía irreal:

La boda.

La ceremonia sería una tarde de verano, en un espacio pequeño y elegante en las afueras de Boston — un jardín con árboles altos, luz dorada atravesando las hojas, y un salón de vidrio al lado para la recepción.

No era extravagante.

Era hermoso.

Íntimo.

Como ellos.

Ava insistió en que quería algo sencillo.

Ethan insistió en que quería algo “que pareciera un sueño”.

Al final, llegaron a un acuerdo:

sencillo, sí — pero con detalles que hicieran doler el corazón de tan hermosos.

El día amaneció con un cielo despejado, de ese azul casi improbable.

Ava despertó temprano, incluso antes del despertador.

El cuarto del hotel donde ella y Lily habían dormido estaba en silencio, pero el corazón de Ava parecía hacer ruido suficiente para despertar todo el edificio.

Se quedó unos segundos mirando el techo, la mano descansando sobre el pecho, sintiendo su propia respiración.

Era hoy.

No era que estuviera nerviosa por Ethan — con él, nunca fue miedo.

Era otra cosa.

Una emoción demasiado grande para caber en palabras.

Una mezcla de gratitud, expectativa, incredulidad.

Se sentó despacio y miró su mano izquierda.

El anillo de compromiso seguía brillando, discreto, como siempre.

La puerta del baño se abrió de golpe y Lily apareció envuelta en una toalla, el cabello mojado y desordenado, el rostro iluminado por una sonrisa que solo alguien de doce años podía tener — ese tipo de sonrisa que no sabe fingir calma.

— ¡Estás despierta! — susurró fuerte Lily, lo que fue casi una contradicción en sí misma. — NO DORMÍ NADA.

Ava rió bajito.

— Lily, respira.

— ESTOY RESPIRANDO. — Lily señaló su pecho como si eso probara algo. — Bueno. Tal vez estoy respirando demasiado rápido.

Ava se levantó y abrazó a su hermana.

— ¿Estás bien?

Lily se apartó un poco solo para mirar a Ava de pies a cabeza.

— ¿Tú estás bien? Porque yo estoy… estoy en pánico y ni siquiera soy yo la que se va a casar.

— Estoy bien — dijo Ava, aunque la voz salió más débil de lo que quería.

Lily entrecerró los ojos, como una detective.

— Tienes esa cara de "Dios mío, voy a llorar y no quiero arruinar el maquillaje".

Ava tragó saliva.

— Tal vez.

Lily sonrió como si eso fuera lo mejor del mundo.

— Perfecto. Porque yo también voy a llorar. Y voy a ser la dama de honor más hermosa y dramática de la historia.

Ava volvió a reír, sintiendo el pecho calentarse.

Poco después, la madre entró al cuarto con un cuidado casi solemne, como si no quisiera romper el momento.

Miró a Ava y se detuvo, con los ojos ya brillando.

— Buenos días, mi amor — dijo, y su voz estaba cargada de algo que Ava reconoció de la infancia: orgullo.

Ava abrazó fuerte a su madre.

— Buenos días.

La madre sostuvo el rostro de Ava entre las manos.

— Estás hermosa… incluso en pijama.

Ava rió, y la madre rió con ella, pero había lágrimas.

— Mamá…

— Lo sé — susurró. — Lo sé. Hoy voy a llorar todo el día.

Lily apareció detrás haciendo un gesto de "te lo dije" y Ava casi perdió la compostura en ese mismo instante.

Comenzaron los preparativos.

Cabello, maquillaje, el vestido colgado con cuidado en una percha alta, como si fuera una pieza de otra vida.

El olor del spray, el sonido del secador, las risas nerviosas de Lily, la madre repitiendo "calma, calma" para todos — incluso para sí misma.

Ava se miró en el espejo varias veces sin realmente verse.

Veía el reflejo y pensaba: soy yo.

Pero la sensación era: es un sueño.

Mientras tanto, del otro lado de la ciudad, Ethan estaba en un cuarto con su padrastro y los gemelos — los medio hermanos de ocho años que parecían dos resortes de energía.

— ¿Estás nervioso, Ethan? — preguntó uno de los gemelos, con los ojos bien abiertos.

— No — respondió Ethan demasiado rápido.

El padrastro levantó una ceja.

— Acabas de responder como alguien nervioso.

Ethan bufó y se acomodó el cuello de la camisa.

— Yo estoy… estoy solo… — buscó la palabra. — Estoy sintiendo muchas cosas.

El padrastro sonrió, orgulloso.

— Eso significa que es importante.

Los gemelos se miraron entre sí como si eso fuera una información muy seria.

— ¿Podemos lanzar los anillos al aire? — preguntó el otro gemelo.

Ethan abrió los ojos.

— NO.

— Está bien, está bien — dijo el padrastro, riendo. — Los van a llevar derechito, ¿entendido? Como dos caballeros.

Los gemelos hicieron un "sí" militar, que duró exactamente tres segundos antes de que uno empujara al otro.

Ethan miró su propio reflejo y respiró hondo.

El traje le quedaba perfecto.

Estaba impecable, pero el detalle que Ava siempre reconocería — y que el mundo entero parecía reconocer — era el cabello ligeramente desordenado, como si ni siquiera la boda pudiera cambiar esa marca registrada suya.

Tomó el celular y vio el último mensaje de Ava, enviado temprano:

Ava: "No entres en pánico."

Ethan rió solo.

Ethan: "Demasiado tarde. Pero te amo."

Bloqueó la pantalla antes de emocionarse y arruinar todo.

En el lugar de la ceremonia, el jardín estaba listo.

Las sillas blancas alineadas sobre el césped cuidado, un pasillo sencillo con pétalos claros, el arco de flores delicadas al final — nada exagerado, pero todo con una belleza serena.

Pequeñas luces colgaban entre los árboles.

Había una música instrumental suave.

Y el aire parecía oler a verano y promesa.

Los invitados comenzaron a llegar.

Amigos de Ava, compañeros de la universidad, algunos familiares que habían venido de lejos.

Amigos de Ethan del equipo y algunos de la antigua escuela.

La madre de él llegó con una sonrisa emocionada, el padrastro con expresión orgullosa, y los gemelos a punto de explotar de ansiedad.

Y entonces llegó el momento.

En el cuarto reservado para la novia, Ava ya estaba vestida.

El vestido era blanco, delicado, con tirantes finos y encaje suave en el busto, cayendo con elegancia hasta el suelo.

No era demasiado voluminoso.

No era una princesa exagerada.

Era Ava: clásico, hermoso, suave.

Miró a Lily — que llevaba un vestido de dama de honor en un tono claro y un peinado demasiado elaborado para alguien que ahora tenía trece años.

— Pareces adulta — dijo Ava.

Lily abrió una sonrisa enorme.

— Lo sé. Y eso es peligroso.

La madre rió, pero estaba llorando.

El padre entró poco después y, cuando vio a Ava, se detuvo en la puerta como si hubiera sido golpeado por algo muy fuerte.

— Papá… — dijo Ava, ya sintiendo el nudo en la garganta.

Él se acercó despacio y tomó las manos de ella.

— Tú… — intentó hablar y falló. — Dios mío.

Ava sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas.

— No llores — pidió, pero ya era tarde, porque su voz también se estaba quebrando.

El padre respiró hondo y besó la frente de Ava.

— Estás hermosa — dijo, con la voz ronca. — Y estoy… estoy tan orgulloso.

Ava abrazó fuerte a su padre.

— Yo también tengo miedo — susurró.

Él se apartó solo para mirarla a los ojos.

— El miedo es normal. Pero mírame, Ava… — dijo con firmeza. — Elegiste a alguien que te respeta. Que te mira como si fueras lo único importante. Eso… eso lo veo. Y eso es lo que siempre quise para ti.

Las lágrimas de Ava cayeron.

Lily sorbió la nariz fuerte.

— Odio cuando la gente dice cosas bonitas — se quejó, secándose el rostro. — Porque lloro y tengo rímel.

Ava rió entre lágrimas.

La música comenzó afuera.

El corazón de Ava se disparó.

La madre acomodó el velo con cuidado, como si estuviera tocando un pedazo de historia.

— ¿Lista? — preguntó.

Ava respiró hondo.

— Creo que sí.

Y entonces la puerta se abrió.

El pasillo estaba frente a ella.

Todo el jardín parecía respirar junto.

Y al final, junto al arco, Ethan estaba esperando.

Cuando la vio, el mundo pareció desacelerarse.

Ava notó primero cómo él se quedó inmóvil.

Luego cómo su pecho subía y bajaba con más fuerza.

Luego el brillo en la mirada que intentó esconder — y falló.

Estaba emocionado.

Ethan Ryder, el chico del fútbol, el chico del mundo, estaba allí con los ojos brillando por ella.

Ava tomó el brazo de su padre.

— Vamos — susurró él.

Ella dio el primer paso.

Y cada paso parecía un capítulo entero.

Escuchaba murmullos bajos, suspiros, llantos contenidos, pero su foco era solo uno:

Ethan.

En medio del pasillo, vio a Lily a un lado, lista como dama de honor, sosteniendo un pequeño ramo e intentando parecer seria.

Cuando Ava pasó, Lily hizo un gesto diminuto con el pulgar, como diciendo: ve con todo.

Ava casi rió.

Al llegar al final, el padre colocó la mano de Ava en la mano de Ethan.

Miró a Ethan con firmeza.

— Cuida de ella — dijo, simple.

Ethan asintió, con la voz atrapada.

— Lo haré.

El padre besó la frente de Ava una vez más y se alejó, secándose el rostro rápido como si nadie debiera verlo.

Y entonces eran solo Ava y Ethan.

De cerca, Ava notó que Ethan temblaba un poco — no de miedo, sino de emoción.

— Tú estás… — empezó él, y se detuvo, como si no lograra encontrar las palabras.

Ava sonrió, con lágrimas aún en los ojos.

— Estoy aquí.

Ethan soltó una risa pequeña, nerviosa.

— Lo sé. Es solo que… nunca te vi tan hermosa.

Ava sintió el rostro calentarse.

— ¿Estás bien? — preguntó en voz baja.

Ethan respiró hondo.

— Estoy genial. Estoy… en el mejor momento de mi vida.

La ceremonia comenzó.

El celebrante habló de elecciones, de compañerismo, de amor que crece cuando se cuida.

Habló de dos caminos distintos que decidieron caminar juntos.

Ava casi no escuchaba.

Solo sentía.

En cierto momento, llegó el turno de los anillos.

Y entonces, como estaba planeado, aparecieron los gemelos — cada uno sosteniendo una pequeña caja, caminando con una seriedad tan exagerada que arrancó risas del público.

— ¿Van a lograrlo? — susurró Ava.

Ethan sonrió.

— Espero que sí.

Los gemelos llegaron hasta ellos y entregaron los anillos como si estuvieran pasando un tesoro.

Luego hicieron un "ok" con las manos y volvieron corriendo, orgullosos, como si hubieran ganado una medalla.

Ava rió, emocionada.

Entonces Ethan tomó el anillo de ella.

Sus manos temblaban un poco.

Pero su mirada estaba firme.

— Ava Carter — dijo, y su voz salió baja, pero llena. — Te esperé más de lo que sabía que era capaz. Y te elegiría otra vez… en cualquier vida.

Ava sintió el pecho apretarse.

Colocó el anillo en su dedo con cuidado.

Ava tomó el anillo de él y sostuvo su mano — esa mano que cargaba peso, victoria, trabajo.

Esa mano que ahora era hogar.

— Ethan Ryder — dijo ella, intentando mantener la voz firme. — Me enseñaste que el amor verdadero no es un juego. Es una elección. Y yo te elijo. Todos los días.

Colocó el anillo en su dedo.

El celebrante sonrió y pronunció las palabras finales.

Cuando los declaró marido y mujer, el jardín explotó en aplausos, llanto y risas.

Ethan miró a Ava como si el mundo entero hubiera desaparecido.

— Hola, mi esposa — susurró.

Ava rió, llorando.

— Hola, mi marido.

Se besaron — un beso dulce, emocionado, lleno de risas y lágrimas.

Y cuando se separaron, Ethan apoyó la frente en la de ella.

— Lo logré — susurró.

— ¿Lograste qué?

— A ti — respondió.

Ava respiró hondo, con el corazón demasiado lleno.

La recepción fue ligera, cálida, llena de gente feliz.

Lily bailó como si fuera dueña del mundo.

Los gemelos comieron pastel antes que todos y luego intentaron robar dulces escondidos.

El padre de Ava dio un discurso que empezó serio y terminó con una broma que hizo reír a carcajadas a Ethan.

La madre de Ethan abrazó a Ava y dijo, entre lágrimas:

— Gracias por amar a mi hijo de la manera correcta.

Y cuando la noche cayó y las luces del jardín se encendieron como estrellas bajas, Ava y Ethan se quedaron un momento apartados de la multitud, solo observando todo.

— ¿Eres feliz? — preguntó Ethan.

Ava miró la mano de él, el anillo brillando.

— Estoy… en paz — dijo.

Ethan sostuvo el rostro de ella con cuidado.

— Yo también. Y voy a pasar el resto de mi vida asegurándome de que sigas así.

Ava sonrió.

— Entonces tenemos un trato.

— Un trato eterno — respondió Ethan.

Y en ese final, con risas de fondo, luces cálidas alrededor y el mundo entero pareciendo caber en ese jardín, Ava lo entendió con una claridad tranquila:

La historia de ellos nunca fue sobre suerte.
Fue sobre elección.

Y, a partir de ahí, sería sobre eso — para siempre.

FIN

AGRADECIMIENTOS

Gracias por llegar hasta aquí.

Si leíste esta historia hasta el final, es porque, de alguna manera, caminaste junto a Ava y Ethan — entre pasillos de escuela, páginas de libros, partidos decisivos y elecciones que lo cambian todo.

Cada capítulo solo cobró vida porque estuviste presente, sintiendo, alentando y creyendo junto a ellos.

Este libro nació de la idea de que el amor puede surgir en los lugares más improbables, crecer en el silencio de una biblioteca y fortalecerse cuando dos personas deciden verse de verdad.

Si esta historia logró arrancarte una sonrisa, un suspiro o incluso un nudo en la garganta, entonces cumplió su propósito.

Gracias por dedicar tu tiempo, tu imaginación y tu corazón a estas páginas.

Con cariño,
Clara Barceló.